



Antología de la

literatura hispanoamericana

Antología de la literatura hispanoamericana



selección, comentarios,
notas y glosario de
Arturo Torres-Ríoseco
University of California

Second Edition

F. S. Crofts & Co. 1941 New York

First printing, February, 1939
SECOND EDITION
Second printing, April, 1941

MANUFACTURED IN THE UNITED STATES OF AMERICA
BY THE VAIL-BALLOU PRESS, INC., BINGHAMTON, N. Y.

Introducción

Esta *Antología hispanoamericana* tiene un papel que cumplir. El interés que existe en los Estados Unidos por nuestra cultura es cada vez más grande; sin embargo, faltan fuentes de información, documentos, libros. A los estudiantes universitarios que empiezan el estudio de nuestros escritores va dedicada esta *Antología.*

Creo que ha llegado ya el momento de hablar sin ambages de la importancia de nuestras letras. Hasta ayer nuestra literatura era una especie de apéndice de la española y era común que en las historias literarias dedicadas a la madre patria aparecieran los nombres de Sor Juana Inés de la Cruz, José Asunción Silva o Rubén Darío. ¡Error lamentable! La literatura española, muy rica en sí, no necesita de estos nombres para aumentar su prestigio. La literatura de Hispanoamérica, abundante también, no puede estar bien representada por tres o cuatro nombres.

Loables han sido los esfuerzos por dar a conocer a nuestros autores en los Estados Unidos, esfuerzos que datan de 1827, año en que aparece el poema *Al Niágara* de José María Heredia en la *United States Review and Literary Gazette.* Esta traducción ha sido atribuída a William Cullen Bryant. A través de todo el siglo se siguen haciendo traducciones y aparecen frecuentemente en periódicos y revistas los nombres de Gabriel de la Concepción Valdés, Heredia, R. F. Mendive y una que otra vez, Sor Juana. En 1868 la señora de Horace Mann

traduce *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento; en 1890 aparece la traducción de *María* de Jorge Isaacs. En los últimos años del siglo continúan apareciendo estudios y traducciones en enciclopedias y revistas eruditas.

Después despierta el interés por nuestras letras en las universidades. Algunos especialistas en literatura española de vez en cuando dan una mirada a nuestro panorama literario: J. D. M. Ford, E. C. Hills, J. D. Fitz-Gerald, S. G. Morley. En 1916 Alfred Coester publica la primera historia de nuestra literatura: *The Literary History of Spanish America,* que lleva ya dos ediciones y que ha tenido el honor de ser traducida al castellano. Aparece poco después el libro de Bernard Moses, *Spanish Colonial Literature in South America,* (1922), y el mismo año el de Isaac Goldberg, *Brazilian Literature;* este autor había publicado dos años antes su interesante libro *Studies in Spanish American Literature.*

Y se empieza a tomar la cosa en serio. Alice Stone Blackwell, Edna E. Underwood, Thomas Walsh, y Muna Lee traducen una gran cantidad de poemas; S. E. Leavitt, C. K. Jones, y H. G. Doyle se dedican a los trabajos bibliográficos; F. B. Luquiens, G. W. Umphrey, C. García Prada, Federico de Onís, Manuel Pedro González, Concha Meléndez, dictan cátedra y colaboran en las mejores revistas; la señora H. de Onís y Anita Brenner traducen admirablemente. Y así llegamos a la última generación de hispanoamericanistas que cuenta con algunos nombres que son altas promesas: I. A. Leonard, Dorothy Schons, E. K. Mapes, J. E. Englekirk.

He dividido esta antología en cuatro secciones: novelistas, cuentistas, ensayistas y poetas. No doy ninguna selección dramática por lo inadecuado que resulta fraccionar una comedia y por la relativa importancia de

nuestro teatro. He procedido al hacer este trabajo con un criterio puramente literario. Nuestra literatura se caracteriza por un continuo mejoramiento y por esta razón dedico mucho más espacio a los autores modernos que a los coloniales. Sin embargo, no incluyo a los escritores nacidos en el siglo presente ya que ellos son demasiado numerosos y al presentar a unos excluiría injustamente a otros.

Nunca me ha preocupado la cuestión geográfica en literatura. Siempre he considerado a la América hispana como un solo país, de modo que no he tratado de hacer una distribución de nombres por zonas territoriales. Tampoco me interesa grandemente el punto de vista histórico y así ciertos nombres que gozaron de una gran reputación en el período colonial y en el siglo diez y nueve han sido olvidados en el presente volumen.

He dicho que esta antología va dedicada a los estudiantes universitarios; sin embargo, no es exclusivamente para ellos sino también para todas esas personas cuya curiosidad intelectual las lleve por el rico campo de las letras de Hispanoamérica.

Nota a la segunda edición

En esta segunda edición de la *Antología* he querido dar un cuadro más completo que el anterior de la poesía lírica y he agregado los nombres de nueve poetas, desde Olmedo hasta Alfonsina Storni; he agregado también algunos poemas a los poetas ya incluídos en la primera edición. El resultado ha sido un aumento de ochenta y cinco páginas en la sección de poesía.

Contents

LA NOVELA

Comentario sobre la novela

La novela hispanoamericana no existe antes del siglo XIX. Durante la colonia se cultivaron la historia, la crónica, la épica y la lírica. Las obras que antes de 1800 han sido clasificadas como novelas no merecen tal nombre. El primer novelista que aparece en nuestra América es el mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi; la primera novela, *El Periquillo Sarniento,* 1816.

Nuestra novela sigue el desarrollo histórico de la novela europea. Nace con la picaresca que todavía se cultivaba en Francia y en España en el siglo XVIII; crece con la novela romántica y sentimental, estilo Rousseau; encuentra caminos fáciles en la expresión realista y por ahí va hacia el tema gauchesco; durante el modernismo se deja conquistar por el preciosismo literario; acepta y transforma el naturalismo de Zola; penetra por los oscuros senderos de la subconciencia y por fin, independizada totalmente, halla en los motivos de la tierra su propia inspiración.

El mérito de la obra literaria en Hispanoamérica es mayor mientras más avanzamos hacia la época contemporánea. La novela del siglo XX es tan abundante y de tan excelente calidad como la de cualquier país europeo y superior tal vez en originalidad de motivos estéticos. Características fundamentales de este género son: la absoluta libertad en la forma, lo grandioso de la naturaleza, la variedad racial de sus tipos (negro, indio, criollo, mulato, mestizo, *gringo,* etc.).

El estilo de la prosa americana es distinto del de la española. A nosotros no nos preocupa demasiado el estilo castizo; construímos la frase con más soltura; usamos neologismos; en una palabra, hemos roto con la tradición clásica.

En esta sección de nuestra antología ofrecemos extractos de ciertas novelas ya consagradas por la crítica.

Lecturas complementarias:

Aguilera Malta, Demetrio, *Don Goyo*
Blanco Fombona, Rufino, *El hombre de hierro*
Cambaceres, Eugenio, *Sin rumbo*
Carrasquilla, Tomás, *La marquesa de Yolombó*
Chirveches, Armando, *La virgen del lago*
Delgado, Rafael, *La calandria*
Díaz, Eugenio, *Manuela*
Díaz Rodríguez, Manuel, *Ídolos rotos*
Echeverría, Esteban, *El matadero*
Edwards Bello, J., *El chileno en Madrid*
Gamboa, Federico, *Santa*
Icaza, Jorge, *Huasipungo*
Icaza, Xavier, *Panchito Chapopote*
López Portillo y Rojas, J., *La parcela*
Loveira, Carlos, *Juan Criollo*
Mármol, José, *Amalia*
Marroquín, Lorenzo, *Pax*
Martel, Julián, *La bolsa*
Matto de Turner, Clorinda, *Aves sin nido*
Mera, Juan León, *Cumandá*
Payró, Roberto, *El casamiento de Laucha*
Thomson, Augusto (D'Halmar), *Pasión y muerte del cura Deusto*
Viana, Javier de, *Gaucha*
Villaverde, Cirilo, *Cecilia Valdés*
Wast, Hugo, *Desierto de piedra*
Zavala Muniz, J., *Crónica de la reja*

José Joaquín Fernández de Lizardi

1776–1827

Mexicano. Se le conoce generalmente por su pseudónimo: «El Pensador mexicano.» Fernández de Lizardi es el padre de la novela mexicana y uno de los primeros en cultivar este género en la América hispana. Su obra maestra, *El Periquillo,* es la única novela picaresca escrita en nuestros países que se ha salvado del olvido. En *La Quijotita,* novela de tendencia moral y didáctica, «El Pensador» se aprovecha de las teorías pedagógicas de Rousseau y en sus *Diálogos* revela un humorismo sano y un penetrante espíritu satírico. Obras: *El Periquillo Sarniento,* México, 1816; *Noches tristes y día alegre,* México, 1818; *La Quijotita y su prima,* México, 1831; *Don Catrín de la Fachenda,* México, 1832.

En el que Periquillo cuenta la acogida que le hizo un barbero y su aprendizaje de barbero

El barbero, condolido de mí, me llevó a su casa, y su familia, que se componía de una buena vieja llamada tía Casilda y del muchacho aprendiz, me recibió con el extremo más dulce de hospitalidad.

Cené aquella noche mejor de lo que pensaba, y al día siguiente me dijo el maestro:

—Hijo, aunque ya eres grande para aprendiz (tendría yo diecinueve o veinte años) si quieres, puedes aprender mi oficio, que si no es de los muy aventajados, a lo menos da que comer; y así aplícate que yo te daré la casa y el bocadito, que es lo que puedo.

Yo le dije que sí, porque por entonces me pareció conveniente; y según esto, me comedía a limpiar los paños, a tener la bacía y a hacer algo de lo que veía hacer al aprendiz.

Una ocasión que el maestro no estaba en casa, por ver si estaba algo adelantado, cogí un perro, a cuya fajina me ayudó el aprendiz, y atándole los pies, las manos y el hocico, lo sentamos en la silla amarrado en ella, le pusimos un trapito para limpiar las navajas, y comencé la operación de la rasura. El miserable perro ponía sus gemidos en el Cielo.[1] ¡Tales eran las cuchilladas que solía llevar de cuando en cuando! [2]

Por fin, se acabó la operación y quedó el pobre animal retratable,[3] y luego que se vió libre, salió para la calle como alma que se llevan los demonios, y yo, engreído con esta primera prueba, me determiné a hacer otra con un pobre indio que se fué a rasurar de a medio.[4] Con mucho garbo le puse los paños, hice al aprendiz que trajera la bacía con el agua caliente, asenté las navajas y le dí una zurra de raspadas y tajos, que el infeliz, no pudiendo sufrir mi áspera mano, se levantó diciendo:

—*Amoquale, quistiano, amoquale.*

Que fué como decirme en castellano:

—No me cuadra tu modo, señor, no me cuadra.

Ello es que él dió el medio real y se fué también medio rapado.

Todavía no contento con estas tan malas pruebas, me atreví a sacarle una muela a una vieja que entró a la tienda rabiando de un fuerte dolor y en solicitud de mi maestro; pero como era resuelto, la hice sentar y que

1. *The poor dog cried out to Heaven*
2. *Such were the gashes that he received at times*
3. *the poor animal was in a presentable condition*
4. *came to have a shave for only half a* real

entregara la cabeza al aprendiz para que se la tuviera.

Hizo éste muy bien su oficio: abrió la cuitada vieja su desierta boca después de haberme mostrado la muela que le dolía, tomé el descarnador y comencé a cortarla trozos de encía alegremente.

La miserable, al verse tasajear tan seguido y con una porcelana de sangre delante, me decía:

—Maestrito, por Dios, ¿hasta cuándo acaba usted de descarnar?

—No tenga usted cuidado, señora—le decía yo,—haga una poca de paciencia; ya le falta poco de la quijada.

En fin, así que le corté tanta carne cuanta bastó para que almorzara el gato de casa, le afiancé el hueso con el respectivo instrumento, y le dí un estirón tan fuerte y mal dado, que le quebré la muela, lastimándole terriblemente la quijada.

—¡Ay, Jesús!—exclamó la triste vieja;—ya me arrancó usted las quijadas, maestro del diablo.—No hable usted, señora—le dije,—que se le meterá el aire y le corromperá la mandíbula.[1]

—¡Qué mandíbula ni qué demonios!—decía la pobre. —¡Ay, Jesús! ¡ay! ¡ay! ¡ay! . . .

—Ya está, señora—decía yo;—abra usted la boca, acabaremos de sacar el raigón, ¿no ve que es muela matriculada?

—Matriculado esté usted en el infierno, chambón, indigno, condenado—decía la pobre.

Yo, sin hacer caso de sus injurias, le decía:

—Ande, nanita, siéntese y abra la boca, acabaremos de sacar ese hueso maldito; vea usted que un dolor quita muchos. Ande usted, aunque no me pague.

—Vaya usted mucho noramala—dijo la anciana,—y sá-

1. *the air will get into your jaw and infect it*

quela otra muela o cuantas tenga a la grandísima borracha que lo parió. No tienen la culpa estos raspadores cochinos sino quien se pone en sus manos.

Prosiguiendo en estos elogios se salió para la calle sin querer ni volver a ver el lugar del sacrificio.

Yo algo me compadecí de su dolor, y el muchacho no dejó de reprenderme mi determinación atolondrada, porque cada rato decía:

—¡Pobre señora! ¡qué dolor tendría! y lo peor que si se lo dice al maestro ¿qué dirá?

—Diga lo que dijere—le respondí,—yo lo hago por ayudarle a buscar el pan; fuera de que así [1] se aprende, haciendo pruebas y ensayándose.

A la maestra le dije que habían sido monadas de la vieja, que tenía la muela matriculada y no se la pude arrancar al primer tirón, cosa que al mejor le sucede.

Con esto se dieron todos por satisfechos y yo seguí haciendo mis diabluras, las que me pagaban o con dinero o con desvergüenzas.

El Periquillo Sarniento

1. *without taking into consideration the fact that thus*

Alberto Blest Gana

1830–1920

Chileno. En sus novelas de costumbres ha hecho la descripción de la sociedad chilena en todos sus aspectos y en sus diferentes clases. Ha sido llamado «el Balzac chileno» y es, por lo tanto, una mezcla de escritor realista y romántico. Su novela *Martín Rivas,* en que narra los amores de un joven de la clase media con una señorita de la aristocracia, es su obra más conocida. *Durante la reconquista* es una de las obras más vigorosas escritas en América. Obras: *Martín Rivas,* Santiago, 1862; *Durante la Reconquista,* París, 1897; *Los trasplantados,* París, 1904; *El loco Estero,* París, 1909. Traducciones al inglés: *Martín Rivas,* por Mrs. C. Whitham, Knopf, 1918.

Durante la reconquista

Desde las cumbres nevadas de los Andes, el sol, como enamorado de la tierra, la abrazaba. Su tibia caricia, de fulgurante luz, había dorado con sus resplandores la falda de la cordillera, disipando con su aliento, como se borran al despertar los recuerdos de un sueño, los jirones flotantes de su velo de brumas matinales. Macul y Peñalolén, iluminados de súbito, enviaban a Santiago su sonrisa de verdura. Había besado con su saludo del alba, la despoblada cima del cerro de San Cristóbal y partido sus rayos sobre los riscos del Santa Lucía. Había corrido después a lo largo de la pedregosa caja del Mapocho, tiñendo de rubio color las turbias ondas del río, y descendido poco a poco, en raudales de claridad, de los

tejados a las calles. Penetrando por patios, por huertos y por jardines, despertaba la vida y el movimiento, tras de su paso vencedor.

Santiago, en aquella mañana del 10 de octubre de 1814, había recibido su huésped, huésped más eterno que el del abril florido del poeta,[1] con los atavíos de una fiesta pública. Vistosos cortinajes de brocado y terciopelo colgaban de balcones y ventanas. Arcos triunfales de arrayán y de olivo, entrelazados con el pendón de su majestad Fernando VII en lo alto, se alzaban solemnes en los cuatro ángulos de la plaza principal. Largas banderas con los colores de la madre patria plantadas en las puertas de calle, bajaban majestuosamente de sus astas y se balanceaban con muelle abandono al soplo leve de la brisa del sur.

Por todas partes, un pretencioso empeño de ostentación, un afeite de mujer gastada que quiere fingir la alegre frescura de la juventud a fuerza de aderezos y cintajos. El empeño oficial de simular la popularidad con aparatosas muestras de un regocijo forzado. Muchas casas habían sido blanqueadas de nuevo, y en no pocas, los escudos de armas de aristocrático blasón que en dura piedra de cantería se veían esculpidos sobre las puertas de calle, encontrábanse rodeados de guirnaldas de flores y de verdura, como las que trenzan los pintores en las fiestas pastorales de alguna Arcadia imaginaria.

Para admirar tanta pompa y galanura, el pueblo había acudido de los arrabales desde temprano: con sus ponchos

1. a reference to the verses of the Spanish poet Esteban Manuel de Villegas:

> Dulce vecino de la verde selva,
> huésped eterno del Abril florido,
> vital aliento de la madre Venus,
> Céfiro blando.

multicolores, sus *chupallas* de pita o sus bonetes maulinos de pan de azúcar [1] los hombres; con sus rebozos de Castilla, verdes y colorados, y sus polleras de vistosos colores las mujeres. Poca gente decente, gente visible, como se decía más comunmente entonces, transitaba por entre la plebe abigarrada. La corriente humana, a veces en líneas cortadas como camino de hormigas, o en bandas de unos pocos, como gansos que caminan con gravedad al bebedero, se dirigía a la plaza por las diferentes calles que en ella desembocan. Pero hombres y mujeres iban por lo general silenciosos, sin la prisa que impulsa el interés, y sin las voces y risotadas en que la alegría popular desahoga el fuego de su contento y el exceso tumultuoso de su robusta vitalidad. Sólo los muchachos, cohorte siempre alegre, metían bulla. A pesar de los cortinajes y de las banderas, a pesar de los arcos y de las flores, a pesar de la luz resplandeciente del sol que brillaba como una sonrisa del cielo, hubiérase dicho que una sombra de recogimiento se advertía en los semblantes, como si una preocupación oculta embargase en la turba plebeya la natural expansión del roto que se divierte. Miraba maquinalmente, apenas con curiosidad, las galas de que la ciudad estaba vestida, y seguía esa turba entrando en la plaza, sin tumulto, con paso tardo, con aire desconfiado. Era porque la fiesta que se preparaba tenía para los más una significación siniestra. El pueblo sentía en ella algo de ominoso, que hacía vibrar en él la cuerda del patriotismo desconsolado, en una de esas conmociones que se adueñan del alma de las multitudes, sin necesidad de propaganda ni fuerza extraña, por la electricidad misteriosa de un sentimiento común. Empezaba el segundo acto del luctuoso drama de la reconquista española. El pri-

1. *rustic hats of the Río Maule region* (Central Chile) *in the shape of a sugarloaf*

mero acababa de terminar con la tremenda jornada de Rancagua. Los heroicos defensores de la plaza, que consiguieron con su arrojo convertir una derrota en una de las más brillantes páginas de la historia chilena, habían tramontado los Andes, dejando la patria enlutada y los hogares en lágrimas. Principiaba la leyenda, que es generalmente el vidrio de aumento de la historia, pero que esta vez no necesitaba de su poder engrosador para dar a los personajes del drama las proporciones gigantescas de los héroes de epopeya. Era la leyenda con su poesía de admiración, dando forma a la gratitud patriótica del pueblo vencido. Un puñado de hombres que, después de agotar todos los recursos de defensa, se arroja diezmado y abre el camino de la salvación, rompiendo las filas del vencedor ensoberbecido, tiene que dejar un rastro de fuego en la imaginación de los contemporáneos y una aureola indeleble en los anales de la causa inspiradora de tan heroica temeridad. Eso habían hecho O'Higgins y los suyos. Dándole ya la forma augusta de una tradición venerada, el pueblo se contaba la reciente hazaña con admiración casi supersticiosa. Sin medios de publicidad, la leyenda pasaba de boca en boca, penetraba en los hogares apartados, en las haciendas tranquilas, en las chozas de los inquilinos indolentes. Volaba como la oculta locomoción de las semillas, que sin que nadie las haya visto transportarse de un punto a otro, brotan y florecen, como por encanto, en parajes donde nadie las ha plantado. En pocos días, los nombres de Millán, de Ibieta, de Molina, de Vial, de Sánchez, de Astorga, agrupados como una aureola de constelaciones luminosas en torno del gran nombre de O'Higgins, habían llegado a encarnar el culto del pueblo por esa deidad, la Patria, que vive de sacrificios, como los dioses de la idolatría. En la imaginación popular, esa falange de héroes moviéndose entre el es-

truendo del cañón y de la fusilería, al resplandor de los incendios, en el clamoreo del combate y el quejar de los heridos, batidas las frentes por los negros estandartes que habían clavado en las trincheras para indicar al enemigo su resolución de morir peleando, tomaban las proporciones fantásticas de los cuentos que maravillan a los niños, infundiéndoles el calor contagioso de la emulación, por las heroicas acciones y por los estoicos sacrificios.

La voz de la fama había llevado a los pechos de los chilenos esa simiente, sin que nadie sintiese, por supuesto, que había de fructificar más tarde en el lozano fruto de independencia, como no siente la tierra germinar la semilla que ha de producir la mies de nutrición y de vida.

Mientras tanto, todos los que llegaban a presenciar en la plaza principal la fiesta del 10 de octubre, traían ya la nueva leyenda impresa en la imaginación asombrada y miraban con torvo ceño, o con la indiferencia del desconsuelo, aquellos preparativos de fiesta, en que se celebraba la caída de Rancagua y el triunfo de las armas del Rey. Ya el día anterior, el 9, el general Osorio había entrado en son de conquista en la capital, al frente de sus tercios vencedores. Los santiaguinos vieron desfilar las tropas victoriosas, que venían precedidas por el rumor de las crueldades horrendas con que remataron su triunfo. Algunas compañías del Real de Lima. Los húsares de la escolta del General. El batallón de Talavera, que acababa de ganar en la jornada de Rancagua el renombre de ferocidad, que el terror y el horror de los contemporáneos ha legado palpitante a la historia. Los batallones de Chillán y Valdivia de voluntarios forzados. Los de Concepción y de Castro. La caballería. Los batallones de Chiloé, *la Vendée* chilena, a cuyos hijos los pueblos del norte del Maule llamaban con desprecio «chilotes de pata

rajada», acaso porque en los pobres vestuarios de muchos de ellos había una carencia absoluta de calzado. Los agentes del partido monárquico habían conseguido formar una manifestación de entusiasmo ficticio mientras duraba el desfile de estas tropas, y principalmente en el momento de la entrada del jefe victorioso, rodeado de su estado mayor. Las masas populares, a las que fácilmente arrastran los sentimientos generosos, tienen también sus horas de cinismo descarado, en que olvidan sus afectos, a cambio de abundante bebida o de alguna largueza pecuniaria. Es la aplicación plebeya de la filosofía utilitaria con que Enrique IV de Francia pasaba por fingirse católico, a trueque de abrirse las puertas de París. Grupos de rotos de Santiago y de sus arrabales, convenientemente preparados por oportunas libaciones, habían vociferado gritos de entusiasmo y de loor a los victoriosos. Los demás de la turba habían seguido sin saber por qué, por gritar, por moverse, cogidos del contagio de la animación que arrastra a los indiferentes, en presencia de la animación de los otros. Las muchedumbres de pueblo, como las montañas, tienen eco.

Durante la reconquista

Jorge Isaacs

1837–1895

Colombiano. Autor de *María* (Bogotá, 1867), la novela representativa del romanticismo en la América latina y acaso la más leída, sin exceptuar *Amalia* del argentino José Mármol. La novela narra el amor desgraciado de dos jóvenes y nos ofrece una admirable descripción del paisaje del valle del Cauca. Su estilo se caracteriza por una suave nostalgia y por su tono subjetivo. Traducciones al inglés: *The Jaguar Hunt,* por R. Ogden, *Library of the World's Best Literature,* C. D. Warner, ed., 1897; *María. A South American Romance,* por R. Ogden, Harper & Brothers, 1890, Otra edición, 1918.

La caza del tigre

Éramos cinco los cazadores: el mulato Tiburcio, peón de la *chagra*; Lucas, neivano agregado de una hacienda vecina; José, Braulio y yo. Todos íbamos armados de escopeta. Eran de cazoleta las de los dos primeros, excelentes, por supuesto, según ellos. José y Braulio llevaban además lanzas cuidadosamente enastadas.

En la casa no quedó perro útil; todos, *atramojados* de dos en dos, engrosaron la partida expedicionaria dando aullidos de placer; y hasta el favorito de la cocinera Marta, «Palomo,» a quien los conejos temían con ceguera, brindó voluntariamente el cuello para ser contado en el número de los hábiles; pero José le despidió con un ¡zumba! seguido de algunos reproches humillantes.

Luisa y las muchachas quedaron intranquilas, especial-

mente Tránsito, que sabía bien era su novio quien iba a correr mayores peligros, pues su idoneidad para el caso era indisputable.

Aprovechando una angosta y enmarañada trocha empezamos a descender por la ribera septentrional del río.

Su sesgo cauce, si tal puede llamarse el fondo selvoso de la cañada, encañonado por peñascos en cuyas cimas crecían, como en azoteas, crespos helechos y cañas enredadas por floridas trepadoras, estaba obstruído a trechos con enormes piedras, por entre las cuales se escapaban las corrientes en ondas veloces, blancos borbollones y caprichosos plumajes.

Poco más de media legua habíamos andado, cuando José deteniéndose a la desembocadura de un zanjón ancho, seco y amurallado por altas barrancas, examinó algunos huesos mal roídos, dispersos en la arena; eran los del cordero que el día antes se le había puesto de cebo a la fiera. Precediéndonos Braulio, nos internamos José y yo por el zanjón. Los rastros subían. Braulio, después de unas cien varas de ascenso, se detuvo, y sin mirarnos hizo ademán de que parásemos. Puso oído a los rumores de la selva; aspiró todo el aire que su pecho podía contener; miró hacia la alta bóveda que los cedros, *jiguas* y *yarumos* formaban sobre nosotros, y siguió andando con lentos y silenciosos pasos. Detúvose de nuevo al cabo de un rato; repitió el examen hecho en la primera estación; y mostrándonos los rasguños que tenía el tronco de un árbol que se levantaba desde el fondo del zanjón, nos dijo, después un nuevo examen de las huellas: «Por aquí salió; se conoce que está bien comido y baquiano.» La chamba terminaba veinte varas adelante por un paredón desde cuyo tope se conocía, por la hoya que tenía al pie, que en los días de lluvia se despeñaban por allí las corrientes de la falda.

Contra lo que creía yo conveniente, buscamos otra vez la ribera del río, y continuamos subiendo por ella.

A poco halló Braulio las huellas del tigre en una playa, y esta vez llegaban hasta la orilla del río.

Era necesario cerciorarnos de si la fiera había pasado por allí al otro lado, o si, impidiéndoselo las corrientes, ya muy descolgadas e impetuosas, había continuado subiendo por la ribera en que estábamos, que era lo más probable.

Braulio, la escopeta terciada a la espalda, vadeó el raudal atándose a la cintura un *rejo,* cuyo extremo retenía José para evitar que un mal paso hiciera rodar al sobrino a la cascada inmediata.

Guardábamos un silencio profundo y acallábamos uno que otro aullido de impaciencia que dejaban escapar los perros.

—No hay rastro acá, dijo Braulio, después de examinar las arenas y las malezas.

Al ponerse en pie, vuelto hacia nosotros, sobre la cima de un peñón, le entendimos por los ademanes que nos mandaba estar quietos.

Zafóse de los hombros la escopeta; la apoyó en el pecho como para disparar sobre las peñas que teníamos a la espalda; se inclinó ligeramente hacia adelante, firme y tranquilo, y dió fuego.

¡Allí! gritó, señalando hacia el arbolado de las peñas cuyos filos nos era imposible divisar; y bajando a saltos la ribera, añadió:

—¡La cuerda firme! ¡los perros más arriba!

Los perros parecían estar al corriente de lo que había sucedido: no bien los soltamos, cumpliendo la orden de Braulio, mientras José le ayudaba a pasar el río, desaparecieron a nuestra derecha por entre los cañaverales.

—¡Quietos! volvió a gritar Braulio ganando ya la ribera.

Y mientras cargaba precipitadamente la escopeta, divisándome a mí, agregó:

—Usted aquí, patrón.

Los perros perseguían de cerca la presa, que no debía tener fácil salida, puesto que los ladridos venían de un mismo punto de la falda.

Braulio tomó una lanza de manos de José, diciéndonos a los dos:

—Ustedes más abajo y más altos, para cuidar este paso, porque el tigre volverá sobre su rastro si se nos escapa de donde está. Tiburcio con ustedes, agregó.

Y dirigiéndose a Lucas:

—Los dos a costear el peñón por arriba.

Luego, con su sonrisa dulce de siempre, terminó, al colocar con pulso firme un pistón en la chimenea de la escopeta:

—Es un gatico, y está ya herido.

En diciendo las últimas palabras nos dispersamos.

José, Tiburcio y yo subimos a una roca convenientemente situada. Tiburcio miraba y remiraba la ceba de su escopeta. José era todo ojos. Desde allí veíamos lo que pasaba en el peñón y podíamos guardar el paso recomendado; porque los árboles de la falda, aunque corpulentos, eran raros.

De los seis perros, dos estaban ya fuera de combate; uno de ellos, destripado a los pies de la fiera; el otro dejando ver las entrañas por entre uno de los costillares desgarrado, había venido a buscarnos y expiraba dando quejidos lastimeros junto a la piedra que ocupábamos.

De espaldas contra un grupo de robles, haciendo serpentear la cola, erizado el dorso, los ojos llameantes y la dentadura descubierta, el tigre lanzaba unos bufidos ron-

cos, y al sacudir la enorme cabeza, las orejas hacían un ruido semejando al de las castañuelas de madera.

Al revolver, hostigado por los perros, no escarmentados aunque no muy sanos, se veía por su ijar izquierdo chorrear sangre, la que a veces intentaba lamer inútilmente, porque entonces lo acosaba la jauría con ventaja.

Braulio y Lucas se presentaron saliendo del cañaveral sobre el peñón, pero un poco más distantes de la fiera que nosotros. Lucas estaba lívido, y las manchas de *carate* de sus pómulos, de azul turquí.

Formábamos así un triángulo los cazadores y la pieza, pudiendo ambos grupos disparar a un tiempo sobre ella sin ofendernos mutuamente.

—¡Fuego todos a un tiempo! gritó José.

—No, no; los perros, respondió Braulio; y dejando solo a su compañero, desapareció.

Comprendí que un disparo general podía terminarlo todo; pero era cierto que algunos perros sucumbirían, y no muriendo el tigre, le era fácil hacer una diablura encontrándonos sin armas cargadas.

La cabeza de Braulio, con la boca entreabierta y jadeante, los ojos desplegados y la cabellera revuelta, asomó por entre el cañaveral un poco atrás de los árboles que defendían la espalda de la fiera: en el brazo derecho llevaba enristrada la lanza, y con el izquierdo desviaba los bejucos que le impedían ver bien.

Todos quedamos mudos; los perros mismos parecían interesados en el fin de la partida.

José gritó al fin:

—¡Hubi! ¡Mataleón! ¡Hubi! ¡Pícalo, Truncho!

No convenía dar tregua a la fiera, y se evitaba así riesgo mayor a Braulio.

Los perros volvieron al ataque simultáneamente. Otro de ellos quedó muerto sin dar un quejido.

El tigre lanzó un maullido horroroso.

Braulio apareció tras el grupo de robles, hacia nuestro lado, empuñando el asta de la lanza sin la hoja.

La fiera dió la misma vuelta en su busca; y él gritó: «¡Fuego! ¡fuego!» volviendo a quedar de un brinco en el mismo punto donde había asestado la lanza.

El tigre lo buscaba. Lucas había desaparecido. Tiburcio estaba de color de aceituna. Apuntó y sólo se quemó la ceba.

José disparó: el tigre rugió de nuevo tratando como de morderse el lomo, y de un salto volvió instantáneamente sobre Braulio. Éste, dando una vuelta tras de los robles, lanzóse hacia nosotros a recoger la lanza que le arrojaba José.

Entonces la fiera nos dió frente. Sólo mi escopeta estaba disponible: disparé; el tigre se sentó sobre la cola, tambaleó y cayó.

Braulio miró atrás instintivamente para saber el efecto del último tiro. José, Tiburcio y yo nos hallábamos ya cerca de él, y todos dimos a un tiempo un grito de triunfo.

La fiera arrojaba sanguaza espumosa por la boca: tenía los ojos empañados e inmóviles, y en el último paroxismo de muerte estiraba las piernas temblorosas y removía la hojarasca al enrollar y desenrollar la hermosa cola.

—¡Valiente tiro! . . . ¡qué tiro! exclamó Braulio poniéndole un pie al animal sobre el cogote!—¡en la frente! ¡ése sí es un pulso firme!

María

Eduardo Acevedo Díaz

1851–1924

Uruguayo. Es el creador de la novela en el Uruguay, el primer escritor nacionalista. Sus primeras novelas son del género gauchesco y en este campo puede ser considerado precursor de Carlos Reyles, Javier de Viana y Justino Zavala Muniz. Su mejor novela es *Soledad,* obra que por su realismo, su presentación de caracteres y su descripción del paisaje, merece un alto puesto entre las novelas gauchescas americanas. Obras: *Ismael,* Buenos Aires, 1888; *Nativa,* Montevideo, 1890; *Brenda,* Montevideo, 1894; *Grito de gloria,* Montevideo, 1894; *Soledad,* Montevideo, 1894.

El incendio

Los altos pastos y pajas bravas ardían en una vasta extensión, irradiando vivísima lumbre en las alturas y a lo largo de las laderas.

Sobre el haz de la zona opresa por paralelas de cerros pedregosos, alzábanse viboreando enormes lenguas de fuego; y allí donde más nutridas eran las totoras, formábanse deslumbrantes corolas entre sordas crepitaciones y millaradas de chispas.

Por pavorosas estelas de brasas pasaba el ganado, huyendo. Parecía presa del vértigo. La pezuña del enjambre removía y hacía trizas las ascuas, despidiéndolas hacia atrás, entre torbellinos de cenizas ardientes. Muchos toros, con las guedejas y borlones chamuscados, ganando la delantera en medio de roncos bramidos, se apretaban en

los fatídicos senderos; uníanse los ludimientos de sus *guampas* al fragor de los troncos que estallaban bajo la presión de la hirviente savia.

Al empuje formidable de la piara despavorida rodaba, estrujado entre las llamas de los flancos, el ganado menor que no había atinado a guarecerse con tiempo en los ribazos del arroyo; y al olor de la lana achicharrada se mezclaba el de la cerda y el de cien malezas consumidas por tenaz voracidad, acumulando en la atmósfera gigantescas volutas de humo negro, sembrado de fugaces luminarias.

Las faldas de la sierra, en otras horas, sombrías, aparecían en ese momento como vestidas de terciopelo color sangre, a su vez recamado de cenicientos visos que los gases simulaban al flotar en densos nubarrones sobre los abismos y estribaderos. Los peñascos de las bases y de las cumbres, heridos por el vívido reflejo del incendio, resaltaban en la costra como deformes verrugas de un tinte roji-amarillento.

En medio de aquella atmósfera irrespirable, llena de vapores, ruidos y estrellas errantes, los bramidos y relinchos, por muy atronadores que fueran, no alcanzaban a cubrir los gritos enérgicos de los hombres, que se alzaban como notas sobreagudas en la heroica lucha contra el incendio.

El maizal nutrido, a manera de centro de una línea de batalla en orden cerrado, chisporroteaba ensordecedor, al abrirse en rosetas los granos de sus espigas.

En el recodo del valle, una manada de yeguas ariscas, formando herradura, con las ancas puestas hacia el sitio en que dominaba el fuego, distribuía un diluvio de coces a las llamas que iban aproximándose con una celeridad terrible.

Aquellos animales, revueltas las crines, el ojo aterrado,

las narices como hornallas, las pieles trasudantes entre borbollones de espumas, se habían detenido junto a unas rocas acantiladas, de cuyos resquebrajos surgían hacia afuera, a modo de arpones, multitud de arbustos espinosos, de ramas cortas y duras.

Combustible de fácil presa, este enmarañado boscaje había ya recibido en su seno algunas aristas ardiendo, disparadas desde lejos con la violencia de proyectiles.

La maraña empezaba a crepitar, y una que otra culebra de fuego, tras de una bocanada de humaza, escapábase de la espesura oscilante y fatídica.

Hurones y lagartos corrían veloces por todas partes, buscando dónde sepultarse de cabeza, metiéndose y saliéndose de sus cuevas con una rapidez pasmosa. Raudas bandas de murciélagos cruzaban entre chirridos la humareda. En las bocas lóbregas de ciertas grutas, removíase todo un enjambre de alas de otros tantos quirópteros, que se azotaban con ellas en la prisa de la fuga, cayendo a montones en el tropel, a pocas líneas de las brasas.

Al sitio donde las yeguas estaban, no distante del *rancho* de Pablo Luna, vió éste llegar de improviso dos hombres de los del servicio de pastoreo, quienes bastante osados para arrostrar el peligro, echaron el lazo a uno de los yeguares y dieron con él en tierra.

Matáronlo en el acto; lo abrieron a sendas cuchilladas del pecho al vientre de modo que quedasen a medio salir las entrañas; liaron con los extremos de sus lazos de trenza un remo delantero y otro trasero de la yegua destripada; y espoleando sus caballos comenzaron a arrastrar aquel montón de carnes y huesos por encima de los pastos encendidos. Corrían bien separados uno de otro por terrenos que el fuego no dominaba todavía, en tanto los despojos sangrientos que formaban como el vértice del ángulo, rodaban sobre el fuego apagándolo a trechos, y a

trechos difundiéndolo hacia otros lados sin atenuar su violencia.

En pos de ese tren lúgubre quedaban algunas ranuras o isletas negras circunvaladas de llamas.

Ante esos desesperados afanes, que él observaba impasible, el gaucho murmuró:—¡Es al cohete. Al viento no se *asujeta* como a la yegua, por los garrones!

En realidad el Nordeste soplaba con fuerza, empujando las llamas hacia la enramada y la huerta, que estaban a corto espacio de las casas.

Pablo Luna había escogido bien la oportunidad para dar cima a su obra destructora.

El desastre completo parecía inevitable en un campo de altos pastizales y cardos ya sin verdor, de *chilcas,* juncos y espadañas. Todo ardía como yesca.

Vió Pablo en aquel recodo del valle, verdadero desvío infernal donde las yeguas ariscas habían hecho semicírculo pateando las llamas en vez de huír, cómo se incendiaba la maraña veloz e íbase formando alrededor de las rocas un festón de fuego tan vivo y poderoso, que las yeguas azoradas se revolvieron al fin, enviándole redobladas coces, en tanto el voraz elemento, avanzando por el frente convertía en pavesas sus crines y copetes.

Luego las llamas de uno y otro extremo llegaron a confundirse: cuerpos negros se debatieron desesperados en el centro entre lúgubres relinchos, tropezando, cayendo, levantándose para volver a derrumbarse en espantoso tumulto. Una tromba de humo negro cuajado de chispas se elevaba a grande altura bajo la gira frenética y loca, trilla de brasas que volaban en infinitos átomos a todos rumbos bajo los cascos furiosos, y se incrustaban en los cuellos y lomos como verdaderos tábanos de fuego.

Instantes después, la columna de vapores fué más densa y opaca, y un olor de carne achicharrada se difundió con

fuerza en la atmósfera. Había concluído en el lugar fatídico la lucha heroica del instinto contra la muerte.

Con la cabeza hundida entre las manos, lívido, desgreñado, el gaucho no apartaba del cuadro sus ojos inyectados de sangre.

Sólo cuando el fuego impelido por el Nordeste estuvo cercano a las casas, saltó a su alazán y alzando el rebenque dió un grito de fiera, saliendo a media rienda por la orilla del monte, rumbo al barranco de la Bruja.

Soledad

Carlos Reyles

1868–1938

Uruguayo. Naturalista en los temas de sus primeras novelas, llega a una especie de romanticismo racial en su obra más renombrada, *El embrujo de Sevilla,* en la cual nos da una interpretación de la España andaluza a través de una bailarina, un cantor, un torero y un pintor. Según algunos críticos españoles, *El embrujo* es el mejor libro escrito sobre Sevilla. En *El gaucho Florido* Reyles ensaya el tema gauchesco. Este autor ha sido influído por Zola en su concepto de la novela experimental. Obras: *Beba,* Montevideo, 1894; *La raza de Caín,* Montevideo, 1900; *El terruño,* Montevideo, 1916; *El embrujo de Sevilla,* Madrid, 1922; *El gaucho Florido,* Montevideo, 1932. Traducciones al inglés: *Castanets,* por J. LeClerq, Longmans, Green.

El baile de la Pura *

Los tocadores verificaron el temple, las guitarras sonaron con más brío, y por el fondo del *tablao* apareció la Trianera, envuelta, como en un capote de paseo, en su pañolón de Manila, el *ancho* sobre la oreja, el pitillo humeante en la boca. Oles, vivas y aplausos atronadores

* La presente selección de *El embrujo de Sevilla,* libro de tema puramente español, a primera vista no está de acuerdo con el carácter americano de esta antología; el autor la incluye por dos motivos: *a*) porque es uno de los mejores ejemplos de estilo modernista, y *b*) porque el escritor hispanoamericano de tendencia cosmopolita busca sus motivos en todas partes del mundo. No hay derecho para limitar geográficamente la inspiración de un autor.

la saludaron. Por su provocativa belleza, picante gracia, ojos gachones y presumidos andares, a los parroquianos se les antojaba aquella primorosa muñeca la encarnación viviente, no ya de la maja graciosa y brava, sino de la mismísima Andalucía. Taconeando levemente y mirando de soslayo, como si mimase el cadencioso paso de la andaluza, dió dos vueltas al *tablao,* ejecutando así su especial salida por *alegrías,* que las gentes habían dado en llamar *el paseo de la Pura.* Luego, desde el fondo, se vino sobre el público, acentuando el taconeo, hiriendo las tablas cada vez con más precisión y nervio, y cuando llegó al borde del *tablao* dió una rapidísima vuelta sobre sí, despojándose al propio tiempo del pañolón, el cordobés y el pitillo, y quedó clavada frente al público, en jarras, la cabeza echada soberbiamente hacia atrás, los ojos entornados, provocantes los firmes y menudos pechos, la boca sonriente, húmeda, roja, brindando amores y pecados, como una granada abierta su pulpa sanguínea. Estallaron los oles; algunos sombreros rodaron a los pies de la bailadora. Esta cambió bruscamente de expresión y de postura, púsose grave, echó las manos a lo alto, en vivo revoloteo, y empezó a ondular las caderas de un modo apenas perceptible, mientras los brazos, serpientes tentadoras, dibujaban en el aire graciosos arabescos, perezosas caricias, espasmos eróticos. Parecia ritmar los ruegos y las ansias del amor naciente, sentido por una hembra de Triana. Poco a poco la maja de Goya se desvanecía y surgía la gitana de arrullos de paloma y prontos de fiera. En el blanco crudo de la pared, sobre que, agrandada, se diseñaba vigorosamente la retorcida silueta de la Pura, las curvas de su cuerpo se hacían más voluptuosas, las ondulaciones más lúbricas.

Un cantador, con mucho aparato de gestos y sacudimientos de hombros, cantó:

«Es mi niña
la flor y canela de Andalucía.»

y principiaron los oles, los jaleos y las palmas *encontrás*. La Trianera, sintiendo ya arder su sangre de bailadora con las ansias violentas que leía en los rostros congestionados de los hombres, acentuaba los arrestos y los desplantes, e imprimiéndoles con las piernas y las caderas sacudidas y estremecimientos realmente carnales a las faldas de faralaes gitanos y amplia cola, encogía y estiraba el cuerpo elástico; echaba adelante el empeine con impúdico brío al avanzar taconeando; retrepaba el opulento busto, parábase en firme y volvía a comenzar el *pa ta pán, pa ta pán,* obsesante, ora lánguidamente, ora aprisa, en tanto que mimaba con pasmosa virtuosidad, no ya las ansias y los ruegos del divino deseo, sino los ímpetus y los desmayos de la batalla amorosa, subrayando con guiños, sonrisas y gestos la intención de las paradas y los contrastes.

Fuera de sí la gente de bronce, prorrumpía en gritos de un entusiasmo, mitad libidinoso, mitad matón. Aquel baile, trasunto fiel de la voluptuosidad mora y orgullo español, les revolvía en los antros más recónditos del alma los instintos obscuros, las levaduras extrañas de abandono e imperio, de dolor y placer, de vida y muerte que fermentan en el fondo de todo erotismo.

Entre tanto, el cantador, con voz cada vez más cálida y pujante, seguía desgranando su copla:

«Mi compañera, cuando va andando,
Rosas y lirios,
Rosas y lirios,
Rosas y lirios,
Rosas y lirios va derramando.»

Al concluirla terminaron también los *rasgueaos* y dieron principio las falsetas y los fililíes de las guitarras, que la bailadora seguía con su pie pulido. El mantón entallado, rojo como el clavel que se mecía en el moño de la Pura, y la boca de nieve y sangre, fascinaban tanto como los primores del pie o el fuego de los ojos de aquella flor de Triana.

«Ahora mismo la Pura está diciendo con esas primorosas *escobillas* lo que no han sabido decir de España ni los historiadores ni los psicólogos,» pensó Cuenca, que la miraba con los ojos entornados, como hacía delante de los lienzos para tamizar la luz y apreciar mejor los colores y las líneas. «Esos vuelos del pie expresan la presunción y la gracia de la sevillana, su casuística amorosa, su feminismo, su perversidad, su arte de atormentar a los hombres y burlarse de los males,» y siguió mirando extasiado, mientras imaginaba un fondo para el baile de la Pura, caótico, patético, espeluznante, como los del Greco, sobre el cual desfilarían, encarnados en figuras ya tétricas, ya rientes, ora límpidas, ora borrosas, los Santiago matamoros, los Quijotes, los Torquemadas, los Don Juanes, los Fígaros y los Sanchos de la quimera española.

Y sonó otra vez, más violento, el *toque rasgueao;* las palmas hiciéronse más aturdidoras, el taconeo más vivo y más estridente el *cante*. El baile llegaba al paroxismo de la locura. Era una agonía rabiosa, un frenesí dionisíaco que se comunicaba a todos los asistentes. Los quiebros de cintura, los golpes de cadera, los desplantes provocadores, los trenzados arabescos de los pies, el aleteo de las manos, arrancaban gritos delirantes en la sala y en el *tablao*. Los acompasados golpes de bastón hacían oscilar las copas; las luces parecían borrachas. Los tocadores golpeaban las cuerdas con las guitarras puestas de punta sobre las

rodillas y el cuerpo hecho un epiléptico garabato. Y la Pura seguía el ritmo de la frenética música, pálida, desencajado el rostro, crispados los labios, revueltos los ojos. De repente, adelantándose hacia el público y levantándose las faldas hasta más arriba de las rodillas con un brusco manoteo, se puso en jarras, la cabeza caída hacia atrás como en un desmayo, el cuello estirado, arqueado el pecho, y así permaneció algunos instantes, casi inmóvil de medio cuerpo arriba, mientras los pies ejecutaban un rítmico repique que sólo dejaba descender la blanca *pollera* poco a poco, como un telón . . .

El *tablao* quedó literalmente cubierto de sombreros; muchos parroquianos se habían subido sobre las sillas y hasta sobre las mesas, y aplaudían rabiosamente. Uno de ellos gritaba, golpeándose el pecho con los puños cerrados:

—¡Esto es el acabóse, el disloque, el mediterráneo! . . .[1]

El embrujo de Sevilla

1. In his enthusiasm one of the customers uses high-sounding phrases: *This is the end of the world*

Mariano Azuela

1873

Mexicano. Es el novelista de la revolución mexicana, el verdadero intérprete de las luchas políticas y sociales que han agitado a México estos últimos veinticinco años. Su obra principal es *Los de abajo,* relación de las hazañas militares y muerte del caudillo típico, Demetrio Macías. Después de la publicación de *Los de abajo* (1916), han aparecido en México docenas de libros sobre la revolución pero ninguno logra penetrar la realidad nacional con la certeza y conocimiento de causa de Azuela. Obras: *Mala Yerba,* Guadalajara, 1909; *Los de abajo,* El Paso, Texas, 1916; *Los caciques,* México, 1917; *Las moscas,* México, 1918; *La Malhora,* México, 1923; *La Luciérnaga,* Madrid, 1932; *Pedro Moreno, el insurgente,* Santiago, Chile, 1935; *Precursores,* Santiago, Chile, 1935; *El camarada Pantoja,* México, 1937; *San Gabriel de Valdivias,* Santiago, Chile, 1938. Traducciones al inglés: *The Underdogs,* por Enrique Munguía, Brentano's, 1929; *Marcela,* por Anita Brenner, Farrar & Rinehart, 1932.

La muerte de Macías

Fué una verdadera mañana de nupcias. Había llovido la víspera toda la noche y el cielo amanecía entoldado en blancas nubes. Por la cima de la sierra trotaban potrillos brutos de crines alzadas y colas tensas, gallardos con la gallardía de los picachos que levantan su cabeza hasta besar las nubes.

Los soldados caminan por el abrupto peñascal contagia-

dos de la alegría de la mañana. Nadie piensa en la artera bala que puede estarle esperando más adelante. La gran alegría de la partida estriba cabalmente en lo imprevisto. Y por eso los soldados cantan, ríen y charlan locamente. En su alma rebulle el alma de las viejas tribus nómades. Nada importa saber a dónde van y de dónde vienen; lo necesario es caminar, caminar siempre, no estacionarse jamás, ser dueños del valle, de las planicies, de la sierra y de todo lo que la vista abarca.

Arboles, cactus y helechos, todo aparece acabado de lavar. Las rocas, que muestran su ocre como el orín las viejas armaduras, vierten gruesas gotas de agua transparente.

Los hombres de Macías hacen silencio un momento. Parece que han escuchado un ruido conocido: el estallar lejano de un cohete; pero pasan algunos minutos y nada se vuelve a oír.

—En esta misma sierra—dice Demetrio,—yo, sólo con veinte hombres, les hice más de quinientas bajas a los federales . . . ¿Se acuerda, compadre Anastasio?

Y cuando Demetrio comienza a referir aquel famoso hecho de armas, la gente se da cuenta del grave peligro que va corriendo. ¿Conque si el enemigo, en vez de estar a dos días de camino todavía, les fuera resultando escondido entre las malezas de aquel formidable barranco, por cuyo fondo se han aventurado? Pero ¿quién sería capaz de revelar su miedo? ¿Cuándo los hombres de Demetrio Macías dijeron: «¿por aquí no caminamos»?

Y cuando comienza un tiroteo lejano, donde va la vanguardia, ni siquiera se sorprenden ya. Los reclutas vuelven grupas en desenfrenada fuga buscando la salida del cañón.

Una maldición se escapa de la garganta seca de Demetrio:

—¡Fuego! . . . ¡Fuego sobre los que corran! . . .

—¡A quitarles las alturas!—ruge después como una fiera.

Pero el enemigo, escondido a millaradas, desgrana sus ametralladoras, y los hombres de Demetrio caen como espigas cortadas por la hoz.

Demetrio derrama lágrimas de rabia y de dolor cuando Anastasio resbala lentamente de su caballo, sin exhalar una queja, y se queda tendido, inmóvil. Venancio cae a su lado, con el pecho horriblemente abierto por la ametralladora, y el Meco se desbarranca y rueda al fondo del abismo. De repente Demetrio se encuentra solo. Las balas zumban en sus oídos como una granizada. Desmonta, arrástrase por las rocas hasta encontrar un parapeto, coloca una piedra que le defienda la cabeza y, pecho a tierra, comienza a disparar.

El enemigo se disemina, persiguiendo a los raros fugitivos que quedan ocultos entre los chaparros.

Demetrio apunta y no yerra un solo tiro . . . ¡Paf! . . . ¡Paf! . . . ¡Paf! . . .

Su puntería famosa lo llena de regocijo; donde pone el ojo pone la bala. Se acaba un cargador y mete otro nuevo. Y apunta . . .

El humo de la fusilería no acaba de extinguirse. Las cigarras entonan su canto imperturbable y misterioso; las palomas cantan con dulzura en las rinconadas de las rocas; ramonean apaciblemente las vacas.

La sierra está de gala; sobre sus cúspides inaccesibles cae la niebla albísima como un crespón de nieve sobre la cabeza de una novia.

Y al pie de una resquebrajadura enorme y suntuosa como pórtico de vieja catedral, Demetrio Macías, con los ojos fijos para siempre, sigue apuntando con el cañón de su fusil . . .

Los de abajo

Enrique Rodríguez Larreta

1875

Argentino. Rodríguez Larreta es un novelista de tendencia histórica. En *Artemís* se remonta a la antigua Grecia; en *La gloria de don Ramiro* hace la reconstrucción de la España de Felipe Segundo (Siglo XVI), y en *Zogoibi,* novela gauchesca, no logra llegar a ser novelista contemporáneo. Su estilo es muy elaborado, castizo, clásico. *La gloria de don Ramiro* ha sido muy celebrada y algunos críticos españoles han dicho que es la mejor novela escrita en castellano en los tiempos modernos. Obras: *Artemís,* Madrid, 1903; *La gloria de don Ramiro,* Madrid, 1908; *Zogoibi,* Buenos Aires, 1926. Traducciones al inglés: *The Glory of Don Ramiro,* por L. B. Walton, Dutton, 1924.

Don Ramiro da muerte a un perro rabioso *

Era uno de esos días de bochorno canicular a que no escapa, con ser tan empinada y ventosa, toda aquella región de Castilla. Un aire abrasador se amodorra en las navas, y el cielo sin nubes embravece su tinte como un esmalte en el horno. La peña cruje bajo la rabia del sol, el árbol se tuesta. Aquí y allá, a lo largo de los caminos, la recua o el rebaño levantan grandes nubes de polvo, cual si fueran ejércitos.

Un torvo reflejo mineral flotaba sobre el valle de Am-

* *La gloria de don Ramiro* no representa ningún aspecto de la literatura hispanoamericana; incluímos la presente selección atendiendo sólo a los méritos estilísticos de la misma.

blés. El paisaje era aún más austero bajo aquella claridad implacable.

Comenzaba la trilla. La mies rebrillaba en las eras.

Los labriegos tenían que turnarse sin cesar para ir a beber a la sombra de los carros. Entretanto, unos alzaban el bieldo perezosamente, otros, tiesos como postes sobre las tablas trilladoras, giraban de mala guisa acuciando con rabia a las mulas y a los bueyes, y apeándose a cada momento para hacerles sonar los lomos o las quijadas con sus garrotes.

Ramiro, ahitado de lecturas religiosas, cogió las *Aventuras de Silves de la Selva* [1] y fuése a esconder en un obscuro recoveco del monte que formaban tres gruesos peñascos a la sombra de una encina.

Tendido en el suelo, con el puño bajo la sien, suspendía por momentos la lectura, para sentir mejor el deleite de su escondrijo. A veces un rayo luminoso pasaba entre el follaje y hacía temblar sobre el libro una medalla de sol. Aquella sombra le sabía a la frescura barrosa que el agua conserva en las carrazas.

De pronto un rumor de pasos acelerados le hizo levantar la cabeza. Miró. Era Medrano corriendo por el atajo en dirección al caserío.

—¿Dónde vais?—gritóle.

El escudero indicó con breve ademán que le siguiese.

Una vez en la cuadra del granero, mientras buscaba su talabarte, Medrano contó brevemente lo que pasaba. En la vecina heredad, Cerbero, el perrazo que servía de guardián en los portones, se había vuelto rabioso, mordiendo a un lacayo y escapando hacia el monte. Don Alonso se hallaba en Madrid y su hija había quedado con

1. The last book of chivalry of the Amadis cycle deals with the great deeds of arms of the valiant knight D. Silves de la Selva (Seville, 1546).

las dueñas, las cuales le mandaban llamar a toda prisa para que dirigiera a los gañanes en la caza del mastín. Ramiro tuvo un deslumbramiento súbito. Acordóse de los caballeros donceles que en las historias descabezaban endriagos, vestiglos y fieros leones, redimiendo princesas, desbaratando encantamientos y maleficios. Al mismo tiempo el rostro de Beatriz cruzó por su imaginación.

Cuando el escudero iba a ceñirse la ancha espada de dos filos, él, sin pronunciar una palabra, puso ambas manos en la empuñadura del arma, mirándole con expresión a la vez suplicante y resuelta. El antiguo soldado comprendió. Tomando entonces para sí la espada más fina, dejó la otra en poder de Ramiro. Luego, exclamando: «Vamos presto, que nos esperan,» salió de la cuadra.

Llegaron a la mansión de don Alonso sin encontrar a nadie. Estaba toda cerrada como una casa desierta; pero al pasar junto a la panera toparon con seis hombres armados de chuzos y horquillas.

El escudero repartió las órdenes. Cada cual treparía por un punto distinto del monte, y apenas divisase al animal daría tres fuertes voces de auxilio. A Ramiro apostóle a pocos pasos de las cocinas, y dándole un cuerno de caza y pidiéndole que no se moviera de aquel sitio.

Algo después, cansado de esperar, Ramiro comenzó a internarse también entre los árboles.

Muchos relatos, allá en la torre solariega, le habían hecho saber lo que era el peligro de la rabia y el pavor que esparcía por los pueblos y campiñas aquel hocico agazapado que iba sembrando el furor y la muerte. Se echaban todos los cerrojos, se recogían los gatos, los perros, los asnos, y mientras mujeres encendían una vela a Santa Catalina y otra a Santa Quiteria, abogadas contra

la rabia, los mozos salían al campo bravamente, armados de las herramientas filosas que iban hallando.

Ramiro avanzaba con rapidez saltando las peñas y los hatos de podas antiguas.

Las carrascas y los espinos no evitaban que el sol caldease con sus rayos la tierra pálida y enjuta, y un retostado perfume de cantueso, de estepa y de tomilla sahumaba el ambiente. Las flores de la retama surgían aquí y allá, entre los plomizos peñascos, haciendo brillar sus pétalos de oro sobre un cielo de añil.

Ramiro jadeaba. El sudor bañábale el rostro.

Media hora después, una de las criadas de Beatriz veía entrar en el patio de la casa al nieto de don Iñigo trayendo en una mano una ancha espada toda roja de sangre y en la otra la cabeza del perro.

—¡Válame Dios y Santa Quiteria; ya le mataron!—exclamó la mujer.

Luego, mirando atentamente el sangriento despojo, agregó:

—¡Pobre Cerbero, y cómo me echaba las manos al pecho para lamerme en el rostro! Pero era forzoso acaballe, que can con rabia con su dueño traba. Medrano ha sido el de la hazaña de fijo!

—No fué Medrano.

—¿Y quién?

—Yo iba solo por el monte, y al pasar cabe un hato de leña, vile venir corriendo hacia mí. De una buena cuchillada hícele rodar como un bolo. Luego hachéle el pescuezo.

—¡Virgen Santísima y qué barragán será cuando le crezcan las barbas!—exclamó la mujer, espantada de que aquel mancebillo hubiera dado muerte al terrible animal sin la ayuda de nadie.

Luego le pidió que le siguiera; pero Ramiro, acercándose a un portillo que abría hacia el campo, apoyó un momento la espalda en el muro, y tomando el cuerno tocó tres veces con fuerza. Las tres largas notas repercutieron en los ecos de la montaña como un son legendario.

La criada fuéle conduciendo a través de una serie de cuadras sombrías. Por fin, al llegar ante una puerta entornada, Ramiro oyó un coro de mujeres que invocaban plañideramente a Santa Quiteria y a Santa Catalina. Entraron. Un solo rayo de sol penetraba en la estancia tras una madera entreabierta. ¡Qué alarido el que estalló en la obscuridad cuando el niño alzó en el haz luminoso la sanguinolenta cabeza que goteaba sobre el tapiz! Una de las dueñas se derrumbó de espaldas presa de un brusco soponcio.

La mujer que acompañaba a Ramiro contó con alegría la proeza del mancebo. Entonces, en medio de un profundo mutismo, Beatriz se adelantó sin vacilar. Una dueña la tironeaba el faldellín; pero la hija de don Alonso, mirando aquellas manos tan tempranamente enrojecidas por el coraje, desprendió un favor azul que adornaba sus rizos, y, llegándose a Ramiro, se lo anudó ella misma en las agujetas del jubón con sus temblorosas manitas, blancas como la luna.

La Gloria de don Ramiro

Alcides Arguedas

1879

Boliviano. Es el escritor en prosa más conocido de su patria. Es, además de novelista, sociólogo e historiador. Por su obra *Raza de bronce* debería ser considerado como uno de los precursores de la novela indianista, pues esta obra de carácter moral y étnico vino a demostrar que ciertos problemas de índole racial podían ser desarrollados en forma altamente artística. Obras: *Vida criolla,* París, 1912; *Raza de bronce,* La Paz, 1919.

El entierro de un indio

Se vistió al difunto con su mejor ropa: en el mundo desconocido a donde iba, debía presentarse con decencia para no merecer el despego de nadie. Calzósele con abarcas nuevas para que en el largo trecho no sintiese los abrojos del camino; debajo del gorro calado en la cabeza se puso un manojo de hierbas para que absorbiese el sudor de la fatiga; ciñósele a un costado la *chuspa* con *coca* y maíz y al otro una bolsa atravesada por una aguja para que no padeciese hambre ni fatigas, guardase las ganancias adquiridas y pudiese recoser sus ropas rasgadas entre los escollos de la ruta: diósele *quena* y *zampoña* para que matase la murria modulando los aires aprendidos en la juventud, y, por último, púsosele en las manos algunas herramientas, para que una vez en su destino siguiese trabajando como en la tierra de donde había partido, y trabajase por siempre jamás.

La viuda se proveyó en abundancia de toda suerte de licores y comestibles; hizo degollar por esta única vez un torillo, algunos corderos y todas las gallinas y preparó, diligente y serena, una gran comilona para los amigos y parientes del difunto que asistirían a todo el largo ceremonial del entierro.

Para hacer frente a todos estos gastos le fué forzoso atacar a las economías reunidas por el matrimonio en varios años de ruda labor y vender las dos únicas vacas, que Troche se las llevó en menos de la mitad de su justo precio, pues el pobre Quilco tuvo la desgracia de morirse cuando no había un solo indio que contase alguna reserva de capital en este año de miseria y abandono.

Dos días estuvo expuesto el cadáver en el patio sobre las parihuelas y fué velado por casi toda la peonada de la hacienda, que no se movió de la casa mortuoria y a la que tuvo que atender la viuda obsequiándola con toda suerte de vituallas y bebidas.

En la mañana del tercero, se formó el cortejo y ésa fué la hora de enorme fruición para la viuda, porque cada uno de sus numerosos compadres se presentó con su estandarte negro adornado de campanillas y con blancas lágrimas de metal, y su número probaba la estima en que había vivido el difunto y los favores que hiciera, ahora revelados por las banderolas fúnebres que iban a preceder las parihuelas que lo conducían al cementerio.

Hombres y mujeres estaban vestidos de luto. Las mujeres ocultaban la cabeza y parte del rostro en la mantilla negra y la viuda iba absolutamente arrebujada en el manto no descubriendo sino los ojos y la nariz.

Cuatro fornidos mozos izaron las parihuelas y ésa fué la señal para que todas las mujeres lanzasen un tremendo alarido que provocó en los perros de la vecindad un aullido lastimero y prolongado. Y, primero al trote, a

carrera después, emprendió camino del cementerio la negra comitiva ebria, para que el alma del difunto llegase a su destino inmortal con la misma rapidez que ella ponía en ganar la mansión del reposo definitivo.

Y corrió en carrera lamentable por el camino árido y largo, ofreciendo pavoroso espectáculo, pues la cabeza y los pies del muerto sobresalían de las parihuelas y con el trote de los portadores balanceaban rígidos los pies y pendía la cabeza mirando de frente al sol.

Hicieron dos descansos forzosos para vaciar sendas copas de aguardiente y remudar a los portadores, y en el tercero, de rito, y al aproximarse al cementerio, comenzó la viuda a plañir su dolor.

En esta parada depositaron las parihuelas en el suelo y la comitiva se puso de cuclillas en torno, con la mirada fija en el rostro del cadáver medio descompuesto ya, con los ojos inmensamente hundidos en el cráneo, la nariz afilada y ennegrecidos los labios.

Los ayudantes, enviados allí con anticipación, se pusieron a repartir copas de licor y puñados de *coca* que los acompañantes consumían sin proferir palabra. Lanzó la viuda un prolongado suspiro, suspiraron los parientes cercanos y después los demás, ostensiblemente; bebieron otra copa aún, y otros amigos echaron sobre sus hombros las parihuelas para salvar el postrer tramo de la ruta. Entonces la viuda púsose a prorrumpir en una especie de gimoteo canturreado que se alargaba en notas sostenidas y monótonas intercaladas de frases breves:

—¡Hí . . . Híii . . . híiiii . . . mi marido! . . . ¡Hí . . . híiii . . . híiiii . . . tan bueno! . . . ¡Hí . . . híiii . . . híiii . . . me ha dejado! . . . ¡Hií . . . híii . . . híiii . . . por siempre!

Crecían de tono los gemidos y se alargaban las frases, hasta que al último trocóse en doliente monólogo que la

comitiva escuchaba en silencioso recogimiento para saber hasta dónde era justificada su simpatía al muerto. Con voz monótona y modulada en lamentable canturreo, contaba la viuda toda la historia de sus amores, penas y desengaños. Era una especie de confesión pública y la postrera evocación de los hechos y andanzas del difunto; una dolorosa evocación de su vida ordinaria hasta en sus partes más recónditas:

—¡Ay, era bueno, no más, mi marido! . . . Me pegaba algunas veces, pero era no más porque me quería . . . Tenía su concubina, pero nunca dejó sin dineros la casa . . . Sabía embriagarse,[1] pero era tranquilo en su borrachera . . .

Toda la historia simple fué narrada hasta el cementerio y allí se reprodujo el aullido desesperado de las mujeres cuando cayó la primera palada de tierra sobre los despojos del muerto.

Con la última comenzaron las libaciones hasta bien entrada la tarde, hora en que tomaron el camino de retorno.

Volvían en grupos dispersos y todos estaban abominablemente ebrios. Cantaban los hombres en lamentos y las mujeres aullaban dentro sus mantillas negras que les cubrían el rostro; y aullidos y cantos resonaban tristemente en la estepa y hacían levantar el vuelo a las innumerables aves que poblaban la orilla del lago.

Caía la tarde y el sol brillaba en el ocaso; detrás, los lejanos cerros del estrecho, apareciendo y ocultándose entre inmensos nubarrones pardos que se extendían en todo lo ancho del horizonte e iban cubriendo poco a poco la vasta planicie rutilante: dijérase un velo que corría.

Raza de bronce

1. periphrastic phrase for *se embriagaba*

Manuel Gálvez

1882

Argentino. Es, después de Hugo Wast, el más leído de los novelistas argentinos. Casi toda su obra es de tendencia realista. *La maestra normal* pasa por ser su mejor trabajo. Sus novelas históricas, que se refieren a las guerras del Paraguay contra Argentina, Brasil y Uruguay, tienen un valor de americanismo que deberían imitar los otros escritores. Obras: *La maestra normal,* Buenos Aires, 1914; *El mal metafísico,* Buenos Aires, 1916; *La sombra del convento,* Buenos Aires, 1917; *Nacha Regules,* Buenos Aires, 1919; *Cántico espiritual,* Buenos Aires, 1923; *Los caminos de la muerte,* Buenos Aires, 1928; *Humaitá,* Buenos Aires, 1929; *Jornadas de agonía,* Buenos Aires, 1929; *Miércoles Santo,* Buenos Aires, 1930. Traducciones al inglés: *Nacha Regules,* por L. Ongley, E. P. Dutton, 1922; *Holy Wednesday,* por W. B. Wells, Appleton-Century, 1934.

La despedida

Riga quedó anonadado. ¡Ah, era por él que se la llevaban! El corazón le latió con mayor violencia y creyó desmayarse. Se tocó la cara. Debía estar pálido mortal. Además se sentía mareado con el gentío y no veía las horas de estar abajo. La fanfarria seguía tocando. Por fin se hizo un claro. Riga avanzó con toda su fuerza y se encontró en la cubierta inferior, frente a la planchada. Ya iba a verla, ya iba a verla. Un momento no más y la podría contemplar a su gusto, decirle cuanto quisiera con los ojos, sin importársele nada de esos filisteos, de esos burgueses pretensiosos y perversos. Se reían de él, pero él,

por ser poeta, por ser artista, valía más que todos ellos. Y valía más, por otra razón que él no se animaba a decírsela todavía pero que ya se le iba evidenciando: porque Lita, su Lita, le quería.

Cuando estuvo en el muelle, la buscó ávidamente. Y allí estaba, llorosa, con su figurita de *gamine,* con su actitud de Tanagra, con el piquito fruncido como si estuviera disgustada. En seguida ella le vió, y le sonrió «a él,» sonrió «para él.» ¡Ah, cómo era feliz en medio de su dolor! La miraba como a los santos en los altares, y estaba en éxtasis, absorto en ella, casi insensible a las cosas. La gente había descendido y empezaban a soltar las amarras. La mañana era una delicia, una de esas mañanas sin iguales de los otoños argentinos. Una gran claridad, una jubilosa alegría se derramaba por el ambiente, y los cobres de la fanfarria parecían acordarse con el matinal esplendor. Reía el sol, reía el cielo, reían las aguas azules del Plata, reían las banderas de los barcos. Pero los que se despedían lloraban y Riga estaba transfigurado por el dolor presentido de la ausencia, por la felicidad de creerse amado.

Por fin el *Cap Ortegal* empezó a moverse. Bajo las sombrillas partían adioses, frases triviales. Algunos se enviaban besos, todos se decían adiós con los pañuelos, con las manos. Así pasó un largo rato hasta que el barco estuvo en medio del dique. Lita había corrido a la popa, dejando a sus padres y a Eduardo. El poeta tuvo entonces una inspiración. Salió del muelle y echó a correr como loco. Iba hacia la salida del largo dique: un estrecho canal por donde el vapor pasaría casi rozando las paredes. Riga corría, corría y llegó jadeante. El transatlántico se acercaba, aún pesadamente, arrastrado por un remolcador, pero en seguida empezó a pasar frente a él. Los pasa-

jeros se habían entrado, se paseaban por la cubierta. ¡Ya se acercaba Lita, ya se acercaba, ya la veía venir!

El buque iba pasando lentamente, lentamente. En la popa, con el pañuelo en los ojos, Lita lloraba, apoyada su cabeza en los brazos. Estaba sola, no había nadie a su lado. El buque pasaba, y ella no veía al poeta. ¿No sabría que estaba allí? Y lleno de coraje, con el sombrero en la nuca, Riga le gritó desesperadamente:

—¡Lita, Lita!

Ella, como asustada, alzó la cabeza y vió en la punta del muelle, allá más abajo, a su amigo que la miraba como en éxtasis. Le sonrió y con sus manos, con sus dos manos, le saludó una, dos, muchas veces. . . . Y mientras el vapor se alejaba, ella seguía siempre saludando, diciendo adiós con el pañuelo.

Pero ya el barco estaba lejos, ya Lita se perdía en la distancia y sólo quedaban los sones de la fanfarria diluyendo su júbilo en aquella gloria matinal . . . Cuando el poeta ya no vió a Lita, se llevó las manos a la cara y sollozó afligidamente. ¡Se iba su Lita! ¡Se llevaban su sola alegría, lo único que le reconciliaba con la vida! Lita era la sola persona que le había comprendido, que amaba sus versos, que veía en él una vocación. La apartaban de él, porque le reputaban peligroso, como si fuera un apestado. Y lo era, sí. Tenía todo su ser inficionado por la mala peste de la poesía, tenía poesía en el alma, poesía en el corazón, poesía en sus acciones, en sus ambiciones. La poesía le apartaba de Lita, la poesía le hundía en la desgracia. Y agobiado de dolor, sintiéndose viejo en sus veintiún años, sublime de rebeldía y de romanticismo, irguió hacia el cielo el puño cerrado, en la soledad del lugar, mirando el punto negro del vapor distante.

Quedó inmóvil un momento, maldiciendo en su in-

terior a la Poesía, a la Sociedad. Vida, juventud, amor, todo lo había perdido. Lo había perdido porque Dios le hizo artista. ¿Por qué no fué un burgués, un hombre como todos, un vulgar abogado? Entonces Lita hubiera sido suya, suya para siempre. Por eso maldecía a la Poesía, frente al mar y frente a Dios. ¡Maldecía al veneno de su juventud, al tormento de su vida!

Y echó a andar, encorvado, doloroso, con el rostro contraído en una ancha mueca de sufrimiento. Iba al centro de la ciudad. Junto a él pasaban en automóviles y carruajes lujosos, los que fueron a despedir a los viajeros. Riga caminaba vacilante, insensible a las cosas que le rodeaban, tambaleando como un enfermo o como un ebrio. Un carruaje estuvo a punto de atropellarle, y él reconoció dentro a Magdalena y a otra amiga de Lita. Corrió para alcanzar el carruaje, para ver a las que iban dentro, como si fuese a sentir, prolongado en aquellas muchachas, el encanto de Lita.

Llegó a las arcadas del paseo de Julio, y, doblando en la primera esquina, subió la calle en cuesta que conducía al centro. La calle de 25 de Mayo aumentó su dolor. Muchas noches, hacía algunos años, había recorrido con sus amigos, en tren de alegría, los pequeños cafés-conciertos de aquel lugar. Pasó por el *Internacional,* que le rememoró infinitas horas de juventud. El barrio, que cobraba a la noche una extraña vida, estaba casi solitario. Debían ser más de las once de la mañana; hacía mucho calor. En las tabernas, marineros y trabajadores comían. De algunas casas, salían canciones exóticas. Al cruzar las esquinas veía los mástiles y las banderas de los grandes barcos. Todo aquello parecía hablarle de viajes y de países lejanos, recordándole su irremediable desgracia. Y de pronto, sin meditar en lo que hacía, al pasar frente a un bar, se metió dentro. Era una casa sucia, de mal aspecto,

frecuentada por ingleses y alemanes de condición ínfima. Varias mesas estaban ocupadas.

—Mozo, ¡un whisky!

En una mesa próxima, un inglés, borracho, cantaba una canción ridícula. Sus dos compañeros le escuchaban gravemente, pero al llegar al estribillo, que era un «oh» prolongado, se quitaban la pipa de la boca y reían grotescamente.

Riga bebía con lentitud, y, mientras tanto, veía a Lita en el extremo del buque, diciéndole su adiós. Él la contemplaba extático, con los ojos vagos, indiferente a cuanto le rodeaba. Recordó poco a poco, como una cinta de cinematógrafo, lo que llamaba la historia de su amor: aquella tarde cuando la conoció, los versos que ella le había inspirado, las deliciosas noches de sus visitas en que juntos leían versos, los paseos en Palermo viéndola él pasar en coche, su declaración cuando el santo de Lita, todo lo que él había hecho por hacerse digno de ella, todo lo que había sonãdo, ¡todo lo que había soñado inútilmente! El había creído amarla con toda su alma; mas ahora que ella se iba, al comprender que tal vez le quería y que la alejaban de él, veía toda la hondura de su sentimiento. ¿Pero por qué el mundo era tan malo? ¿Por qué no dejaban a estos dos seres quererse con su amor divino?

—Mozo, ¡otro whisky!

Sí, ¿por qué no los dejaban quererse? No debía haber derechos contra el amor. Ellos bien podrían casarse alguna vez. Vivirían modestamente; Lita no necesitaría lujos ni excesivas comodidades. Con su cariño eterno, con la Belleza reinando en el hogar, ¿qué más podían desear? El dinero, ¿acaso daba la felicidad? La aristocracia, ¿para qué servía? Además, ellos tenían tesoros de amor y ensueño, la fortuna del arte, la nobleza del talento. Pero la sociedad no reconocía tales dones, la sociedad, vieja

prostituta que se entregaba a los ricos. ¡Ah, la vida! ¡Era una vil miseria, la vida! Daban ganas de suicidarse, de hundirse en la nada. Sólo el dolor era eterno, sólo el dolor existía. ¿La felicidad? Una estúpida farsa. En el mundo no había sino artificio, mentira, convencionalismo. Habría tal vez felicidad si los hombres fueran sencillos, si no buscaran hacerse mal unos a otros, si no se empeñaran en ser egoístas y orgullosos. Veían dos almas buenas y jóvenes que se amaban, y, en lugar de proteger aquel amor sincero, los separaban, les llenaban el alma de amargura, de odio a la vida, de desprecio a la sociedad . . . ¡Si pudiera él olvidar, como aquellos ingleses que cantaban canciones estúpidas! Los miraba con desprecio y con interés. Deseaba pedir otro vaso de whisky para llegar a aquella inconciencia que imaginaba como un refugio para sus sufrimientos. Tenía dinero, pero no se atrevía, de vergüenza, a llamar al mozo. En ese momento miró por la vidriera, y, como la casa ocupaba una esquina, pudo ver, siguiendo la calle que bajaba al puerto, algunos mástiles lejanos. Llamó entonces al mozo, y, al tenerle enfrente, sintió que el pudor no le dejaba pedir más de beber. Le preguntó cuánto debía, y pagó. Pero al retirarse el mozo, estalló el «oh» del inglés y las risas grotescas de sus amigos. Entonces llamó de nuevo al mozo, y sin mirarle, un poco sonrojado, le ordenó:

—¡Otro whisky!

Había que olvidar, que olvidarlo todo . . . Sólo a ella no olvidaría. La veía siempre, como en un altar. Pero ahora su imagen se borraba un poco, se bordeaba de sombras. Lita, Lita, ¿la iba a olvidar, a ella? No, toda su vida sería para recordarla, para cantarla, para vivir de aquellos sueños magníficos. ¡Lita, su Princesa que tantas veces cantara! La Princesa ¿no era la Felicidad? Había amado a la Princesa, la había deseado, la había invocado

con toda su alma. La Princesa se le apareció, se concretó en la imagen de Lita, y, cuando creía poder llegar hasta ella, se desvaneció como un sueño. No existía la Princesa, no existía sino el Dolor . . . Miró los mástiles y pensó en que él no podía seguir a Lita, y se acordó de su primer viaje cuando vino a Buenos Aires y su madre lloraba tanto porque temía que su hijo se perdiera. ¡Pobre, su madre, y cuánta razon tenía en llorar!

—¡Otro whisky, mozo, otro más . . . pronto!

El mal metafísico

Rómulo Gallegos

1884

Venezolano. Gallegos es, desde un punto de vista técnico, el que se refiere a la construcción de la novela, el maestro de este género literario en América. *Doña Bárbara* es probablemente la novela más perfecta de las letras hispanoamericanas. El estilo de Gallegos es vigoroso y castizo, aunque usa un buen número de americanismos. Sobresale este autor en la creación de caracteres y doña Bárbara es la figura femenina de más relieve en nuestra literatura. Obras: *Reinaldo Solar,* Caracas, 1920; *La Trepadora,* Caracas, 1925; *Doña Bárbara,* Barcelona, 1929; *Cantaclaro,* Barcelona, 1934; *Canaima,* Barcelona, 1935; *Pobre negro,* Caracas, 1937. Traducciones al inglés: *Doña Bárbara,* por R. Malloy, Cape and Smith, 1931.

La lluvia en los llanos

¡Llueve, llueve, llueve! . . . Hace días no sucede otra cosa. Ya los llaneros que estaban fuera de sus casas han regresado a ellas, porque los caños y los ríos se desbordarán por las sabanas y pronto no habrá caminos transitables. ¡Ni necesidad de recorrerlos! Ya es tiempo de *mascada, tapara* y *chinchorro* y con estas tres cosas bajo el techo de palma, el llanero se siente feliz, mientras afuera se van desgajando las nubes en un llover obstinado y copioso.

Con las primeras lluvias comenzó el retorno de las garzas. Aparecieron por el sur—hacia donde emigran durante el verano, sin que nadie sepa hasta donde van—y

todavía estaban llegando las innumerables bandadas.

Fatigadas por el largo vuelo, se detenían, balanceándose, sobre las ramas flexibles del monte del garcero o llegaban, sedientas, hasta el borde de la ciénaga, y el monte y el agua iban cubriéndose de blancura.

Parecía haber reconocimientos y cambios de impresiones de viaje. Las de este bando miraban a las del otro, que había emigrado a distintas regiones, alargaban los cuellos, batían las alas, lanzaban ásperos gritos y luego quedábanse quietas observándose mutuamente, redondas e inmóviles las ágatas de las pupilas. A veces había riña por una rama del dormitorio, por un resto de nido de la estación anterior; pero después se iban acomodando todas en los mismos sitios que siempre habían ocupado.

Los patos salvajes, las *corocoras,* las *chusmitas,* las *cotúas,* los *gavanes* y los *gallitos azules,* que no habían emigrado, acudían a saludar a las viajeras, y eran también bandadas innumerables que iban llegando desde los cuatro puntos del cielo. También habían regresado los *chicuacos* y contaban sus impresiones de viaje.

Ya el estero está lleno, porque el invierno se ha metido con fuerza. Un día asoma a flor de agua la trompa negra de una *baba.* Ya aparecerán también los caimanes, pues los caños se están llenando de prisa y en la llanura por todas partes se va a todas partes. Los caimanes también vienen desde lejos, del Orinoco muchos de ellos; pero nada cuentan, porque todo el día lo pasan durmiendo o haciéndose los dormidos. Y mejor es que se estén callados. No podrían contar sino crímenes.

Comienza la muda. El garcero es un monte nevado, al amanecer. Sobre los árboles, en los nidos colgados de ellos y en torno al remanso: la blancura de las garzas a millares, y por donde quiera: en las ramas de los dormitorios, en los borales que flotan sobre el agua fangosa

de la ciénaga, la escarcha de la pluma soltada durante la noche.

Con el alba comienza la recolecta. Los recogedores salen en *curiaras,* pero terminan echándose al agua y con ella a la cintura, entre *babas* y caimanes, rayas, *tembladores* y *caribes,* desafían la muerte gritando o cantando, porque el llanero nunca trabaja en silencio. Si no grita, canta.

¡Llueve, llueve, llueve! Y se desbordan los caños y se inundan los esteros y empiezan a caer los hombres, fulminados por la «calentura,» tiritando de frío, castañeteando los dientes, y se ponen pálidos y se van volviendo verdes y empiezan a nacerle cruces al cementerio de Altamira, que es apenas un pequeño rectángulo cercado de alambre de púas, en medio de su sabana.

Pero, al fin, comienzan a cabecear los ríos y a escurrirse los rebalses ribereños, y los caimanes empiezan a abandonar los caños, hacia el Arauca, hacia el Orinoco los que de allá vinieron a hartarse con reses altamireñas, y se van alejando las fiebres, y otra vez el *cuatro* y las *maracas,* el *corrido* y el *pasaje,* el alma recia y risueña cantando en coplas sus amores, sus trabajos y sus bellaquerías.

Doña Bárbara

Eduardo Barrios

1884

Chileno. Novelista romántico a veces y a veces de un fuerte tono realista. *El niño que enloqueció de amor* es un diario íntimo de psicología infantil; *Un perdido* es un estudio de caracteres y un documento social; en *El hermano asno* el autor se vuelve hacia la literatura mística. El estilo de Barrios es elegante, aunque sencillo, y siempre adaptado al carácter de su narración. Obras: *El niño que enloqueció de amor,* Santiago, 1915; *Un perdido,* Santiago, 1917; *El hermano asno,* Madrid, 1926.

Muerte de mamá Gertrudis

Como un ciclón que se alza espantable de improviso, embiste ciego y certero, coge, envuelve, desploma, socava y pasa veloz, dejando una desolación angustiada en el alma, el frío de algo que se arrancó de cuajo en el pecho, el dolor que dobla y retuerce, y sólo permite gemir o encolerizarse contra la humana impotencia, así cayó una tarde la muerte en medio del hogar de los Vera. Misia Gertrudis murió de una manera inesperada y, sobre todo, de una manera ridícula, irritante, absurda.

Había ido a la iglesia con Lucho, hacia la oración, para recoger ciertos paños de altar que sólo han de ser lavados por manos de virgen, y de los cuales cuidó hasta entonces con beatitud monjil y unción de rito. Y ya debían regresar. Acababa Lucho de despedirse del cura en la reja de la sacristía, prometiéndole, a fin de no hacerle aguar-

dar más, salir con la abuela por el postigo de la puerta de calle, que cerrábase de golpe desde afuera. El señor Durán habíase marchado, pues, a su casa ya, por el presbiterio; y Luis, en busca de mamá Gertrudis, cruzaba la nave obscura, rumiando su antipatía creciente hacia aquel vejete dulzarrón, que le hablaba siempre sonriendo y posándole una mano sobre la cabeza, con esa paternidad estudiada que usa el clero con las criaturas. Hacía tiempo que el señor Durán resultábale intolerable con la falsedad de su zalamería. El instinto seguro de los tímidos le venía diciendo que a aquel curita flojo le importunaban ya la diligencia y la obsequiosidad de mamá Gertrudis. Todo era en él oponer contraproyectos a las iniciativas de la abuela, incansablemente activa, hallar peros a toda idea de mejora, sonreír con despechada tolerancia a cada éxito alcanzado contra sus predicciones pesimistas; y todo esto, acumulándose, sumaba un agrio violento rencor que azotaba en oleadas las entrañas del nieto sensible y delicado.

Era preciso advertir a papá Juan, evitar la situación desairada.

Y en esto pensaba Lucho en su trayecto, cuando vió alzarse el ciclón: encaramada en el retablo de la Virgen del Rosario, pisando temerariamente sobre una cornisa estrecha, la abuelita estiraba el brazo como para enderezar la corona de plata que caía encima de las cejas de la sacra imagen. Midiendo el peligro, sintió el niño helársele la sangre; dió un grito angustiado:

—¡Mamá Gertrudis, no!

Pero fué tarde. El cuerpo de la viejecita se tambaleó de repente; un madero crujió; se oyó la apagada aspiración de un ¡ah!; una mano crispada se agarró a la Virgen, arrastrándola consigo, y dos bultos abrazados dieron un tumbo en el filo del altar para retumbar en seguida lúgu-

bremente sobre las losas. Y todo con la rapidez de un vértigo, sin el más débil quejido, en un silencio trágico.

Cuando Luis, con los músculos lacios, bañado en sudor frío, sin voz y acezando como si agonizara, llegó al sitio, mamá Gertrudis contraía la última mueca, horrible, no acompañada por ningún sonido. Los ojos asomaron tiritando fuera de las órbitas; la boca se abrió en vano y desesperado esfuerzo por exhalar el aire de los pulmones paralizados; luego, los brazos se extendieron sueltos, en cruz; rodó la Virgen que había estado presa en ellos, hasta topar en la tarima del altar; todavía, en un postrer momento pavoroso, la pierna izquierda, convulsa, se agitó en alto, fuera de las faldas, con deshonestidad trágica, desgarradora, grotesca, y el aire salió al fin de aquel pecho como de un fuelle que se rompe.

Y todo acabó.

Un silencio de vacío, de nada, sensible en razón de su misma carencia de toda vibración, se ahuecó en torno del cadáver. Entonces el muchacho huyó, en carrera despavorida, lanzando gritos de espanto.

Poco antes de llegar a casa encontró al abuelo.

—Mamá Gertrudis se ha matado.

—¡Qué!

—Se cayó del altar del Rosario. Está en la iglesia. Fué ahora. Corramos.

Y como si no bastase la forma brutal de soltar la nueva, habló sonriendo, presa de la inversión frecuente en los seres nerviosos.

Ya en la puerta de la iglesia, Lucho no quiso entrar. Estaba completamente obscuro ya el templo; apenas la lámpara del Santísimo pintaba una lágrima amarilla en las tinieblas del altar mayor. En actitud suspensa, limitóse a seguir con el oído a papá Juan, cuya respiración bronca se hundió en aquella solemnidad negra de cripta.

Un instante se oyeron ruidos confusos; en seguida hubo un silencio; al fin, los pasos violentos del viejo fueron de nuevo acercándose. Cuando reapareció en la puerta, don Juan ya no lloraba. Lívido, mudo, por la sombra, a grandes zancadas de hombre fuerte, con la viejecita en brazos y apretada contra el pecho como una niña dormida, cruzó el pueblo, a esas horas recogido, conventual, frío, desierto. Por la velocidad que llevaba, al niño érale imposible seguirle al paso, y le seguía con un trotecillo desfalleciente. A medio camino salió la luna, empalideció la calle, se hizo más densa la sombra donde blanqueaban los rostros lívidos y las canas, que tomaban un tono calizo, de huesa.

En casa, a los primeros alaridos histéricos de las mujeres, Lucho no supo más de sí. Cayó enfermo. Le reanimaron. Entonces sintió un sueño profundo y se durmió. Pero despertó a media noche, y, sin atreverse a hacer el menor movimiento en la cama, estuvo atento a todos los rumores.

De toda la casa semiobscura llegaban ruidos sigilosos. Había quedado abierta la ventana del dormitorio al patio, y por ella solían cruzar mujeres enlutadas, deslizándose como si anduvieran descalzas o venía hasta Lucho el comentario reprimido de las sirvientas agrupadas muy cerca:

—Si parece de marfil.

—La frentecita, la nariz . . .

—Es un marfil.

Detrás de una puerta cerrada y próxima a la cama oía Luis el murmullo continuo y suspirante de alguna de las señoras que acudieron a velar; y lejos, en toda la holgura del caserón, vibraban con intermitencias algún llanto convulsivo o alguna exclamación rota.

De papá Juan nunca se oyó la voz. Tan sólo sus pasos,

lentos, iguales, enteros, iban de tiempo en tiempo hacia el cuarto de la muerta primero, y poco después a perderse de nuevo en dirección al jardín. Y nada más.

Luego comenzó un trajín discreto en el comedor, contiguo al dormitorio del niño; sonaron tazas y cucharillas, mezclóse un olor a café en el aire saturado del perfume de flores maceradas. A ratos hablaba allí Adán con la boca llena; y el cura dijo una vez:

—La Santísima Virgen ha querido llevársela cuando ella mejor la servía.

Entonces Luis, recelando cierto inconfesado regocijo del cura por verse libre y amo en su iglesia, tuvo ira, una ira doliente que le hizo llorar, hasta que, rendido, gastado, se durmió otra vez.

Un perdido

Benito Lynch

1885

Argentino. Muerto Ricardo Güiraldes, Benito Lynch pasa a ocupar el primer lugar entre los autores gauchescos argentinos. Lynch abarca en una sola mirada los aspectos trágicos y cómicos de la vida del gaucho y los refleja en sus novelas. De vez en cuando nos presenta en sus relatos a algunos extranjeros, casi siempre ingleses. Domina perfectamente la jerga gauchesca y en ella ha escrito su libro *El romance de un gaucho,* obra maestra de emoción y de análisis psicológico. Obras: *Plata dorada,* Buenos Aires, 1909; *Raquela,* Buenos Aires, 1918; *Los caranchos de la Florida,* Buenos Aires, 1920; *El inglés de los güesos,* Madrid, 1924; *El antojo de la patrona,* Buenos Aires, 1925; *De los campos porteños,* Buenos Aires, 1931; *El romance de un gaucho,* Buenos Aires, 1933.

El potrillo roano

Cansado de jugar a «El tigre,» un juego de su exclusiva invención y que consiste en perseguir por las copas de los árboles a su hermano Leo, que se defiende bravamente, usando los higos verdes a guisa de proyectiles, Mario se ha salido al portón del fondo de la quinta y allí, bajo el sol meridiano y apoyado en uno de los viejos pilares, mira la calle, esperando pacientemente que el otro, encaramado aún en la rama más alta de una higuera y deseoso de continuar la lucha, se canse a su vez de gritarle «¡zanahoria!» y «¡mulita!»; cuando un espectáculo inesperado le llena de agradable sorpresa.

Volviendo la esquina de la quinta, un hombre, jinete en una yegua panzona, a la que sigue un potrillito, acaba de enfilar la calle y se acerca despacio.

—¡Oya! . . .

Y Mario, con los ojos muy abiertos y la cara muy encendida, se pone al borde de vereda, para contemplar mejor el desfile.

¡Un potrillo! . . . ¡Habría que saber lo que significa para Mario, a la sazón, un potrillo, llegar a tener un potrillo suyo, es decir, un caballo proporcionado a su tamaño! . . .

Es su «chifladura,» su pasión, su eterno sueño . . . Pero, desgraciadamente—y bien lo sabe por experiencia—sus padres no quieren animales en la quinta, porque se comen las plantas y descortezan los troncos de los árboles.

Allá en «La Estancia,» todo lo que quieran . . .—es decir, un *petiso* mañero, *bichoco* y cabezón—pero allí, en la quinta, ¡nada de «bichos»!

Por eso, Mario va a conformarse como otras veces; contemplando platónicamente el paso de la pequeña maravilla, cuando se produce un hecho extraordinario.

En el instante mismo en que le enfrenta, sin dejar de trotar y casi sin volver el rostro, el hombre aquel, que monta la yegua y que es un mocetón de cara adusta y boina colorada, suelta a Mario esta proposición estupenda:

—¡*Ché, chiquilín!* . . . ¡Si *querés* el potrillo ese, te lo doy! Lo llevo al campo *pa* matarlo! . . .

Mario, siente al oírle, que el suelo se estremece bajo sus pies, que sus ojos se nublan, que toda la sangre afluye a su cerebro, pero ¡ay! . . . conoce tan a fondo las leyes de la casa, que no vacila ni un segundo, y rojo como un tomate, deniega avergonzado:

—¡No! . . . ¡gracias! . . . ¡no! . . .

El mocetón se alza ligeramente de hombros y, sin agregar palabra, sigue de largo, bajo el sol que inunda la calle y llevándose, en pos del tranco cansino de su yegua, a aquel prodigio de potrillo roano, que trota airosamente sobre los terrones de barro reseco y que, con su colita esponjada y rubia, hace por espantarse las moscas como si fuera un caballo grande . . .

—¡Mamá! . . .

Y desbocado como un potro, bajo el acicate de una reacción repentina y sin tiempo para decir nada a su hermano, que ajeno a todo y siempre en lo alto de su higuera, aprovecha su fugaz pasaje para dispararle unos cuantos higos, Mario se presenta bajo el emparrado, llevándose las cosas por delante:

—¡Ay, mamá! ¡Ay, mamá!

La madre, que cose en su sillón a la sombra de los pámpanos, se alza con sobresalto:

—¡Virgen del Carmen! ¿Qué, hijo, qué te pasa?

—¡Nada, mamá, nada . . . que un hombre! . . .

—¿Qué, hijo, qué?

—. . . ¡Que un hombre que llevaba un potrillito precioso, me lo ha querido dar!

—¡Vaya qué susto me has dado!—Sonríe la madre entonces; pero él, excitado, prosigue sin oirla:

—¡Un potrillo precioso, mamá, un potrillito roano, así, chiquito . . . y el hombre lo iba a matar, mamá!

Y aquí ocurre otra cosa estupenda, porque contra toda previsión y toda lógica, Mario oye a la madre que le dice con un tono de sincera pena:

—¿Sí? . . . ¡Caramba! . . . ¿Por qué no se lo aceptaste? ¡Tonto! ¡Mire, ahora que nos vamos a «La Estancia»! . . .

Ante aquel comentario tan insólito, tan injustificado y tan sorprendente, el niño abre una boca de a palmo,

pero está «tan loco de potrillo» que no se detiene a inquirir nada y con un: «¡Yo lo llamo entonces! . . .» vibrante y agudo como un relincho, echa a correr hacia la puerta.

—¡Cuidado, hijito!—grita la madre.

¡Qué cuidado! . . . Mario corre tan veloz, que su hermano a la pasada no alcanza a dispararle ni un higo . . .

Al salir a la calle, el resplandor del sol le deslumbra. ¡Ni potrillo, ni yegua, ni hombre alguno por ninguna parte! . . . Mas, bien pronto, sus ojos ansiosos descubren allá a lo lejos, la boina encarnada, bailoteando al compás del trote entre una nube de polvo.

Y en vano los caballones de barro seco le hacen tropezar y caer varias veces, en vano la emoción trata de estrangularle, en vano le salen al encuentro los *cuzcos* odiosos de la lavandera; nada ni nadie, puede detener a Mario en su carrera.

Antes de dos cuadras, ya ha puesto su voz al alcance de los oídos de aquel árbitro supremo de su felicidad, que va trotando mohino sobre una humilde yegua barrigona.

—¡Pst!, ¡pst! . . . ¡Hombre!, ¡hombre! . . .

El mocetón al oírle, detiene su cabalgadura y aguarda a Mario, contrayendo mucho las cejas:

—¿Qué *querés, ché?*

—¡El potrillo! . . . ¡Quiero el potrillo!—exhala Mario entonces sofocado y a la vez que tiende sus dos brazos hacia el animal, como si pensara recibirlo en ellos, a la manera de un paquete de almacén.

El hombre hace una mueca ambigua:

—Bueno—dice—*agarrálo,* entonces . . . Y agrega en seguida, mirándole las manos:

—¿Trajiste con qué?

Mario torna a ponerse rojo una vez más.

—No . . . yo no . . .

Y mira embarazado en torno suyo, como si esperase que pudiera haber por allí cabestros escondidos entre los *yuyos*. . .

—¡*Cha* que habías sido *salame!*

Y el hombre, desmontando, va entonces a descolgar un trozo de alambre que por casualidad pende del cerco de *cina-cina,* mientras el niño le aguarda conmovido, pero sin remordimiento alguno, ya que si un gran rey llegó a ofrecer su reino por un caballo, bien puede Mario, sin desmedro, trocar un *salame* por un potrillo.

II

¡Tan sólo Mario sabe lo que significa para él, ese potrillo roano, que destroza las plantas, que muerde, que cocea, que se niega a caminar cuando se le antoja; que cierta vez le arrancó de un mordisco un mechón de la cabellera, creyendo sin duda que era pasto; pero que come azúcar en su mano y relincha en cuanto le descubre a la distancia! . . .

Es su amor, su preocupación, su norte, su luz espiritual . . . Tanto es así, que sus padres se han acostumbrado a usar del potrillo aquel, como un instrumento para domeñar y encarrilar al chicuelo.

—Si no estudias, no saldrás esta tarde en el potrillo . . . Si te portas mal te quitaremos el potrillo . . . Si haces esto o dejas de hacer aquello . . .

¡Siempre el potrillo alzándose contra las rebeliones de Mario, como el extravagante lábaro de una legión invencible, en medio de la batalla! . . .

La amenaza puede tanto en su ánimo, que de inmediato envaina sus arrogancias como un peleador cualquiera envaina su cuchillo a la llegada del comisario . . . ¡Y es

que es también un encanto aquel potrillo roano, tan manso, tan cariñoso y tan mañero! . . .

El domador de «La Estancia»—hábil trenzador—le ha hecho un bozalito que es una maravilla, un verdadero y primoroso encaje de *tientos* rubios, y poco a poco, los demás peones, ya por cariño a Mario o por emulación del otro, han ido confeccionando todas las demás prendas hasta completar un aperito que provoca la admiración de «todo el mundo.»

Para Mario, es el mejor de todos los potrillos y la más hermosa promesa de *parejero* que haya florecido en el mundo; y es tan firme su convicción a este respecto que las burlas de su hermano Leo, que da en apodar al potrillo roano, «burrito» y otras lindezas por el estilo, le hacen el efecto de verdaderas blasfemias.

En cambio, cuando el capataz de «La Estancia» dice, después de mirar al potrillo por entre sus párpados entornados:

—*Pa* mi gusto, va a ser un animal de mucha presencia éste . . .—a Mario le resulta el capataz, el hombre más simpático y el más inteligente . . .

III

El padre de Mario quiere hacer un jardin en el patio de «La Estancia,» y, como resulta que el «potrillo odioso» —que así le llaman ahora algunos, entre ellos la mamá del niño, tal vez porque le pisó unos pollitos recién nacidos—parece empeñado en oponerse al propósito, a juzgar por la decisión con que ataca las tiernas plantitas cada vez que se queda suelto, se ha recomendado a Mario desde un principio, que no deje de atarlo por las noches; pero, resulta también que Mario se olvida que se ha olvidado ya tantas veces, y al fin una mañana, su padre,

exasperado, le dice, levantando mucho el índice y marcando con él el compás de sus palabras:

—El primer día que el potrillo vuelva a destrozar alguna planta, ese mismo día se lo echo al campo . . .

¡Ah, ah! . . . «¡Al campo!» «¡Echar al campo!» ¿Sabe el padre de Mario, por ventura, lo que significa para el niño, eso de «echar al campo»?

. . . Sería necesario tener ocho años como él, pensar como él piensa y querer como él quiere a su potrillo roano, para apreciar toda la enormidad de la amenaza . . .

«¡El campo! . . . ¡Echar al campo! . . .» El campo es para Mario algo proceloso, infinito, abismal; y, echar el potrillo allí, tan atroz e inhumano como arrojar al mar a un recién nacido . . .

No es de extrañar, pues, que no haya vuelto a descuidarse y que toda una larga semana haya transcurrido, sin que el potrillo roano infiera la más leve ofensa a la más insignificante florecilla . . .

IV

Despunta una radiosa mañana de febrero y Mario, acostado a través en la cama y con los pies sobre el muro, está «confiando» a su hermano Leo algunos de sus proyectos sobre el porvenir luminoso del potrillo roano, cuando su mamá se presenta inesperadamente en la alcoba:

—¡Ahí tienes!—dice muy agitada.—¡Ahí tienes! . . . ¿Has visto tu potrillo? . . .

Mario se pone rojo y después palido.

—¿Qué? ¿El qué, mamá? . . .

—¡Que ahí anda otra vez tu potrillo suelto en el patio y ha destrozado una porción de cosas! . . .

A Mario le parece que el universo se le cae encima.

—Pero . . . ¿cómo?—atina a decir.—Pero, ¿cómo?

—¡Ah, no sé cómo—replica entonces la madre—pero no dirás que no te lo había prevenido hasta el cansancio! . . . Ahora tu padre . . .

—¡Pero si yo lo até! . . . ¡Pero si yo lo até! . . .

Y mientras con manos trémulas se viste a escape, Mario ve todas las cosas turbias, como si la pieza aquella se estuviese llenando de humo . . .

V

Un verdadero desastre. Jamás el potrillo se atrevió a tanto. No solamente ha pisoteado esta vez el césped de los canteros y derribado con el anca cierto parasol de cañas, por el cual una enredadera comenzaba a trepar con gran donaire; sino que ha llevado su travesura hasta arrancar de raíz, escarbando con el vaso, varias matas de claveles raros que había por allí, dispuestas en elegante *losange* . . .

—¡Qué has hecho! ¡Qué has hecho, «Nene»! . . .

Y como en un sueño, y casi sin saber lo que hace, Mario, arrodillado sobre la húmeda tierra, se pone a replantar febrilmente los claveles, mientras «el nene,» «el miserable,» se queda allí, inmóvil, con la cabeza baja, la hociquera del bozal zafada y un «no se sabe qué» de cínica despreocupación en toda «su persona» . . .

VI

Como sonámbulo, como si pisase sobre un mullido colchón de lana, Mario camina con el potrillo del cabestro por medio de la ancha avenida en pendiente y bordeada de altísimos álamos, que termina allá, en la tranquera de palos blanquizcos que se abre sobre la inmensidad desolada del campo bruto . . .

¡Cómo martilla la sangre en el cerebro del niño; cómo ve las cosas semiborradas a través de una niebla y cómo resuena aún en sus oídos, la tremenda conminación de su padre!

—¡Agarre ese potrillo y échelo al campo! . . .

Mario no llora porque no puede llorar, porque tiene la garganta oprimida por una garra de acero, pero camina como un autómata, camina de un modo tan raro, que sólo la madre advierte desde el patio . . .

Y es que para Mario, del otro lado de los palos de aquella tranquera, está la conclusión de todo; está el vórtice en el cual dentro de algunos segundos se van a hundir fatalmente, detrás del potrillo roano, él y la existencia entera . . .

Cuando Mario llega a la mitad de su camino, la madre no puede más y gime, oprimiendo nerviosamente el brazo del padre que está a su lado:

—¡Bueno, Juan! . . . ¡Bueno! . . .

—¡Vaya! . . . ¡llámelo! . . .

Pero, en el momento en que Leo se arranca velozmente, la madre lanza un grito agudo y el padre echa a correr desesperado.

Allá, junto a la tranquera, Mario, con su delantal de brin, acaba de desplomarse sobre el pasto, como un pájaro alcanzado por el plomo . . .

VII

. . . Algunos días después y cuando Mario puede sentarse por fin, en la cama, sus padres, riendo, pero con los párpados enrojecidos y las caras pálidas por las largas vigilias, hacen entrar en la alcoba al potrillo roano, tirándole del cabestro y empujándolo por el anca . . .

De los campos porteños

Pedro Prado

1886

Chileno. El mérito de sus poesías está en las imágenes y en los pensamientos, no en el fácil prestigio de la rima o de los acentos obligados. Como prosista es de una luminosa claridad llegando a una gran altura lírica y simbólica en su novela más lograda, *Alsino*. En *Un juez rural* logra darnos, al mismo tiempo que la definición de su personalidad, una profunda visión de la gente chilena. Entre los estilistas americanos que aparecen después del modernismo, Pedro Prado ocupa uno de los lugares más altos. Obras: *Flores de cardo,* poemas, Santiago, 1908; *La casa abandonada,* poemas en prosa, Santiago, 1912; *El llamado del mundo,* poemas, Santiago, 1913; *La reina de Rapa Nui,* novela, Santiago, 1914; *Los Diez,* poemas en prosa, Santiago, 1915; *Alsino,* novela, Santiago, 1920; *Las copas,* poemas en prosa, Santiago, 1921; *Un juez rural,* novela, Santiago. 1924; *El camino de las horas,* poemas, Santiago, 1934.

El caballo perdido

El secretario, con la venia del juez, fué a hablar con un señor que a cada instante se asomaba, entreabriendo, nervioso, la puerta de la sala de audiencias.

Al salir el secretario, penetró un *guardián.*

—¿Se puede . . . Usía?

—Pase.

—Entre—dijo el *guardián* a alguien que aguardaba afuera.

—Este señor viene a reclamar un caballo suyo que la

policía encontró vagando por las calles. El caballo está en los corrales del cuartel.

—¿Usted ya vió su caballo?

—No me han dejado entrar, señor, exclamó el desconocido.

—A nadie deja entrar mi comandante—replicó el *guardián.*

—¿Cómo es su caballo?—preguntó Solaguren.

—Es un caballo poquita cosa, a media carnadura, como bestia de pobre; de pelo mulato y regular alzada.

—¿No tiene marca a fuego o alguna seña especial?

—No tiene marca; sólo una estrella blanca en la frente; está herrado; la cruz la lleva un poco mordida; es matadura vieja; como tengo que ensillarlo lo más de los días, de cualquier nada se reviene y bota la costra.

El secretario volvía.

—El señor que llamaba—explicó al oído de Solaguren—es dueño de un caballo que está en los corrales de la policía.

—¿Cómo? ¡La persona aquí presente dice lo mismo!

Galíndez volvió su rostro al desconocido; rebosábale la faz de ironía penetrante.

—¿Conque usted es el dueño del caballo perdido?—preguntó.

—Yo, señor.

—Pero si yo conozco a Inostroza. No puede engañarme, es compadre mío. Todo el mundo sabe que es persona honradísima—dijo el secretario, indignado, en voz baja al juez.

—¿Vió su compadre el caballo?

—¡Cómo lo va a ver? No le permiten. ¡Pero es el suyo!

—Aguarde un momento, señor—dijo Solaguren al reclamante—Espere afuera un segundo.

—Inostroza fué en busca de un cabestro prestado—si-

guió el secretario—Ahí viene, casualmente. ¿Lo hago pasar?

Era un hombre gordo, sudoroso, de pantalones amplios y bombachones; de vientre saliente, condecorado con gruesa cadena de oro y esterlina flamante; llevaba un pañuelo de seda en vez de cuello y corbata; toda su pequeña nuez craneana surgía ahogándose entre las mejillas grasas y la frente angosta, amorcillada de arrugas; su cabellera era un pequeño escobillón azulejo plantado al medio y en lo alto de toda aquella gelatina viviente.

—¿Usted es el señor Inostroza?

—Para servirle, señor. Mi compadre ya le habrá explicado.

—Sí; algo me ha dicho ¿podría darme usted algunos datos precisos sobre su caballo?

—¿Datos precisos?

—¿Qué pelo tiene? ¿qué marca? Explícale al señor juez —dijo el secretario.

—Todos conocen mi bestia; yo no necesito andar reclamando lo que no es mío.

—Si no se trata de eso,[1] señor; pero yo desearía . . .

—¡Qué quiere que le diga! El caballo todavía no es muy viejo, tendrá diez o doce años, es mulato, no tiene marca, está tusado desde el Domingo último.

—¿Alguna pinta blanca?

—Sí, tiene una poquita cosa en la frente; el moño casi se la tapa.

¿Está herrado?

—Estaba herrado de las cuatro patas, ¡quién sabe ahora!

El secretario oía complacido.

Solaguren, inquieto, constataba que los datos sobre el caballo que dieran ambos presuntos dueños, coincidían. Quedó perplejo.

1. *But that is not the point*

Pensó en viejas historias, en sabios jueces árabes, en caballos a los que les brillan los ojos al estar, de pronto, frente a sus dueños.

—¡Ah! olvidaba . . .

—Dígame usted ¿tiene su caballo alguna peladura?

—Le doy buen trato; pero como yo peso algo, el caballo se resiente del lomo; tiene sus costritas.

—¿Qué hacer?—pensó el juez.

—Siéntese, señor Inostroza. Espéreme un momento.

Y Solaguren salió seguido de un *guardián;* fué a los corrales vecinos a ver el caballo aparecido.

Era el clásico caballejo de nuestro pueblo: mal comido, melancólico, dos veces silencioso.[1]

—Sí, no tenía marca a fuego. ¿La pinta blanca de la frente? Allí estaba, casi oculta por el moño engrosado de cadillos. ¿Y el lomo? ¡Las costritas! ¡Carne viva! ¡Llagas viejas! ¿Irían a brillar de alegría los ojos de la pobre bestia a la vista de su verdadero amo? ¿Le brillarían de indignación? ¿Lanzaría una patada reveladora?

—¿Quiere ver si está herrado?

Estaba de las cuatro patas.

Ese caballo deshecho por una esclavitud que lo había quebrantado, ante nadie reaccionaría en forma alguna. Como un oprobio, la tusa recortada con gran esmero, servíale para engalanar su tristeza.

—¿Qué hacer?—volvía a decirse indeciso Solaguren.—¡Quisiera veros aquí, famosos jueces árabes de las fábulas brillantes! ¿Quién es el dueño? Sea quien sea, la tortura recomenzará para el pobre bruto.

Cabizbajo penetró a la audiencia; de pronto, volviéndose hacia el gordo, dijo:

—Bien, llévese su caballo.—En manos de éste, al menos, pensó, morirá más luego, y así va a descansar . . .

1. *resigned for these two reasons*

—¿No le decía yo?—observó el secretario, aun resentido. —Mi compadre no miente.

Siguió el desfile de los querellantes.

Pero breves momentos después el gordo volvía a entreabrir la puerta y a asomar la cabeza.

—¿Qué hay?—preguntó el juez.

El gordo asomó su gruesa humanidad.

—Vengo a devolverte este cordel, Galíndez; la comadre no está. Y gracias, señor—dijo dirigiéndose al juez—pero el caballo no era el mío. ¡Quién sabe dónde diablos se ha ido a meter![1] Estoy viendo que me lo han robado.

Solaguren miró a su secretario; complacíale verle confundido.

—¡Eso mismo le probará que es un hombre honrado! —dijo Galíndez con las mejillas arreboladas.

—¡*Guardián!*

—Mande, señor.

—Entregue al hombrecito que entró con usted, el caballo aparecido.

Y Solaguren, satisfecho interiormente de haber dado de tan fácil manera con el verdadero dueño, prosiguió en sus tareas.

Tarde vino a desocuparse.

—Mire, secretario; seguiremos, mejor, en el próximo día de audiencia. Ya es la una de la tarde.

Al salir, Solaguren hizo una venia al aburrido *guardián* de turno, todavía en espera de que el juez se retirase para él hacer lo mismo.

—¿Se llevaron el caballo?

—No era el dueño—murmuró el *guardián.*

—¿Quién?—preguntó, deteniéndose, el juez.

1. *Nobody knows where the deuce he can be*

—El señor que mandó conmigo. No hizo más que mirarlo y se fué. No era el dueño, así me dijo.

Pero ¿cómo puede ser? Las señas eran exactas.

—Así serían . . .

—Y el otro, el gordo, dió también las mismas señas.

—Y tampoco era . . .

El asunto del caballo perdido preocupó varios días a Solaguren. Palabras que coincidían con un animal dado, con un objeto preciso ¿coincidían en una apariencia inútil para el reconocimiento real?

Varios días después se presentó el verdadero dueño. Era campesino del lado de Maipú. Los datos que dió sobre su caballejo eran vagos y confusos; llegó a afirmar que no tenía pinta blanca en la frente . . .

Tuvo necesidad de traer testigos; vino hasta el comandante de policía de Maipú. El comandante dijo conocer al interesado y ser casi su vecino. El caballo era el suyo, y le fué entregado.

—Palabras, palabras—anotó en su mente Solaguren—infiel traducción de las cosas ¿cómo voy a creeros en adelante?

Un juez rural

Ricardo Güiraldes

1886–1927

Argentino. Su gran libro es *Don Segundo Sombra,* novela de la vida del gaucho ideal que Güiraldes llevaba en el ensueño. En esta novela se mezcla la técnica de las escuelas de vanguardia con el motivo típicamente hispanoamericano, dando por resultado una de las obras más bellas de nuestra literatura. *Don Segundo Sombra* es una novela que recuerda por su forma a la picaresca española y por la relación y contextura de los dos personajes principales, a *Don Quijote.* Obras: *El cencerro de cristal,* Buenos Aires, 1915; *Cuentos de muerte y de sangre,* Buenos Aires, 1915; *Raucho,* Buenos Aires, 1917; *Rosaura,* San Antonio de Areco (Argentina), 1922; *Xaimaca,* Buenos Aires, 1923; *Don Segundo Sombra,* Buenos Aires, 1926; *Poemas místicos,* San Antonio de Areco, 1928; *Poemas solitarios,* San Antonio de Areco, 1928. Traducciones al inglés: *Don Segundo Sombra, Shadows on the Pampas,* por Harriet de Onís, Farrar & Rinehart, 1935; *Tales from the Argentine,* por Anita Brenner, Farrar & Rinehart, 1930.

Una riña de gallos

Al tranco fuimos para el reñidero, que Don Segundo conocía, y metimos los caballos a un corralón donde les aflojamos la cincha.

En el mismo corralón, había unas jaulas llenas de cacareos y el público, que como nosotros llegó temprano, comentaba la sangre y el estado de los animales.

Nos acomodamos en el redondel, como patos alrededor del bañadero.

Llegó el juez que se sentó frente a una balanza, colgada sobre la *cancha*. Vinieron los dueños con sus respectivos gallos, que se pesaron colgándolos envueltos en un pañuelo. Después se eligieron las púas, se hizo el depósito de los quinientos pesos jugados, y cada cual salió a calzar su campeón.

Don Segundo me explicó en cortas palabras las condiciones de la pelea.

Esperamos.

Un poco aturdido por el movimiento y las voces, miraba yo el redondel vacío, limitado por su cerco de paño rojo, y los cinco anillos de gente colocados en gradería, formando embudo abierto hacia arriba.

En el intervalo de espera, se discutieron las probabilidades en favor de ambos animales. Sería la riña, al parecer, un combate rudo y parejo. Los gallos eran de igual peso, de igual talla. Cada uno había pisado por tres veces la arena para salir vencedor.

El público enumeraba los detalles de la pisada, buscando algún indicio de superioridad. El bataraz fallaba en el pico, levemente quebrado hacia la punta, del lado izquierdo, pero tenía no sé qué tranquilidad, que el giro no compensaba con su mayor viveza.

La expectativa se hizo más tensa, cuando los combatientes fueron depositados, en postura conveniente, por los dueños, en el circo.

Sonó la campanilla.

El giro habia caído livianamente al suelo, ladeadas las alas como un chambergo de matón, medio encogido el pescuezo en arqueo interrogante, firme en el enemigo la pupila de azabache, engarzada en un anillo de oro.

El bataraz, más burdo en alardes, se acercaba a pasos cortos, alta la cabeza, agitada en pequeñas sacudidas de llama.

Se cerraron tres o cuatro apuestas sin importancia. La plata estaba al giro.

En un brusco arranque, los gallos acortaron distancias. A dos centímetros, los picos se trabaron en un rápido juego de fintas. Las cabezas temblequeaban, subiendo, bajando.

Y el primer tope sonó como *guascazo* en las caronas.

Aprovechando los revuelos, que desnudan al combatiente, juzgamos los cuerpos, los muslos, la respectiva capacidad de violencia o ligereza. Luego miramos en silencio, para traducir nuestra opinión en apuesta.

—¡Treinta pesos al giro!

—¡Doy cincuenta a cuarenta con el giro!

La usura me pareció un insulto de compadre logrero, que aprovecha una tara para envalentonarse. El bataraz sentía su defecto del pico. Espié minuciosamente.

El giro cargaba de firme, el buche pegado a su contrario, que le daba un poco el flanco, cruzando el pescuezo. Pero el bataraz, cuando se sentía picado en las plumas del cogote, zafaba el encontrón echando casi al suelo la cabeza, de modo que los puazos pasaran por encima, sin herirlo. Maldije del dueño que largaba al reñidero un animal tan noble, en condiciones desventajosas.

Brillaban las cabezas barnizadas de sangre. Afanosos los picos buscaban los verrugones de las crestas o un desgarrón de pellejo para asegurar el bote.

Las apuestas, dando usura, caían con persistencia de gotera.

Veinte, treinta minutos pasaron angustiosamente, sin que variara el aspecto del combate. Mis simpatías estaban por el bataraz que, no habiéndose empleado a fondo, resistía las cargas del giro, incapaz de inferirle una herida grave. Pero ¿sabría mi favorito emplear su vigor en caso de tomar la ofensiva?

Mi atención se había hecho sutil. Mis ojos como mis oídos percibían hasta las fibras íntimas las dos vidas que a unos pasos de mi asiento batallaban a muerte.

Pertinazmente el giro seguía empujando con el buche, agravando así el silbido de su respiración penosa, y noté que aflojaba en su juego de pico.

—¡Quince a diez da el giro!

Nuevamente la usura me daba en el rostro su cachetada.

—¡Pago!—respondí.

—¡Veinte a quince al giro!

—¡Pago!

Y así, no sé cuantas veces, tomé posturas en que arriesgaba plata penosamente ganada en mis rudas andanzas. Algunos del público me miraron como se mira a un loco o a un *sonso*. Para ellos el giro no tenía más que insistir en su trabajo, acentuando su victoria hasta el anonadamiento del bataraz. Herido por esas miradas que me trataban de bisoño y, excitado por el empeño de mi dinero, me concentré en la pelea hasta identificarme con el gallo en quien había puesto mi cariño y mi interés.

Hice mi plan. Era necesario permanecer en la defensiva, evitando el golpe decisivo, salvando en media hora de resistencia, y tirar hacia abajo a cada picada del contrario.

El bataraz parecía haberme entendido.

De pronto un murmullo de sorpresa sofocó al público. El giro se había despicado. Un triangulito rojo yacía en la tierra barrida del reñidero.

—¡Se igualaron los picos!—no pude dejar de gritar, agregando con insolencia:—¡Voy treinta pesos derecho al bataraz!

Pero la plaza se había dado vuelta como *guayaca* vacía.

—Treinta a veinticinco contra el *despicao*—decía otro.

Me reproché con rabia no haber aprovechado la usura para jugar más. Desde ese momento, los partidarios del giro se harían ariscos.

Extenuados por cuarenta minutos de lucha, los gallos descansaban apuntalándose en el peso del enemigo.

Con seguridad el bataraz tomó la iniciativa, se aferró a una picada de plumas sanguinolentas, golpeó dos veces, reciamente, sin largar.

El giro cloqueó como una gallina cascoteada y comenzó a dar vueltas de derecha a izquierda, el cuello lastimosamente estirado, la respiración atrancada en un ronquido de coágulos. En su cabeza carmínea y como verrugosa, había desaparecido el pequeño lente hostil de su mirada.

—¡Stá ciego y loco!—sentenció alguien.

En efecto, el animal herido, después de repetir sus círculos maquinales, como en busca de una mosca imaginaria, picoteaba el paño del redondel, dando la espalda del combate. En su cabeza como vaciada sólo vivía un quemante bordoneo, cruzado de dolores agudos como puñaladas.

Pero ningún cristiano o salvaje es capaz de imaginar la saña de un gallo de riña. Ciego, privado de sentidos, el giro continuaba batiéndose contra un fantasma, mientras el bataraz, paciente, buscaba concluirlo en un golpe decisivo.

Sin embargo, el cansancio, fuerza incontrastable cuyo coma sentíamos caer en el reñidero, hacíase casi perceptible al tacto. Era algo que se enredaba en las patas de los combatientes, sujetaba sus botes, nos oprimía las sienes.

—¿La hora?—preguntó alguien.

—Faltan dos minutos—pronunció el juez.

Comprendí que el reloj se convertía en mi peor enemigo.

Mi gallo se agotaba, enredándose en las alas y la cola

del giro. E inesperadamente éste se rehizo, situó a su adversario por el tacto, le dió un encontronazo que lo echó al suelo.

—¡Cincuenta pesos a mi gallo giro!—vociferó el dueño.

—¡Pago!—respondí, olvidado de mi lástima reciente.

Y el bataraz volvió sobre el golpe, fortalecido de rabia, tomó una picada, clavó las espuelas certeras en el cráneo ciego y deforme.

El giro se acostó lentamente, en un entumecimiento de muerte, cloqueó apenas, estiró el cuello, clavó el pico roto.

Sonó la campanilla.

Los hombres enormes entraban al redondel.

El dueño del giro alzó una masa sangrienta y blanda.

El otro acariciaba un bulto de músculos aun hirvientes de rabia.

Hacia mí se estiraban manos cargadas de billetes, también como cansados. Hice un rollo voluminoso que guardé en mi *tirador* y salí al corralón.

Allí lo encontré a mi bataraz, asentado todavía en la mano de su dueño, que lo acariciaba distraídamente, alegando con un grupo sobre las vicisitudes de la pelea.

Y vi que el gallo miraba curiosamente en derredor, volviendo a nacer a la calma de la vida ordinaria, después de un delirio que lo había poseído, tal vez a pesar suyo, como un irresistible mandato de la raza.

Don Segundo Sombra

José Eustasio Rivera

1889–1928

Colombiano. Poeta y novelista. Autor de una sola novela, *La vorágine* (Bogotá, 1925), en la cual describe con un realismo absoluto la tragedia de los caucheros colombianos. *La vorágine* es una novela de la tierra, típicamente americana; su estilo es exaltado, romántico, libre de trabas académicas. Los hombres, las mujeres, los ríos y la selva tienen en este libro una extraordinaria magnitud; están como agigantados en la visión del novelista. Traducciones al inglés: *The Vortex,* por E. K. James, Putnam's, 1935.

La indiecita Mapiripana *

«La indiecita Mapiripana es la sacerdotisa de los silencios, la celadora de manantiales y lagunas. Vive en el riñón de las selvas, exprimiendo las nubecillas, encauzando las filtraciones, buscando perlas de agua en la felpa de los barrancos, para formar nuevas vertientes que den su tesoro claro a los grandes ríos. Gracias a ella, tienen tributarios el Orinoco y el Amazonas.

«Los indios de estas comarcas la temen, y ella les tolera la cacería, a condición de no hacer ruido. Los que la contrarían no cazan nada; y basta fijarse en la arcilla húmeda para comprender que pasó asustando los animales

* En la imposibilidad de dar una idea adecuada de *La vorágine* en el breve espacio de esta antología asignado al escritor colombiano, incluímos aquí la leyenda de la indiecita Mapiripana interpolada en la novela, aunque su estilo es distinto del resto de la obra.

y marcando la huella de un solo pie, con el talón hacia adelante, como si caminara retrocediendo. Siempre lleva en las manos una parásita y fué quien usó primero los abanicos de palmera. De noche se la siente gritar en las espesuras, y en los plenilunios costea las playas, navegando sobre una concha de tortuga, tirada por ‹bufeos,› que mueven las aletas mientras ella canta.

«En otros tiempos vino a estas latitudes un misionero, que se emborrachaba con jugo de palmas y dormía en el arenal con indias impúberes. Como era enviado del cielo a derrotar la superstición, esperó a que la indiecita bajara cierta noche de los remansos del Chupave, para enlazarla con el cordón del hábito y quemarla viva, como a las brujas. En un recodo de estos playones, tal vez en esa arena donde ustedes están sentados, veíala robarse los huevos del ‹terecay› y advirtió al fulgor de la luna llena que tenía un vestido de telarañas y apariencias de viudita joven. Con lujurioso afán empezó a seguirla, mas se le escapaba en las tinieblas; llamábala con premura, y el eco engañoso respondía. Así lo fué internando en las soledades hasta dar con una caverna donde lo tuvo preso muchos años.

«Para castigarle el pecado de la lujuria, chupábale los labios hasta rendirlo, y el infeliz, perdiendo su sangre, cerraba los ojos para no verle el rostro, peludo como el de un mono orangután. Ella, a los pocos meses, quedó en cinta y tuvo dos mellizos aborrecibles: un vampiro y una lechuza. Desesperado el misionero porque engendraba tales seres, se fugó de la cueva, pero sus propios hijos lo persiguieron, y de noche, cuando se escondía, lo sangraba el vampiro y la lucífuga lo reflejaba, encendiendo sus ojos parpadeantes, como lamparillas de vidrio verde.

«Al amanecer proseguía la marcha, dando al flácido

estómago alguna ración de frutas y ‹palmito.› Y desde la que hoy se conoce con el nombre de Laguna Mapiripana, anduvo por tierra, salió al Guaviare, por aquí arriba, y, desorientado, remontólo en una canoa que halló clavada en un varadero; pero le fué imposible vencer el chorrerón de Mapiripán, donde la indiecita había enfurecido el agua, metiendo en la corriente enormes piedras. Descendió luego a la hoya del Orinoco y fué atajado por los raudales de Maipures, obra endemoniada de su enemiga, que hizo también los saltos del Isana, del Inírida y del Vaupés. Viendo perdida toda esperanza de salvación, regresó a la cueva, guiado por los foquillos de la lechuza, y al llegar vió que la indiecita le sonreía en su columpio de enredaderas florecidas. Postróse para pedirle que lo defendiera de su progenie, y cayó sin sentido al escuchar esta cruel amonestación: ‹¿Quién puede librar al hombre de sus propios remordimientos?›

«Desde entonces se entregó a la oración y a la penitencia y murió envejecido y demacrado. Antes de la agonía, en su lecho mísero de hojas y líquenes, lo halló la indiecita tendido de espaldas, agitando las manos en el delirio, como para coger en el aire a su propia alma; y al fenecer, quedó revolando entre la caverna una mariposa de alas azules, inmensa y luminosa como un arcángel, que es la visión final de los que mueren de fiebres en estas zonas.»

La vorágine

EL CUENTO

Comentario sobre el cuento

Pasa con el cuento en la América española lo propio que con la novela: si existe el género antes del siglo XIX no logra definirse. Se le podría hallar en los muchos relatos, viajes, cautiverios, tradiciones orales y crónicas, pero en este concepto no nos interesa. Para nosotros el cuento es una forma literaria específica. En este sentido tiene excelentes cultivadores en América, desde los días de la independencia hasta hoy. Claro está que a veces es difícil saber si un autor es novelista o cuentista, porque, además de cultivar ambos géneros, algunos de sus trabajos podrían ser llamados cuentos largos o novelas cortas.

El cuento, ahijado de la novela en la literatura hispanoamericana, sigue el desarrollo de ésta, y de esta manera lo hallamos diferenciado en las distintas escuelas literarias: romanticismo, realismo, mester de gauchería, modernismo, tendencia terrígena. Ya en nuestros días el cuento adquiere un prestigio extraordinario en manos de escritores como Baldomero Lillo y Horacio Quiroga. De los escritores que aquí presentamos, Palma representa el realismo, y la adaptación del cuento al estilo americano, ya que la «tradición» es un verdadero invento del escritor peruano; Quiroga, la interpretación de la naturaleza americana, en especial de su fauna; Arévalo Martínez, el modernismo en lo exótico de los temas y la elegancia de la forma, y García Calderón, la mezcla de temas autóctonos y expresión de tipo modernista.

Lecturas complementarias:

Campo, Angel de («Micrós»), *Cartones*
Dávalos, Juan Carlos, *Los buscadores de oro*
Díaz Rodríguez, Manuel, *Cuentos de color*
Espínola, Francisco, *Raza ciega*
Fernández Guardia, Ricardo, *Cuentos Ticos*
Hernández Catá, Alfonso, *Los frutos ácidos*
Latorre, Mariano, *Chilenos del mar*
Lillo, Baldomero, *Sub-terra; Sub-sole*
Montenegro, Carlos, *El renuevo*
Parra, Teresa de la, *Las memorias de Mamá Blanca*
Rojas, Manuel, *Hombres del Sur*
Valdelomar, Abraham, *El caballero Carmelo*

Ricardo Palma

1833–1919

Peruano. Autor de *Tradiciones peruanas* (Lima, 1875–1883), anécdotas de carácter histórico o simplemente fantástico; recorre en ellas toda la historia del Perú y sus comentarios son siempre regocijados y picantes. Su estilo es castizo y abunda en arcaísmos y palabras tomadas de la boca del pueblo. Palma es uno de los grandes escritores de nuestro continente. Traducciones al inglés: Véase la revista *Inter America,* editada por Peter Goldsmith.

El alacrán de fray Gómez

Principio principiando;
principiar quiero,
por ver si principiando
principiar puedo.

In diebus illis, digo, cuando yo era muchacho, oía con frecuencia a las viejas exclamar, ponderando el mérito y precio de una alhaja:—¡Esto vale tanto como el alacrán de fray Gómez!

Tengo una chica, remate de lo bueno, flor de la gracia y espumita de la sal, con unos ojos más pícaros y trapisondistas que un par de escribanos:

chica que se parece
al lucero del alba
cuando amanece,

al cual pimpollo he bautizado, en mi paternal chochera, con el mote de *alacrancito de fray Gómez.* Y explicar el dicho de las viejas, y el sentido del piropo con que agasajo a mi Angélica, es lo que me propongo, amigo y camarada Prieto, con esta tradición.

El sastre paga deudas con puntadas, y yo no tengo otra manera de satisfacer la literaria que con usted he contraído que dedicándole estos cuatro palotes.

I

Este era un lego contemporáneo de don Juan de la Pipirindica, el de la valiente pica, y de San Francisco Solano; el cual lego desempeñaba en Lima, en el convento de los padres seráficos, las funciones de refitolero en la enfermería u hospital de los devotos frailes. El pueblo lo llamaba fray Gómez, y fray Gómez lo llaman las crónicas conventuales, y la tradición lo conoce por fray Gómez. Creo que hasta en el expediente que para su beatificación y canonización existe en Roma no se le da otro nombre.

Fray Gómez hizo en mi tierra milagros a mantas, sin darse cuenta de ellos y como quien no quiere la cosa. Era de suyo milagrero, como aquél que hablaba en prosa sin sospecharlo.[1]

Sucedió que un día iba el lego por el puente, cuando un caballo desbocado arrojó sobre las losas al jinete. El infeliz quedó patitieso, con la cabeza hecha una criba y arrojando sangre por boca y narices.

—¡Se descalabró, se descalabró!—gritaba la gente—.¡Que vayan a San Lázaro por el santo óleo!

Y todo era bullicio y alharaca.

Fray Gómez acercóse pausadamente al que yacía en la tierra, púsole sobre la boca el cordón de su hábito,

1. *He could work miracles as unconsciously as we speak in prose*

echóle tres bendiciones, y sin más médico ni más botica el descalabrado se levantó tan fresco, como si golpe no hubiera recibido.

—¡Milagro, milagro! ¡Viva fray Gómez!—exclamaron los infinitos espectadores.

Y en su entusiasmo intentaron llevar en triunfo al lego. Este, para substraerse a la popular ovación, echó a correr camino de su convento y se encerró en su celda.

La crónica franciscana cuenta esto último de manera distinta. Dice que fray Gómez, para escapar de sus aplaudidores, se elevó en los aires y voló desde el puente hasta la torre de su convento. Yo ni lo niego ni lo afirmo. Puede que sí y puede que no. Tratándose de maravillas, no gasto tinta en defenderlas ni en refutarlas.

Aquel día estaba fray Gómez en vena de hacer milagros, pues cuando salió de su celda se encaminó a la enfermería, donde encontró a San Francisco Solano acostado sobre una tarima, víctima de una furiosa jaqueca. Pulsólo el lego y le dijo:

—Su paternidad está muy débil, y haría bien en tomar algún alimento.

—Hermano—contestó el santo—, no tengo apetito.

—Haga un esfuerzo, reverendo padre, y pase siquiera un bocado.

Y tanto insistió el refitolero, que el enfermo, por librarse de exigencias que picaban ya en majadería, ideó pedirle lo que hasta para el virrey habría sido imposible conseguir, por no ser la estación propicia para satisfacer el antojo.

—Pues mire, hermanito, sólo comería con gusto un par de pejerreyes.

Fray Gómez metió la mano derecha dentro de la manga izquierda, y sacó un par de pejerreyes tan fresquitos que parecían acabados de salir del mar.

—Aquí los tiene su paternidad, y que en salud se le conviertan. Voy a guisarlos.

Y ello es que con los benditos pejerreyes quedó San Francisco curado como por ensalmo.

Me parece que estos dos milagritos de que incidentalmente me he ocupado no son paja picada. Dejo en mi tintero otros muchos de nuestro lego, porque no me he propuesto relatar su vida y milagros.

Sin embargo, apuntaré, para satisfacer curiosidades exigentes, que sobre la puerta de la primera celda del pequeño claustro, que hasta hoy sirve de enfermería, hay un lienzo pintado al óleo representando estos dos milagros, con la siguiente inscripción:

«El Venerable Fray Gómez.—Nació en Extremadura en 1560. Vistió el hábito en Chuquisaca en 1580. Vino a Lima en 1587.—Enfermero fué cuarenta años, ejercitando todas las virtudes, dotado de favores y dones celestiales. Fué su vida un continuado milagro. Falleció en 2 de mayo de 1631, con fama de santidad. En el año siguiente se colocó el cadáver en la capilla de Aranzazú, y en 13 de octubre de 1810 se pasó debajo del altar mayor, a la bóveda donde son sepultados los padres del convento. Presenció la traslación de los restos el señor doctor don Bartolomé María de las Heras. Se restauró este venerable retrato en 30 de noviembre de 1882, por M. Zamudio.»

II

Estaba una mañana fray Gómez en su celda entregado a la meditación, cuando dieron a la puerta unos discretos golpecitos, y una voz de quejumbroso timbre dijo:

—*Deo gratias* . . . ¡Alabado sea el Señor!

—Por siempre jamás, amén. Entre, hermanito—contestó fray Gómez.

Y penetró en la humildísima celda un individuo algo desarrapado, *vera effigies* del hombre a quien acongojan pobrezas, pero en cuyo rostro se dejaba adivinar la proverbial honradez del castellano viejo.

Todo el mobiliario de la celda se componía de cuatro sillones de vaqueta, una mesa mugrienta, y una tarima sin colchón, sábanas ni abrigo, y con una piedra por cabezal o almohada.

—Tome asiento, hermano, y dígame sin rodeos lo que por acá le trae—dijo fray Gómez.

—Es el caso, padre, que yo soy hombre de bien a carta cabal . . .

—Se le conoce y que persevere deseo, que así merecerá en esta vida terrena la paz de la conciencia, y en la otra la bienaventuranza.

—Y es el caso que soy buhonero, que vivo cargado de familia y que mi comercio no cunde por falta de medios, que no por holgazanería y escasez de industria en mí.

—Me alegro, hermano, que a quien honradamente trabaja Dios le acude.

—Pero es el caso, padre, que hasta ahora Dios se me hace el sordo, y en acorrerme tarda . . .

—No desespere, hermano, no desespere.

—Pues es el caso que a muchas puertas he llegado en demanda de habilitación por quinientos duros, y todas las he encontrado con cerrojo y cerrojillo. Y es el caso que anoche, en mis cavilaciones, yo mismo me dije a mí mismo:—¡Ea!, Jeromo, buen ánimo y vete a pedirle el dinero a fray Gómez, que si él lo quiere, mendicante y pobre como es, medio encontrará para sacarte del apuro. Y es al caso que aquí estoy porque he venido, y a su paternidad le pido y ruego que me preste esa *puchuela* por seis meses, seguro que no será por mí por quien se diga:

En el mundo hay devotos
de ciertos santos:
la gratitud les dura
lo que el milagro;
que un beneficio
da siempre vida a ingratos
desconocidos.

—¿Cómo ha podido imaginarse, hijo, que en esta triste celda encontraría ese caudal?

—Es el caso, padre, que no acertaría a responderle; pero tengo fe en que no me dejará ir desconsolado.

—La fe lo salvará, hermano. Espere un momento.

Y paseando los ojos por las desnudas y blanqueadas paredes de la celda, vió un alacrán que caminaba tranquilamente sobre el marco de la ventana. Fray Gómez arrancó una página de un libro viejo, dirigióse a la ventana, cogió con delicadeza a la sabandija, la envolvió en el papel, y tornándose hacia el castellano viejo le dijo:

—Tome, buen hombre, y empeñe esta alhajita; no olvide, sí, devolvérmela dentro de seis meses.

El buhonero se deshizo en frases de agradecimiento, se despidió de fray Gómez y más que de prisa se encaminó a la tienda de un usurero.

La joya era espléndida, verdadera alhaja de reina morisca, por decir lo menos. Era un prendedor figurando un alacrán. El cuerpo lo formaba una magnífica esmeralda engarzada sobre oro, y la cabeza un grueso brillante con dos rubíes por ojos.

El usurero, que era hombre conocedor, vió la alhaja con codicia, y ofreció al necesitado adelantarle dos mil duros por ella; pero nuestro español se empeñó en no aceptar otro préstamo que el de quinientos duros por seis meses, y con un interés judaico, se entiende. Extendiéronse y firmáronse los documentos o papeletas de estilo,

acariciando el agiotista la esperanza de que a la postre el dueño de la prenda acudiría por más dinero, que con el recargo de intereses lo convertiría en propietario de joya tan valiosa por su mérito intrínseco y artístico.

Y con este capitalito fuéle tan prósperamente en su comercio, que a la terminación del plazo pudo desempeñar la prenda, y, envuelta en el mismo papel en que la recibiera, se la devolvió a fray Gómez.

Éste tomó el alacrán, lo puso sobre el alféizar de la ventana, le echó una bendición y dijo:

—Animalito de Dios, sigue tu camino.

Y el alacrán echó a andar libremente por las paredes de la celda.

Y vieja pelleja,
aquí dió fin la conseja.

Tradiciones peruanas

Horacio Quiroga

1878–1937

Uruguayo, pero vivió la mayor parte de su vida en la República argentina. Es probablemente el mejor cuentista hispanoamericano de hoy; sus cuentos de animales encuentran su parangón sólo en las narraciones de Kipling. Su cuento más perfecto es *Anaconda,* relato de gran intensidad en que describe la lucha entre las víboras y las culebras. En sus cuentos de pura imaginación es evidente la influencia de Edgar Allan Poe. Obras: *El crimen del otro,* Buenos Aires, 1904; *Historia de un amor turbio,* Buenos Aires, 1908; *Cuentos de la selva,* Buenos Aires, 1918; *Anaconda,* Buenos Aires, 1921; *La gallina degollada,* Madrid, 1925; *Los desterrados,* Buenos Aires, 1927; *El salvaje,* Buenos Aires, 1928. Traducciones al inglés: *Tales from the Argentine,* por Anita Brenner, Farrar & Rinehart, 1930; *South American Jungle Tales,* por A. Livingston, Duffield, 1922.

Las medias de los flamencos

Cierta vez las víboras dieron un gran baile. Invitaron a las ranas y los sapos, a los flamencos, y a los *yacarés* y los pescados. Los pescados, como no caminan, no pudieron bailar; pero siendo el baile a la orilla del río, los pescados estaban asomados a la arena, y aplaudían con la cola.

Los *yacarés,* para adornarse bien, se habían puesto en el pescuezo un collar de bananas, y fumaban cigarros paraguayos. Los sapos se habían pegado escamas de pescado en todo el cuerpo, y caminaban meneándose, como

si nadaran. Y cada vez que pasaban muy serios a la orilla del río, los pescados les gritaban haciéndoles burla.

Las ranas se habían perfumado todo el cuerpo, y caminaban en dos pies. Además, cada una llevaba colgando como un farolito, una luciérnaga que se balanceaba.

Pero las que estaban hermosísimas eran las víboras. Todas, sin excepción, estaban vestidas con traje de bailarina, del mismo color de cada víbora. Las víboras coloradas llevaban una pollerita de tul colorado; las verdes, una de tul verde; las amarillas, otra de tul amarillo; y las *yararás,* una *pollerita* de tul gris pintada con rayas de polvo de ladrillo y ceniza, porque así es el color de las *yararás.*

Y las más espléndidas de todas eran las víboras de coral, que estaban vestidas con larguísimas gasas rojas, blancas y negras, y bailaban como serpentinas. Cuando las víboras danzaban y daban vueltas apoyadas en la punta de la cola, todos los invitados aplaudían como locos.

Sólo los flamencos, que entonces tenían las patas blancas, y tienen ahora como antes la nariz muy gruesa y torcida, sólo los flamencos estaban tristes, porque como tienen muy poca inteligencia, no habían sabido cómo adornarse. Envidiaban el traje de todos, y sobre todo el de las víboras de coral. Cada vez que una víbora pasaba por delante de ellos, coqueteando y haciendo ondular las gasas de serpentina, los flamencos se morían de envidia.

Un flamenco dijo entonces:

—Yo sé lo que vamos a hacer. Vamos a ponernos medias coloradas, blancas y negras, y las víboras de coral se van a enamorar de nosotros.

Y levantando todos juntos el vuelo, cruzaron el río y fueron a golpear en un almacén del pueblo.

—¡Tán-tán!—pegaron con las patas.

—¿Quién es?—respondió el almacenero.

—Somos los flamencos. ¿Tiene medias coloradas, blancas y negras?

—No, no hay—contestó el almacenero.

—¿Están locos? En ninguna parte van a encontrar medias así.

Los flamencos fueron entonces a otro almacén.

—¡Tán-tán!—¿Tiene medias coloradas, blancas y negras?

El almacenero contestó:

—¿Cómo dice? ¿Coloradas, blancas y negras? No hay medias así en ninguna parte. Ustedes están locos.—¿Quiénes son?

—Somos los flamencos—respondieron ellos.

Y el hombre dijo:

—Entonces son con seguridad flamencos locos.

Fueron entonces a otro almacén.

—¡Tán-tán!—¿Tiene medias coloradas, blancas y negras?

El almacenero gritó:

—¿De qué color? ¿Coloradas, blancas y negras? Solamente a pájaros narigudos como ustedes se les ocurre pedir medias así. ¡Váyanse en seguida!

Y el hombre los echó con la escoba.

Los flamencos recorrieron así todos los almacenes, y de todas partes los echaban por locos.

Entonces un tatú que había ido a tomar agua al río, se quiso burlar de los flamencos y les dijo, haciéndoles un gran saludo:

—Buenas noches, señores flamencos! Yo sé lo que ustedes buscan. No van a encontrar medias así en ningún almacén. Tal vez haya en Buenos Aires, pero tendrán que pedirlas por encomienda postal. Mi cuñada la lechuza, tiene medias así. Pídanselas, y ella les va a dar las medias coloradas, blancas y negras.

Los flamencos le dieron las gracias, y se fueron volando a la cueva de la lechuza. Y le dijeron:

—¡Buenas noches, lechuza! Venimos a pedirte las medias coloradas, blancas y negras. Hoy es el gran baile de las víboras, y si nos ponemos esas medias, las víboras de coral se van a enamorar de nosotros.

—¡Con mucho gusto!—respondió la lechuza.—Esperen un segundo, y vuelvo en seguida.

Y echando a volar, dejó solos a los flamencos; y al rato volvió con las medias. Pero no eran medias, sino cueros de víboras de coral, lindísimos cueros recién sacados a las víboras que la lechuza había cazado.

—Aquí están las medias—les dijo la lechuza.—No se preocupen de nada, sino de una sola cosa: bailen toda la noche, bailen sin parar un momento, bailen de costado, de pico, de cabeza, como ustedes quieran; pero no paren un momento, porque en vez de bailar van entonces a llorar.

Pero los flamencos, como son tan tontos, no comprendían bien qué gran peligro había para ellos en eso, y locos de alegría se pusieron los cueros de las víboras de coral como medias, metiendo las patas dentro de los cueros que eran como tubos. Y muy contentos se fueron volando al baile.

Cuando vieron a los flamencos con sus hermosísimas medias, todos les tuvieron envidia. Las víboras querían bailar con ellos únicamente, y como los flamencos no dejaban un instante de mover las patas, las víboras no podían ver bien de qué estaban hechas aquellas preciosas medias.

Pero poco a poco, sin embargo, las víboras comenzaron a desconfiar. Cuando los flamencos pasaban bailando al lado de ellas, se agachaban hasta el suelo para ver bien.

Las víboras de coral, sobre todo, estaban muy inquietas. No apartaban la vista de las medias, y se agachaban también, tratando de tocar con la lengua las patas de los flamencos, porque la lengua de las víboras es como la mano de las personas. Pero los flamencos bailaban y bailaban sin cesar, aunque estaban cansadísimos y ya no podían más.

Las víboras de coral, que conocieron esto, pidieron en seguida a las ranas sus farolitos, que eran bichitos de luz, y esperaron todas juntas a que los flamencos se cayeran de cansados.

Efectivamente, un minuto después un flamenco, que ya no podía más, tropezó con el cigarro de un *yacaré,* se tambaleó y cayó de costado. En seguida las víboras de coral corrieron con sus farolitos, y alumbraron bien las patas del flamenco. Y vieron qué eran aquellas medias, y lanzaron un silbido que se oyó desde la otra orilla del Paraná.

—¡No son medias!—gritaron las víboras.—¡Sabemos lo que es! ¡Nos han engañado! ¡Los flamencos han matado a nuestras hermanas y se han puesto sus cueros como medias! ¡Las medias que tienen son de víboras de coral!

Al oír esto, los flamencos, llenos de miedo porque estaban descubiertos, quisieron volar; pero estaban tan cansados que no pudieron levantar una sola ala. Entonces las víboras de coral se lanzaron sobre ellos, y enroscándose en sus patas les deshicieron a mordiscones las medias. Les arrancaban las medias a pedazos, enfurecidas, y les mordían también las patas, para que murieran.

Los flamencos, locos de dolor, saltaban de un lado para otro, sin que las víboras de coral se desenroscaran de sus patas. Hasta que al fin, viendo que ya no quedaba un

solo pedazo de media, las víboras los dejaron libres, cansadas y arreglándose las gasas de su traje de baile.

Además, las víboras de coral estaban seguras de que los flamencos iban a morir, porque la mitad, por lo menos, de las víboras de coral que los habían mordido, eran venenosas.

Pero los flamencos no murieron. Corrieron a echarse al agua, sintiendo un grandísimo dolor. Gritaban de dolor, y sus patas, que eran blancas, estaban entonces coloradas por el veneno de las víboras. Pasaron días y días, y siempre sentían terrible ardor en las patas, y las tenían siempre de color de sangre, porque estaban envenenadas.

Hace de esto muchísimo tiempo. Y ahora todavía están los flamencos casi todo el día con sus patas coloradas metidas en el agua, tratando de calmar el ardor que sienten en ellas.

A veces se apartan de la orilla, y dan unos pasos por tierra, para ver cómo se hallan. Pero los dolores del veneno vuelven en seguida, y corren a meterse en el agua. A veces el ardor que sienten es tan grande, que encogen una pata y quedan así horas enteras, porque no pueden estirarla.

Esta es la historia de los flamencos, que antes tenían las patas blancas y ahora las tienen coloradas. Todos los pescados saben por qué es, y se burlan de ellos. Pero los flamencos, mientras se curan en el agua, no pierden ocasión de vengarse, comiéndose a cuanto pescadito se acerca demasiado a burlarse de ellos.

Cuentos de la selva

Ventura García Calderón

1884

Peruano. García Calderón es uno de nuestros prosistas más elegantes. Ha vivido muchos años en Francia y ha seguido muy de cerca a los estilistas franceses de fines del siglo pasado, especialmente a Lotí. Ha escrito ensayos, crónicas, crítica literaria y poesía lírica. Parte de su obra ha sido traducida al francés. Se le podría clasificar entre los modernistas de la prosa. Obras: *Frívolamente,* París, 1910; *Del romanticismo al modernismo,* París, 1910; *Dolorosa y desnuda realidad,* París, s. a.; *Semblanzas de América,* Madrid, 1920; *Bajo el clamor de las sirenas,* París, 1920; *En la verbena de Madrid,* París, 1920; *Cantilenas,* París, 1920; *La venganza del cóndor,* Madrid, 1924. Traducciones al inglés: *Honeymoon, Living Age,* 322, 1924, p. 178; *Ancestral Sin, Living Age,* 332, 1927, p. 263.

El alfiler

La bestia cayó de bruces, agonizante, rezumando sudor y sangre, mientras el jinete, en un santiamén, saltaba a tierra al pie de la escalera monumental de la hacienda de *Ticabamba.* Por el obeso balcón de cedro asomó la cabeza fosca del hacendado, don Timoteo Mondaraz, interpelando al recién venido, que temblaba.

Era burlona la voz de sochantre del viejo tremendo:

—¿Qué te pasa, *Borradito?* Te están repiqueteando las choquezuelas . . . Si no nos comemos aquí a la gente. Habla, no más. . . .

El *Borradito,* llamado así en el valle por su rostro pi-

cado de viruelas, asió con desesperada mano el sombrero de *jipijapa* y quiso explicar tantas cosas a la vez—la desgracia súbita, su galope nocturno de veinte leguas, la orden de llegar en pocas horas, aunque reventara la bestia en el camino—que enmudeció por un minuto. De repente, sin respirar, exhaló su ingenua retahila:

—Pues le diré a mi amito, que me dijo el *niño* Conrado que le dijera que anoche mismito se murió la *niña* Grimanesa.

Si don Timoteo no sacó el revólver, como siempre que se hallaba conmovido, fué, sin duda, por mandato especial de la Providencia, pero estrujó el brazo del criado, queriendo extirparle mil detalles.

—¿Anoche? . . . ¿Está muerta? . . . ¿Grimanesa? . . .

Algo advirtió quizá en las oscuras explicaciones del *Borradito,* pues, sin decir palabra, rogando que no despertaran a su hija, «la niña Ana María,» bajó él mismo a ensillar su mejor «caballo de paso.» Momentos después galopaba a la hacienda de su yerno, Conrado Basadre, que el año último casara con Grimanesa, la linda y pálida amazona, el mejor partido de todo el valle. Fueron aquellos desposorios una fiesta sin par, con sus fuegos de Bengala, sus indias danzantes de camisón morado, sus indias que todavía lloran la muerte de los Incas, ocurrida en siglos remotos, pero reviviscente en la endecha de la raza humillada, como los cantos de Sión en la terquedad sublime de la Biblia. Luego, por los mejores caminos de sementeras, había divagado la procesión de santos antiquísimos que ostentaban en el ruedo de velludo carmesí cabezas disecadas de salvajes. Y el matrimonio feliz de una linda moza con el simpático y arrogante Conrado Basadre terminaba así . . . ¡Badajo! . . .

Hincando las espuelas nazarenas, don Timoteo pensaba, aterrado, en aquel festejo trágico. Quería llegar en

cuatro horas a «Sincavilca,» el antiguo feudo de los Basadres.

En la tarde ya vencida se escuchó otro galope resonante y premioso sobre los cantos rodados de la montaña. Por prudencia, el anciano disparó al aire, gritando:

—¿Quién vive?

Refrenó su carrera el jinete próximo, y con voz que disimulaba mal su angustia, gritó a su vez:

—¡Amigo! Soy yo, ¿no me conoce?, el administrador de «Sincavilca.» Voy a buscar al cura para el entierro.

Estaba tan turbado el hacendado, que no preguntó por qué corría tanta prisa el llamar al cura si Grimanesa estaba muerta y por qué razón no se hallaba en la hacienda el capellán. Dijo adiós con la mano y estimuló a su cabalgadura, que arrancó a galopar con el flanco lleno de sangre.

Desde el inmenso portalón que clausuraba el patio de la hacienda, aquel silencio acongojaba. Hasta los perros, enmudecidos, olfateaban la muerte. En la casa colonial, las grandes puertas claveteadas de plata ostentaban ya crespones en forma de cruz. Don Timoteo atravesó los grandes salones desiertos, sin quitarse las espuelas nazarenas, hasta llegar a la alcoba de la muerta, en donde sollozaba Conrado Basadre. Con voz empañada por el llanto, rogó el viejo a su yerno que lo dejara solo un momento. Y cuando hubo cerrado la puerta con sus manos, rugió su dolor durante horas, insultando a los santos, llamando a Grimanesa por su nombre, besando la mano inanimada, que volvía a caer sobre las sábanas, entre jazmines del Cabo y alelíes. Seria y ceñuda por primera vez, reposaba Grimanesa como una santa con las trenzas ocultas en la corneta de las carmelitas y el lindo talle prisionero en el hábito, según la costumbre religiosa del valle, para santificar a las lindas muertas. Sobre su pecho

colocaron un bárbaro crucifijo de plata que había servido a un abuelo suyo para trucidar rebeldes en una antigua sublevación de indios.

Al besar don Timoteo la pía imagen quedó entreabierto el hábito de la muerta, y algo advirtió aterrado, pues se le secaron las lágrimas de repente y se alejó del cadáver como enloquecido, con repulsión extraña. Entonces miró a todos lados, escondió un objeto en el *poncho* y, sin despedirse de nadie, volvió a montar, regresando a «Ticabamba» en la noche cerrada.

Durante siete meses nadie fué de una hacienda a otra ni pudo explicarse este silencio. ¡Ni siquiera había asistido al entierro! Don Timoteo vivía clausurado en su alcoba olorosa a estoraque, sin hablar días enteros, sordo a las súplicas de Ana María, tan hermosa como su hermana Grimanesa, que vivía adorando y temiendo al padre terco. Nunca pudo saber la causa del extraño desvío ni por qué no venía Conrado Basadre.

Pero un domingo claro de junio se levantó don Timoteo de buen humor y propuso a Ana María que fueran juntos a «Sincavilca,» después de misa. Era tan inesperada aquella resolución, que la chiquilla transitó por la casa durante la mañana entera como enajenada, probándose al espejo las largas faldas de amazona y el sombrero de *jipijapa,* que fué preciso fijar en las oleosas crenchas con un largo estilete de oro. El padre la vió así; y dijo, turbado, mirando el alfiler:

—¡Vas a quitarte ese adefesio! . . .

Ana María obedeció suspirando, resuelta, como siempre, a no adivinar el misterio de aquel padre violento.

Cuando llegaron a «Sincavilca,» Conrado estaba domando un potro nuevo, con la cabeza descubierta a todo sol, hermoso y arrogante en la silla negra con clavos y

remaches de plata. Desmontó de un salto, y al ver a Ana María tan parecida a su hermana en gracia zalamera, la estuvo mirando largo rato embebecido.

Nadie habló de la desgracia ocurrida ni mentó a Grimanesa; pero Conrado cortó sus espléndidos y carnales jazmines del Cabo para obsequiar a Ana María. Ni siquiera fueron a visitar la tumba de la muerta, y hubo un silencio enojoso cuando la nodriza vieja vino a abrazar a la niña, llorando:

—¡Jesús, María y José, tan linda como mi amita! ¡Un *capulí!*

Desde entonces, cada domingo se repetía la visita a «Sincavilca.» Conrado y Ana María pasaban el día mirándose en los ojos y oprimiéndose dulcemente las manos cuando el viejo volvía el rostro para contemplar un nuevo corte de caña madura. Y un lunes de fiesta, después del domingo encendido en que se besaron por la primera vez, llegó Conrado a «Ticabamba» ostentando la elegancia vistosa de los días de feria, terciado el *poncho* violeta sobre el *pellón* de carnero, bien peinada y luciente la crin de su caballo que *braceaba* con escorzo elegante y clavaba el espumante belfo en el pecho, como los palafrenes de los libertadores.

Con la solemnidad de las grandes horas, preguntó por el hacendado, y no lo llamó, con el respeto de siempre, «don Timoteo,» sino murmuró, como en el tiempo antiguo, cuando era novio de Grimanesa:

—Quiero hablarle, mi padre.

Se encerraron en el salón colonial, donde estaba todavía el retrato de la hija muerta. El viejo, silencioso, esperó que Conrado, turbadísimo, le fuera explicando, con indecisa y vergonzante voz su deseo de casarse con Ana María. Medió una pausa tan larga, que don Timoteo, con los ojos cerrados, parecía dormir. De súbito, ágil-

mente, como si los años no pesaran en aquella férrea constitución de hacendado peruano, fué a abrir una caja de hierro de antiguo estilo y complicada llavería, que era menester solicitar con mil ardides y un santo y seña escrito en un candado. Entonces, siempre silencioso, cogió un alfiler de oro. Era uno de esos *topos* que cierran el manto de las indias y terminan en hoja de coca; pero, más largo, agudísimo y manchado de sangre negra.

Al verlo, Conrado cayó de rodillas gimoteando, como un reo confeso.

—¡Grimanesa, mi pobre Grimanesa!

Mas el viejo advirtió, con un violento ademán, que no era el momento de llorar. Disimulando con un esfuerzo sobrehumano su turbación creciente, murmuró, en voz tan sorda que se le comprendía apenas:

—Sí, se lo saqué yo del pecho cuando estaba muerta . . . Tú le habías clavado este alfiler en el corazón . . . ¿No es cierto? . . . Ella te faltó, quizá . . .

—Sí, mi padre.

—¿Se arrepintió al morir?

—Sí, mi padre.

—¿Nadie lo sabe?

—No, mi padre.

—¿Fué con el administrador?

—Sí, mi padre.

—¿Por qué no lo mataste también?

—Huyó como un cobarde.

—¿Juras matarlo si regresa?

—Sí, mi padre.

El viejo carraspeó sonoramente, estrujó la mano de Conrado y dijo, ya sin aliento:

—Si ésta también te engaña, haz lo mismo . . . ¡Toma! . . .

Entregó el alfiler de oro solemnemente, como otorgan los abuelos la espada al nuevo caballero; y con brutal

repulsa, apretándose el corazón desfalleciente, indicó al yerno que se marchara en seguida, porque no era bueno que alguien viera sollozar al tremendo y justiciero don Timoteo Mondaraz.

La venganza del cóndor

Rafael Arévalo Martínez

1884

Guatemalteco. Escritor de aguda sensibilidad; poeta y novelista. Ve siempre un aspecto de relación animal en las personas y así nos describe al hombre-caballo, al hombre-perro, al hombre-tigre, a la mujer-leona. Es discípulo de Rubén Darío y de Edgar Allan Poe. Obras: *Una vida,* Guatemala, 1914; *El hombre que parecía un caballo,* Guatemala, 1915; *Manuel Aldano* (*La lucha por la vida*), Guatemala, 1922; *El señor Monitot,* Guatemala, 1922; *Las noches en el palacio de la Nunciatura,* Guatemala, 1927; *La signatura de la Esfinge,* Guatemala, 1933. Traducciones al inglés: *Our Lady of the Afflicted, Living Age,* 321, 1924, p. 801; *The Panther Man, Living Age,* 321, 1924, p. 1005.

El empleo de un año

Cuento de las *Mil y una noches*

El monarca, fatuo y ocioso, al llegar la adolescencia de la princesita se preocupó hondamente. A los pocos días el resultado de sus meditaciones tomó forma en un pregón lanzado a los cuatro vientos en la ruidosa compañía de atambores y trompetas: se convocaba a los aspirantes a la mano de la princesita para la fiesta del granado en flor, célebre en toda la comarca.

El día señalado sonó un instrumento guerrero; repercutió en los altos, sombreados muros de la ciudad, el ruido de la poderosa trompa manejada por un etíope her-

cúleo; y entró el Príncipe Negro. Lo acompañaban quinientos guerreros; era moreno y fuerte. Llegaba el primero.

Llenó los corazones de ternura una suave melodía, melancólica y extraña; no repercutió en los muros; se tendió como una sábana sobre la ciudad y después en un movimiento de ascenso se perdió en los aires como una nube blanca; y entró un rey oriental; era hermoso y era opulento: lo acompañaban tres juglares, cien bayaderas y todos los nobles de su corte; sus servidores cargados de presentes llenaron la ciudad.

Después llegaron tres príncipes más.

El hermano del rey recibió a los huéspedes; les fijó la hora en que el monarca los recibiría y por último les indicó bruscamente que en él tenían un rival: amaba a su adorable sobrina. Y al expresar la pasión que lo consumía su voz tuvo tonos duros y penetrantes; los visitantes sintieron una sensación de malestar. Era ambicioso y lleno de voluntad.

La anhelada hora de audiencia llegó. Los seis rivales se preguntaban ansiosamente qué se exigiría de ellos. La espera los llenó de cansancio y después concluyó de enervarlos el ceremonioso recibimiento del rey del país de la Leyenda. Hinchado y majestuoso, dió a cada uno de sus actos un carácter de gravedad. Cuando con teatrales movimientos hizo llamar a la princesita, alguien no pudo contenerse y sonó una larga risilla burlona, inextinguible. El rey se volvió alterado. El que así interrumpía la gravedad del acto era el vecino principillo de las Islas Azules; un molesto vecino, por cierto. Su escueto erario o su frivolidad lo habían hecho prescindir del acompañamiento debido a su rango. Unicamente iba con él un paje rubio de mirada aun más sarcástica que su señor. El gran visir con un solo discreto giro de sus gafas ahumadas reconoció

en el paje a una mujer disfrazada con habilidad. El principillo pidió disculpasen su importuna risa. El placer de estar entre tan selecta concurrencia lo hacía estallar de gozo. Y luego serenamente explicó su presencia. Aspiraba también a la mano de la princesita. Era pálido y bello.

El rey frunció el entrecejo. Pero la princesita entraba y concluyó de desarrollar el programa que se trazaba. La condujo hacia el medio de la real estancia. Rompió nerviosamente un broche de rubíes; cayeron largos, flotantes velos blancos; y apareció la elegida, una chicuela linda que miró con curiosidad a los príncipes reunidos. Sus grandes ojos claros se abrían sin que los empañase la menor turbación.

La risa murió en la fina boca del príncipe de las Islas Azules. La sustituyó la sorpresa; después su rostro reflejó un sentimiento de viva adoración. Su vivaz ingenio no vaciló un segundo. Se enclinó al oído de su paje y le susurró estas palabras: «tengo la seguridad de que el gran visir ha penetrado tu disfraz; mira cómo te observa. El rey de la Leyenda no gasta bromas. Corre a esperarme a mis estados.»

El paje rubio tuvo un temblor nervioso: aprovechó el primer momento oportuno y desapareció silenciosamente.

El rey de la Leyenda afirmó a los príncipes que entregaría su hija por esposa, como fué uso y costumbre en la era miliunanochesca, al que mejor emplease el año que transcurría hasta la próxima fiesta de los granados floridos. Les emplazaba para dentro de doce meses, tal día como en el que entonces estaban reunidos. Los príncipes aceptaron. Después hizo los honores a sus visitantes como regio anfitrión. Al día siguiente, cuando la segur adiamantada de la luna segaba los imprecisos velos de la noche agonizante, cinco príncipes partían por cinco di-

ferentes caminos. No os extrañe, lectores modernos, este raro proceder del rey de la Leyenda. Los anales llamados cuentos de hadas traen innúmeros ejemplos de que los monarcas de esas épocas venturosas procedían así.

La fiesta de los granados floridos los reunió de nuevo. A todos no, porque faltaban el hermano del rey y el príncipe de las Islas Azules. El hermano del rey estaba lleno de cadenas en obscura prisión de estado. El altivo ambicioso pensó que el mejor empleo de un año por siete rivales entre los que mediaba la común circunstancia de aspirar a la mano de la princesita, era hacer pasar el cetro real de las manos de su hermano a las suyas. Por este único hecho tendría la seguridad de salir vencedor. El mismo se adjudicaría el premio, en último caso aunque fuese forzadamente. Compró tres generales y sublevó a una legión. Pero su criminal intento fracasó y el rey su hermano que le perdonó la vida le negó la libertad.

Los cinco pretendientes que restaban, en riguroso turno de prioridad impuesto por el rey de la Leyenda, tomaron la palabra. Cada uno parecía seguro de obtener el premio. ¿Cómo no había de ser tal su creencia si había tenido el que menos una docena de cortesanos lisonjeros que se lo predijeran diariamente?

El Príncipe Negro habló. Al frente de su ejército, el mejor disciplinado de las tierras conocidas, había conquistado el bajo Egipto, la Etiopía y la Argelia. Por las victorias de sus generales la España perdió la Costa del Oro y cientos de leguas abajo, Portugal la Benguela e Inglaterra la Zululandia. El rey de la Leyenda pareció favorablemente impresionado al concluir tan gentil conquistador la relación de sus triunfos.

Llegó el turno del rey asiático.

El rey asiático había fomentado durante el mismo

tiempo las artes y las ciencias en sus vastos dominios. Estableció tres universidades; levantó un enorme Palacio que llamaba el Colegio de los Sabios, para habitación de éstos. Además, su liberalidad mecénica reunió en su redor a los artistas contemporáneos más eminentes de todas las tierras conocidas. Para el final de su discurso el rey asiático reservaba un golpe de efecto: ¡había hecho un poema (diecisiete cantos) en honor de su amada! Guiñó los ojos oblicuos conquistadoramente y pidió permiso para leerlo. La meliflua, larga recitación duró tres días, que aprovecharon los cansados viajeros para dormir. Y sin embargo el poema era bellísimo. Como que malas lenguas aseguraban que no era del recitante, sino hecho en colaboración por tres de los mejores poetas residentes en su reino. Concluída la admirable factura los tres colaboradores fueron decapitados como sabia medida de precaución.

No bien terminó de leer, se levantaron los príncipes restantes y hablando a la vez, sin que el rey lo pudiera evitar, contaron fabulosos merecimientos. Pero a pesar de ellos, el monarca congregante dictaminó que eran muy inferiores a los del Príncipe Negro y a los del rey asiático. El poderoso árbitro vacilaba en dar a uno u otro de éstos la preferencia y resolvía que la princesita eligiera. Estaba en una estancia vecina desde la que había podido escuchar las narraciones de sus rivales adoradores.

Cuando una comisión por orden real entreabrió la estancia, se oyeron seseos, protestas, ruido de luchas y gritos de amenaza. Al fin apareció de nuevo la comisión llevando con ella a la princesita que lloraba angustiosamente. No sólo a la hija del rey conducía; también la acompañaba, cabizbajo, el Príncipe Azul.

El rey saltó de su asiento exaltado. A una conminación suya perentoria, el principillo Azul, pasando por alto la

inmediata explicación de su presencia en la estancia vecina, empezó, primero con debilidad y luego con desesperada vehemencia, la relación del empleo de su tiempo.

¿Qué había hecho durante ese año? Había procurado hacerse amar de la princesita. Locamente enamorado de ella ni un solo instante pensó partir. No hubiera tenido el valor de alejarse de su lado. Tres meses pidió una cita a su real amada. Al cuarto logró con su constancia lo que solicitaba. Medio año entero escaló la virginal alcoba. Los últimos tres meses no se había separado de ella sino los breves instantes en que el rey la llamaba a su lado. Y al llegar a este punto de su apasionada explicación, como si de pronto una llama salvadora vivificara su cerebro, perdió su voz todo acento de dolor y en una rápida transformación se tornó valiente y segura. Sí; él merecía la mano de la princesa. De siete enamorados el que indudablemente emplea mejor un año de vida es el que durante él logra ser correspondido del objeto de su amor. La princesa callaba ruborosa.

El rey vaciló. La cólera arrebolaba su semblante. El principillo Azul era un lamentable partido, con sus escuetos estados que su manto de púrpura cubriría holgadamente. Pero los acontecimientos se sucedieron sin dejarlo actuar.

El rey asiático, elegante y lleno de buen gusto, pidió venia para hablar. Una fina sonrisa contraía sus labios de epicúreo y en sus ojillos oblicuos había un discreto brillar. Felicitó al Príncipe Azul. Pidió a la princesa que aceptara sus presentes como regalo de bodas y ofreció al Príncipe Azul un epitalamio por lo menos tan largo como el ditirámbico poema en honor de la perdida princesita. Después se inclinó zalemosamente ante el rey y se fué, seguido de sus servidores. Eso prueba que un poeta, aunque sea un poeta que hace poemas de diecisiete can-

tos y gusta de firmar obras ajenas y aunque sea rey, siempre sabrá ser hombre.

Pero no tuvieron tal discreción los tres príncipes innominados. En nombre de los tres protestó uno de ellos. Había pasado el año dedicado a adquirir la perfección en todo género de *sports* y afirmó en lechuguinesco tono que si aceptaba al Príncipe Azul aquello tendría todos los visos de una burla y que él y sus compañeros estrechamente aliados ya verían de tomar venganza. Tal vez se impone al rey de la Leyenda el distinguido *sportsman,* si el Príncipe Negro no interviene.

Torció sus mostachos D'Artagnanescos; con la espada vuelta hacia atrás y su cuerpo erguido formó un ángulo recto; miró al rey de la Leyenda con aspecto de mudo reproche, a los tres príncipes con desafío; y ofreció su protección a los amantes. Y como el príncipe *sportsman* y sus compañeros desfilaran con un último rezongo de amenaza en los labios, barrió el polvo del pavimento con el erguido penacho de su casco de conquistador en una profunda, respetuosa reverencia y salió, departiendo, en una aparente indiferencia de gran Señor, con sus generales.

A los pocos días regalaba a su distinguido primo y amigo, el minúsculo soberano del principado Azul, como regalo de boda, una de las provincias conquistadas, el Congo belga.

Era su desquite real.

El señor Monitot

EL ENSAYO

Comentario sobre el ensayo

La palabra ensayo no tiene en esta antología el significado inglés de *essay* y es probable que las selecciones que aquí ofrecemos al lector ni siquiera representen el concepto que tenemos del ensayo en español. Las anécdotas de Sarmiento y la parábola de Rodó son trozos descriptivos escritos por dos ensayistas; las páginas de Montalvo y de Alfonso Reyes acaso estén más de acuerdo con la definición del género.

El ensayo ha gozado de cierta boga en la América hispana. En la aurora de nuestra vida independiente y hasta fines del siglo XIX el ensayo adquiere una orientación política y sociológica; sólo cuando adquirimos la conciencia de nuestra cultura aparece el ensayo sobre cuestiones estéticas y en esta forma se aproxima a la concepción del *essay* inglés.

En un continente cuya cultura está todavía en formación el ensayo es una de las formas más útiles de expresión literaria y es por eso que tenemos una gran confianza en el futuro de este género. Únicamente por razones de espacio nos limitamos a dar selecciones de cuatro escritores de los más destacados.

Lecturas complementarias:

Alberdi, Juan Bautista, *El crimen de la guerra*
García Calderón, Francisco, *La creación de un continente*
González Prada, Manuel, *Horas de lucha*

Henríquez Ureña, Pedro, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*
Hostos, Eugenio María, *Moral social*
Ingenieros, José, *El hombre mediocre*
Mariátegui, José Carlos, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*
Martí, José, *Madre América*
Sanín Cano, Baldomero, *La civilización manual y otros ensayos*
Terán, Juan, *El nacimiento de la América española*
Torri, Julio, *Ensayos y poemas*
Ugarte, Manuel, *El destino de un continente*
Varona, Enrique José, *Estudios y conferencias*
Vasconcelos, José, *Raza cósmica*
Vaz Ferreira, Carlos, *Moral para intelectuales*
Zaldumbide, Gonzalo, *José Enrique Rodó*

Domingo Faustino Sarmiento

1811–1888

Argentino. Autor de muchas obras de carácter educacional, sociológico y político. Su libro más importante es *Facundo* que apareció en su primera edición, 1845, con el siguiente título: *Civilización y barbarie: Vida de Juan Facundo Quiroga. Facundo* es una biografía novelada del famoso guerrillero argentino y es un buen ejemplo de prosa típicamente americana, robusta y pintoresca, aunque a veces desigual e incorrecta. Obras: *Facundo,* Santiago, Chile, 1845; *Recuerdos de provincia,* Santiago, Chile, 1850. Traducciones al inglés: *Facundo: Life in the Argentine Republic in the Days of the Tyrants; or Civilization and Barbarism,* por Mrs. Horace Mann, Hurd and Houghton, 1868; *Tales from the Argentine,* por Anita Brenner, Farrar & Rinehart, 1930.

Facundo frente a un tigre

Media entre las ciudades de San Luis y San Juan[1] un dilatado desierto que, por su falta completa de agua, recibe el nombre de *travesía.* El aspecto de aquellas soledades es, por lo general, triste y desamparado, y el viajero que viene del oriente no pasa la última represa o aljibe de campo, sin proveer sus *chifles* de suficiente cantidad de agua. En esta *travesía* tuvo una vez lugar la extraña escena que sigue. Las cuchilladas, tan frecuentes entre nuestros *gauchos,* habían forzado a uno de ellos a

1. *San Luis* is a city in Central Argentina; *San Juan,* a city in Argentina near the Chilean border.

abandonar precipitadamente la ciudad de San Luis y ganar la *travesía* a pie, con la montura al hombro, a fin de escapar de las persecuciones de la justicia. Debían alcanzarlo dos compañeros tan luego como pudieran robar caballos para los tres.

No eran por entonces sólo el hambre y la sed los peligros que le aguardaban en el desierto aquel, que un tigre cebado andaba hacía un año siguiendo los rastros de los viajeros, y pasaban ya de ocho los que habían sido víctimas de su predilección por la carne humana. Suele ocurrir a veces en aquellos países en que la fiera y el hombre se disputan el dominio de la naturaleza, que éste cae bajo la garra sangrienta de aquélla; entonces el tigre empieza a gustar de preferencia su carne, y se le llama cebado cuando se ha dado a este nuevo género de caza: la caza de hombres. El juez de la campaña inmediata al teatro de sus devastaciones convoca a los varones hábiles para la correría, y bajo su autoridad y dirección se hace la persecución del tigre cebado, que rara vez escapa a la sentencia que lo pone fuera de la ley.

Cuando nuestro prófugo había caminado cosa de seis leguas, creyó oír bramar el tigre a lo lejos y sus fibras se estremecieron. Es el bramido del tigre un bramido como el del *chancho,* pero agrio, prolongado, estridente, y que, sin que haya motivo de temor, causa un sacudimiento involuntario en los nervios, como si la carne se agitara ella sola al anuncio de la muerte.

Algunos minutos después el bramido se oyó más distinto y más cercano; el tigre venía ya sobre el rastro y sólo a una larga distancia se divisaba un pequeño algarrobo. Era preciso apretar el paso, correr, en fin, porque los bramidos se sucedían con más frecuencia, y el último era más distinto, más vibrante que el que le precedía.

Al fin, arrojando la montura a un lado del camino,

dirigióse el *gaucho* al árbol que había divisado, y no obstante la debilidad de su tronco, felizmente bastante elevado, pudo trepar a su copa y mantenerse en una continua oscilación, medio oculto entre el ramaje. Desde allí pudo observar la escena que tenía lugar en el camino; el tigre marchaba a paso precipitado, oliendo el suelo y bramando con más frecuencia a medida que sentía la proximidad de su presa. Pasa delante del punto en que aquél se había separado del camino, y pierde el rastro; el tigre se enfurece, remolinea, hasta que divisa la montura, que desgarra de un manotón, esparciendo en el aire sus prendas. Más irritado aún con este chasco, vuelve a buscar el rastro, encuentra al fin la dirección en que va, y levantando la vista, divisa su presa, haciendo con el peso balancearse el algarrobillo, cual la frágil caña cuando las aves se posan en sus puntas.

Desde entonces ya no bramó el tigre; acercábase a saltos, y en un abrir y cerrar de ojos, sus poderosas manos estaban apoyándose a dos varas del suelo sobre el delgado tronco, al que comunicaban un temblor convulsivo que iba a obrar sobre los nervios del mal seguro *gaucho*. Intentó la fiera un salto impotente; dió vueltas en torno del árbol midiendo su altura con ojos enrojecidos por la sed de sangre, y al fin, bramando de cólera, se acostó en el suelo, batiendo sin cesar la cola, los ojos fijos en su presa, la boca entreabierta y reseca. Esta escena horrible duraba ya dos horas mortales; la postura violenta del gaucho y la fascinación aterrante que ejercía sobre él la mirada sanguinaria, inmóvil, del tigre, del que por una fuerza invencible de atracción no podía apartar los ojos, habían empezado a debilitar sus fuerzas, y ya veía próximo el momento en que su cuerpo extenuado iba a caer en su ancha boca, cuando el rumor lejano de galope de caballos le dió esperanza de salvación.

En efecto, sus amigos habían visto el rastro del tigre, y corrían sin esperanza de salvarlo. El desparramo de la montura les reveló el lugar de la escena, y volar a él, desenrollar sus lazos, echarlos sobre el tigre empacado y ciego de furor, fué obra de un segundo. La fiera, estirada a dos lazos, no pudo escapar a las puñaladas repetidas con que, en venganza de su prolongada agonía, le traspasó el que iba a ser su víctima. «Entonces supe lo que era tener miedo,» decía el general don Juan Facundo Quiroga, contando a un grupo de oficiales este suceso.

Anécdotas de Facundo

Es inagotable el repertorio de anécdotas de que está llena la memoria de los pueblos con respecto a Quiroga; sus dichos, sus expedientes, tienen un sello de originalidad que le daban ciertos visos orientales, cierta tintura de sabiduría salomónica en el concepto de la plebe. ¿Qué diferencia hay, en efecto, entre aquel famoso expediente de mandar partir en dos el niño disputado, a fin de descubrir la verdadera madre, y este otro para encontrar a un ladrón?

Entre los individuos que formaban una compañía, habíase robado un objeto, y todas las diligencias practicadas para descubrir al ladrón habían sido infructuosas. Quiroga forma la tropa, hace cortar tantas varitas de igual tamaño cuantos soldados había;[1] hace en seguida que se distribuyan a cada uno, y luego con voz segura, dice: «aquél cuya varita amanezca mañana más grande que las demás, ése es el ladrón.» Al día siguiente, formóse de nuevo la tropa, y Quiroga procede a la verificación y comparación de las varitas. Un soldado hay, empero, cuya vara aparece más corta que las otras. «¡Miserable!»

1. *he orders as many sticks cut as there were soldiers*

le grita Facundo con voz aterrante: «¡Tú eres! . . .» y en efecto, él era; su turbación lo dejaba conocer demasiado.[1] El expediente es sencillo: el crédulo *gaucho,* creyendo que efectivamente creciese su varita, le había cortado un pedazo. Pero se necesita cierta superioridad y cierto conocimiento de la naturaleza humana para valerse de estos medios.

Habíanse robado algunas prendas de la montura de un soldado, y todas las pesquisas habían sido inútiles para descubrir al ladrón. Facundo hace formar la tropa y que desfile por delante de él, que está con los brazos cruzados, la mirada fija, escudriñadora, terrible. Antes ha dicho: «yo sé quién es,» con una seguridad que nada desmiente. Empiezan a desfilar; desfilan muchos, y Quiroga permanece inmóvil; es la estatua de Júpiter tonante, es la imagen del Dios del Juicio Final. De repente se abalanza sobre uno, le agarra del brazo, le dice con voz breve y seca: «¿Dónde está la montura? . . .» «Allí, señor,» contesta, señalando un bosquecillo. «Cuatro tiradores,» grita entonces Quiroga. ¿Qué revelación era ésta? La del terror y la del crimen hecha ante un hombre sagaz.

Estaba otra vez un *gaucho* respondiendo a los cargos que se le hacían por un robo; Facundo le interrumpe, diciendo: «Ya este pícaro está mintiendo; a ver . . . cien azotes. . . .» Cuando el reo hubo salido, Quiroga dijo a alguno que se hallaba presente: «Vea, patrón: cuando un *gaucho* al hablar esté haciendo marcas con el pie, es señal que está mintiendo.» Con los azotes, el *gaucho* contó la historia como debía de ser, esto es, que se había robado una yunta de bueyes.

Necesitaba otra vez y había pedido un hombre resuelto, audaz, para confiarle una misión peligrosa. Escribía Qui-

1. *his confusion revealed it too well*

roga cuando le trajeron el hombre; levanta la cara después de habérselo anunciado varias veces, lo mira y dice, continuando la escritura: «¡Eh! . . . ¡Ese es un miserable, pido un hombre valiente y arrojado!» Averiguóse, en efecto, que era un patán.

De estos hechos hay centenares en la vida de Facundo, y que al paso que descubren un hombre superior, han servido eficazmente para labrarle una reputación misteriosa entre hombres groseros que llegaban a atribuirle poderes sobrenaturales.

Facundo

Juan Montalvo

1832–1889

Ecuatoriano. Montalvo es uno de los pensadores de más renombre en América. Polemista temible, político de fuste, enemigo de toda forma de tiranía, estilista del más puro clasicismo, ha sido el maestro de varias generaciones de escritores americanos. *Los siete tratados* son ensayos magistrales y por ellos se podría llamar a Montalvo el Montaigne hispanoamericano. Obras: *Siete tratados,* Besanzón, 1882; *Mercurial eclesiástica,* París, 1884; *Catilinarias,* Guayaquil, 1894; *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes,* Besanzón, 1895; *Geometría moral,* Madrid, 1902; *Sus mejores prosas,* Madrid, s.a.

Wáshington y Bolívar

El renombre de Wáshington no finca tanto en sus proezas militares, cuanto en el éxito mismo de la obra que llevó adelante y consumó con tanta felicidad como buen juicio. El de Bolívar trae consigo el ruido de las armas, y a los resplandores que despide esa figura radiosa, vemos caer y huir y desvanecerse los espectros de la tiranía: suenan los clarines, relinchan los caballos, todo es guerrero estruendo en torno al héroe hispanoamericano; Wáshington se presenta a la memoria y la imaginación como gran ciudadano antes que como gran guerrero, como filósofo antes que como general. Wáshington estuviera muy bien en el senado romano al lado del viejo Papirio Cúrsor, y en siendo monarca antiguo, fuera Augusto, ese varón sereno y reposado que gusta de sentarse

en medio de Horacio y Virgilio, en tanto que las naciones todas giran reverentes alrededor de su trono. Entre Wáshington y Bolívar hay de común la identidad de fines, siendo así que el anhelo de cada uno se cifra en la libertad de un pueblo y el establecimiento de la democracia. En las dificultades sin medida que el uno tuvo que vencer, y la holgura con que el otro vió coronarse su obra, ahí está la diferencia de esos dos varones perilustres, ahí la superioridad del uno sobre el otro. Bolívar, en varias épocas de la guerra, no contó con el menor recurso, ni sabía dónde ir a buscarlo: su amor inapelable hacia la patria; ese punto de honra subido que obraba en su pecho; esa imaginación fecunda, esa voluntad soberana, esa actividad prodigiosa que constituían su carácter, le inspiraban la sabiduría de hacer factible lo imposible, le comunicaban el poder de tornar de la nada al centro del mundo real. Caudillo inspirado por la providencia, hiere la roca con su varilla de virtudes, y un torrente de agua cristalina brota murmurando afuera; pisa con intención, y la tierra se puebla de numerosos combatientes, ésos que la patrona de los pueblos oprimidos envía sin que sepamos de dónde. Los americanos del Norte eran de suyo ricos, civilizados y pudientes aún antes de su emancipación de la madre Inglaterra: en faltando su caudillo, cien Wáshington se hubieran presentado al instante a llenar ese vacío, y no con desventaja. A Wáshington le rodeaban hombres tan notables como él mismo, por no decir más beneméritos: Jefferson, Madison, varones de alto y profundo consejo; Franklin, genio del cielo y de la tierra, que al tiempo que arranca el cetro a los tiranos, arranca el rayo a las nubes *Eripuit cœlo fulmen sceptrumque tyrannis.*[1] Y éstos y todos los demás, cuán grandes eran y cuán numerosos se contaban, eran unos en la causa, ri-

1. *Arrancó el rayo al cielo y el cetro de los tiranos*

vales en la obediencia, poniendo cada cual su contingente en el raudal inmenso que corrió sobre los ejércitos y las flotas enemigas, y destruyó el poder británico. Bolívar tuvo que domar a sus tenientes, que combatir y vencer a sus propios compatriotas, que luchar con mil elementos conjurados contra él y la independencia, al paso que batalla con las huestes españolas y las vencía o era vencido. La obra de Bolívar es más ardua, y por el mismo caso más meritoria.

Wáshington se presenta más respetable y majestuoso a la contemplación del mundo; Bolívar más alto y resplandeciente; Wáshington fundó una República que ha venido a ser después de poco una de las mayores naciones de la tierra; Bolívar fundó asimismo una gran nación, pero, menos feliz que su hermano primogénito, la vió desmoronarse, y aunque no destruída su obra, por lo menos desfigurada y apocada. Los sucesores de Wáshington, grandes ciudadanos, filósofos y políticos, jamás pensaron en despedazar el manto sagrado de su madre, para echarse cada uno por adorno un jirón de púrpura sobre sus cicatrices; los compañeros de Bolívar todos acometieron a degollar a la real Colombia y tomar para sí la mayor presa posible, locos de ambición y tiranía. En tiempo de los dioses, Saturno devoraba a sus hijos; nosotros hemos visto y estamos viendo a ciertos hijos devorar a su madre. Si Páez, a cuya memoria debemos el más profundo respeto, no tuviera su parte en este crimen, ya estaba yo aparejado para hacer una terrible comparación, tocante a esos asociados del parricidio que nos destruyeron nuestra grande patria; y como había además que mentar a un gusanillo y rememorar el triste fin del héroe de Ayacucho,[1] del héroe de la guerra y las virtudes, vuel-

1. Antonio José de Sucre is the hero of the battle of Ayacucho (1824). He was assassinated in 1830.

vo a mi asunto ahogando en el pecho esta dolorosa indignación mía. Wáshington, menos ambicioso, pero menos magnánimo; más modesto, pero menos elevado que Bolívar. Wáshington, concluída su obra, acepta los casi humildes presentes de sus compatriotas; Bolívar rehusa los millones ofrecidos por la nación peruana; Wáshington rehusa el tercer período presidencial de los Estados Unidos, y cual un patriarca se retira a vivir tranquilo en el regazo de la vida privada, gozando sin mezcla de odio las consideraciones de sus semejantes, venerado por el pueblo, amado por sus amigos; enemigos, no los tuvo, ¡hombre raro y feliz! Bolívar acepta el mando tentador que por tercera vez, y ésta de fuente impura, viene a molestar su espíritu, y muere repelido, perseguido, escarnecido por una buena parte de sus contemporáneos. El tiempo ha borrado esta leve mancha, y no vemos sino el resplandor que circunda al mayor de los sudamericanos. Wáshington y Bolívar, augustos personajes, gloria del Nuevo Mundo, honor del género humano, junto con los varones más insignes de todos los pueblos y de todos los tiempos.

Sus mejores prosas

José Enrique Rodó

1871–1917

Uruguayo. Ha sido considerado como el primer crítico literario de su época. Su estilo es una exquisita mezcla de casticismo e influencia francesa. Su obra principal, *Ariel,* hizo que se le llamara «el maestro de la juventud hispanoamericana»; en este libro invita a la juventud a formarse su propio programa ideal de vida y de cultura, en vez de imitar el ejemplo de los Estados Unidos cuyo pragmatismo desdeñaba el pensador uruguayo. Obras: *Rubén Darío,* Montevideo, 1899; *Ariel,* Montevideo, 1900; *Motivos de Proteo,* Montevideo, 1909; *El mirador de Próspero,* Montevideo, 1913. Traducciones al inglés: *Ariel,* por F. J. Stimson, Houghton, Mifflin Co., 1922; *The Motives of Proteus,* Angel Flores, Brentano's, 1928.

La pampa de granito

Era una inmensa pampa de granito; su color, gris; en su llaneza, ni una arruga; triste y desierta; triste y fría; bajo un cielo de indiferencia, bajo un cielo de plomo. Y sobre la pampa estaba un viejo gigantesco; enjuto, lívido, sin barbas; estaba un gigantesco viejo de pie, erguido como un árbol desnudo. Y eran fríos los ojos de este hombre, como aquella pampa y aquel cielo; y su nariz, tajante y dura como una segur; y sus músculos, recios como el mismo suelo de granito; y sus labios no abultaban más que el filo de una espada. Y junto al viejo había tres niños ateridos, flacos, miserables: tres pobres niños

que temblaban, junto al viejo indiferente e imperioso, como el genio de aquella pampa de granito.

El viejo tenía en la palma de una mano una simiente menuda. En su otra mano, el índice extendido parecía oprimir en el vacío del aire como en cosa de bronce. Y he aquí que tomó por el flojo pescuezo a uno de los niños, y le mostró en la palma de la mano la simiente, y con voz comparable al silbo helado de una ráfaga, le dijo: «Abre un hueco para esta simiente»; y luego soltó el cuerpo trémulo del niño, que cayó sonando como un saco mediado de guijarros, sobre la pampa de granito.

—«Padre, sollozó él, ¿cómo lo podré abrir si todo este suelo es raso y duro?»—«Muérdelo,» contestó con el silbo helado de la ráfaga; y levantó uno de sus pies, y lo puso sobre el pescuezo lánguido del niño; y los dientes del triste sonaban rozando la corteza de la roca, como el cuchillo en la piedra de afilar, y así pasó mucho tiempo, mucho tiempo: tanto que el niño tenía abierta en la roca una cavidad no menor que el cóncavo de un cráneo; pero roía, roía siempre, con un gemido de estertor; roía el pobre niño bajo la planta del viejo indiferente e inmutable, como la pampa de granito.

Cuando el hueco llegó a ser lo hondo que se precisaba, el viejo levantó la planta opresora; y quien hubiera estado allí hubiese visto entonces una cosa aún más triste, y es que el niño, sin haber dejado de serlo, tenía la cabeza blanca de canas; y apartóle el viejo, con el pie, y levantó al segundo niño, que había mirado temblando todo aquello.—«Junta tierra para la simiente,» le dijo.—«Padre, preguntóle el cuitado, ¿en dónde hay tierra?»—«La hay en el viento; recógela,» repuso; y con el pulgar y el índice abrió las mandíbulas miserables del niño; y le tuvo así contra la dirección del viento que soplaba, y en la lengua y en las fauces jadeantes se reunía el flotante

polvo del viento, que luego el niño vomitaba, como limo precario; y pasó mucho tiempo, mucho tiempo, y ni impaciencia, ni anhelo, ni piedad, mostraba el viejo indiferente e inmutable sobre la pampa de granito.

Cuando la cavidad de piedra fué colmada, el viejo echó en ella la simiente, y arrojó al niño de sí como se arroja una cáscara sin jugo, y no vió que el dolor había pintado la infantil cabeza de blanco; y luego, levantó al último de los pequeños, y le dijo, señalándole la simiente enterrada: «Has de regar esa simiente,» y como él le preguntase, todo trémulo de angustia: «Padre, ¿en dónde hay agua?»—«Llora; la hay en tus ojos,» contestó; y le torció las manos débiles, y en los ojos del niño rompió entonces abundosa vena de llanto, y el polvo sediento la bebía; y este llanto duró mucho tiempo, mucho tiempo, porque para exprimir los lagrimales cansados estaba el viejo indiferente e inmutable, de pie sobre la pampa de granito.

Las lágrimas corrían en un arroyo quejumbroso tocando el círculo de tierra; y la simiente asomó sobre el haz de la tierra como un punto; y luego echó fuera el tallo incipiente, las primeras hojuelas; y mientras el niño lloraba, el árbol nuevo criaba ramas y hojas, y en todo esto pasó mucho tiempo, mucho tiempo, hasta que el árbol tuvo tronco robusto, y copa anchurosa, y follaje, y flores que aromaron el aire, y descolló en la soledad; descolló el árbol aún más alto que el viejo indiferente e inmutable, sobre la pampa de granito.

El viento hacía sonar las hojas del árbol, y las aves del cielo vinieron a anidar en su copa, y sus flores se cuajaron en frutos; y el viejo soltó entonces al niño, que dejó de llorar, toda blanca la cabeza de canas; y los tres niños tendieron las manos ávidas a la fruta del árbol; pero el flaco gigante los tomó, como cachorros, del pescuezo, y arrancó una semilla, y fué a situarse con ellos en cercano

punto de la roca, y levantando uno de sus pies juntó los dientes del primer niño con el suelo: juntó de nuevo con el suelo los dientes del niño, que sonaron bajo la planta del viejo indiferente e inmutable, erguido, inmenso, silencioso, sobre la pampa de granito.

Parábolas de Rodó

Alfonso Reyes

1889

Mexicano. Al mismo tiempo que fino poeta es uno de los mejores ensayistas de América. Ha escrito innumerables ensayos literarios, científicos y filosóficos; ha hecho cuidadas ediciones de algunos clásicos castellanos; ha dado a conocer en nuestros países a los ensayistas ingleses y franceses de nuestros días. Reyes es el típico hombre de letras, y a pesar de que se ha dedicado a la diplomacia, la razón fundamental de su vida es «la palabra.» Obras: *Cuestiones estéticas,* París, 1911; *El suicida,* Madrid, 1917; *El plano oblicuo,* Madrid, 1920; *Simpatías y diferencias,* Madrid, 1921–1923; *El cazador,* Madrid, 1921; *Cuestiones gongorinas,* Madrid, 1921; *Romances del Río de Enero,* Maestricht, Holanda, 1933.

Frestón

Después de la primera salida, el Ama y la Sobrina del Cura y el Barbero han decidido quemar aquellos descomulgados libros.

Capítulo sexto: inquisición de los libros de don Alonso, página inolvidable en la historia de la crítica. A ella vuelven con encanto los ojos del humanista entendido; es uno de los lugares más elegantes de la obra.

Ama y Sobrina, que representan el impulso apasionado, quisieran quemar íntegra la biblioteca. Pero el Barbero y el Cura están por el reposo crítico: comentan, escogen, y de todo ello sale un índice de las lecturas del tiempo, una apreciación de valores literarios que hace

Cervantes. Con errores y aciertos, se la debería imprimir aparte, para una biblioteca crítica ideal.

(Aquella añoranza de libros—Cervantes citaba de memoria,—y aquel breve juicio de conjunto para cada uno, atrae—en mis simpatías personales—una página que es también de evocaciones lejanas, en que Bernal Díaz enumera, con su historia, sus colores, sus pelos y señales, los dieciséis caballos y yeguas que pasaron a la conquista de Nueva España. ¡Hermosas jactancias del soldado y del literato! A las gentes, oírles hablar de su oficio.)

Mandaron, pues, murar y tapiar la biblioteca, después de quemar los libros que lo merecieron. De allí a dos días se levantó don Quijote, y lo primero que hizo fué ir a ver sus libros; y como no hallara el aposento donde lo había dejado, andaba de una en otra parte buscándolo. Llegaba adonde solía tener la puerta, y tentábala con las manos, y volvía y revolvía los ojos por todo, sin decir palabra. Dijéronle que un encantador se había llevado la estancia con los libros, entre remolinos de humo.

—Frestón sería—supone don Quijote—que es un sabio encantador, mi enemigo.

He aquí cómo, en la mitología de los libros, Frestón (corrupción de Fristón, el fingido sabio y autor del *Belianís de Grecia*) asciende a la categoría de genio malo: es patrono de los ladrones de bibliotecas y tiene en todo el mundo devotos.

¿Una página más sobre el robo de libros? No: en cualquiera de los muchos libros sobre el libro el lector hallará noticia de este mal, así como de muchos otros que padecen las librerías, debidos también a influencias de Frestón: insectos, roedores, humedad, manos desaseadas, plaga de los que comen leyendo, plaga de los que doblan las hojas . . .

También son obra de Frestón los célebres Índices de otro tiempo.

Hacia el año de 1559, salió un índice proscribiendo gran número de tratados contemplativos y franciscanos, de aquellos que produjeron una efusión mística en la primera mitad del siglo XVI. Un día despojaron a Santa Teresa de sus libros, entre los cuales había muchos de los prohibidos. Los eruditos se preguntaban si en ellos se hallará el secreto de su lenguaje místico, y quisieran poder estudiarlos en relación con las obras de la santa. Mas los libros fueron quemados y . . .

—Frestón sería, que es un sabio encantador, mi enemigo.

Y, ahora, en desagravio de Frestón.—Su grande obra parece haber sido la destrucción de la biblioteca de Alejandría. Unos lo atribuyen al incendio provocado por los soldados romanos—ya de propósito o ya porque el viento del mar arrastró las llamas hacia esa parte, que éste es un capítulo de esa retórica diplomática que acompaña siempre a las guerras.—Otros atribuyen el incendio al califa Omar.—Parece, en fin, que los monjes salvajes de la Tebaida, en incursiones de apostolado, destruyeron más aún que el incendio.

Y dice Otfried Müller[1] con su inimitable y sabio candor: «Acaso no se ha perdido gran cosa, porque si tan abrumadora copia de libros hubiese llegado hasta nosotros, el nacimiento de la literatura moderna habría sido muy difícil, ya que no imposible.» ¿Qué hubiera añadido Marinetti? Caprichosa coincidencia es ésta, y para sublevar a un tiempo los manes del docto alemán y los espíritus irritables del predicador italiano.

1. German scholar (1797–1840)

Muchos, finalmente, nos hemos salvado por haber tenido que separarnos de nuestros libros.

Frestón es un símbolo salvador. Esas misteriosas desapariciones de que no sabemos a quién culpar nos recuerdan lo que la calavera al monje: el sentido místico, la idea de que todo lo material perece. Los libros, materialmente, son, después de la propiedad territorial, el bien que más gravita sobre nuestras almas.

¿Cómo queréis que esté apto para la cruzada (todos tenemos una y, tarde o temprano, llega siempre), cómo pretendéis que esté ágil para salir con el hatillo de las peregrinaciones aquel letrado que esconde en su casa y padece sobre su vida el peso de diez mil volúmenes?

¡Diez mil volúmenes ordenados en sólidos estantes.— Estantes atornillados en el suelo y clavados en las paredes. —Imagen horrenda de la inmovilidad!

No, los héroes no tienen libros.

El cazador

LA POESÍA

Comentario sobre la poesía colonial

La primera parte de la época colonial—siglo XVI—siente especial predilección por la poesía épica. El descubrimiento y la conquista necesitaban el comentario heroico, la epopeya. Pero si hubo muchos poetas épicos, pocos son los que logran conquistar fama perdurable; entre éstos hay que recordar en primer lugar a don Alonso de Ercilla y Zúñiga, ese famoso autor de *La araucana* «que escribía de noche lo que hacía de día.» Pero Ercilla es español y por lo tanto no nos pertenece, como tampoco es nuestro el primer gran dramaturgo nacido en tierras de América, don Juan Ruiz de Alarcón. En los tres siglos coloniales Sor Juana Inés de la Cruz es el único escritor verdaderamente grande que produce el continente americano. Su obra, que todavía no ha sido estudiada como se lo merece, es un verdadero milagro en esos tiempos.

La mayor parte de los poemas épicos—largos y cansados—llevan el sello de *La araucana,* es decir que se alargan interminablemente, relatando hechos concretos en un lenguaje que no tiene casi nada de poético. La poesía mística, también muy cultivada en la colonia, es siempre un lejano eco de San Juan de la Cruz o de Santa Teresa. El gongorismo, enfermedad que aqueja a la literatura hispanoamericana durante los siglos XVII y XVIII, útil en los grandes poetas como fuerza renovadora, se une al prosaísmo ambiente con desastrosos resultados.

El siglo XVIII, escaso en obras de mérito en España,

no podía producirlas en América ni siquiera de valor relativo. Uno que otro poeta, como Fray Manuel Navarrete, no logran dar brillo a las letras de sus propios países.

Lecturas complementarias—fragmentos de:

Balbuena, Bernardo de, *Grandeza mexicana*
Castellanos, Juan de, *Elegías de varones ilustres de Indias*
Landívar, Rafael, *Rusticatio Mexicana: Los lagos de México,* trad. de J. A. Pagaza
Navarrete, Manuel de, *Poesías*
Ojeda, Diego de, *La cristiada*
Oña, Pedro de, *Arauco domado*
Peralta y Barnuevo, Pedro de, *Lima fundada*
Saavedra Guzmán, Antonio de, *Peregrino indiano*

Alonso de Ercilla y Zúñiga

1533–1594

Español. Autor de *La araucana,* primer poema épico en lengua castellana, publicado en tres partes en 1569, 1578 y 1589. Trata de las guerras de Chile, entre los conquistadores españoles y los indios de Arauco y según el mismo Ercilla: «Se hizo en la misma guerra, y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero, por falta de papel, y en pedazos de carta, algunos tan pequeños, que apenas cabían seis versos, que no me costó después poco trabajo el juntarlos.» *La araucana* sirvió de modelo a los otros poemas épicos que se escribieron durante el período colonial. Véase la edición de Toribio Medina, Santiago de Chile, 1910.

Canto II de La araucana

FRAGMENTO

Los araucanos se reúnen en asamblea general para elegir jefe supremo, pero no logran ponerse de acuerdo. Colocolo, famoso cacique, pronuncia el discurso siguiente:

Caciques, del estado defensores,
codicia de mandar no me convida
a pesarme de veros pretensores
de cosa que a mí tanto era debida;
porque, según mi edad, ya veis señores
que estoy al otro mundo de partida;
mas el amor que siempre os he mostrado
a bien aconsejaros me ha incitado.

¿Por qué cargos honrosos pretendemos
y ser en opinión grande tenidos,
pues que negar al mundo no podemos
haber sido sujetos y vencidos?
Y en esto averiguarnos no queremos,
estando aun de españoles oprimidos.
Mejor fuera esa furia ejecutalla
contra el fiero enemigo en la batalla.

¿Qué furor es el vuestro ¡ oh araucanos!
que a perdición os lleva sin sentillo?
¿Contra vuestras entrañas tenéis manos,
y no contra el tirano en resistillo?
¿Teniendo tan a golpe a los cristianos
volvéis contra vosotros el cuchillo?
Si gana de morir os ha movido,
no sea en tan bajo estado y abatido.

Volved las armas y ánimo furioso
a los pechos de aquéllos que os han puesto
en dura sujeción, con afrentoso
partido, a todo el mundo manifiesto;
lanzad de vos el yugo vergonzoso;
mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
no derraméis la sangre del Estado
que para redimirnos ha quedado.

No me pesa de ver la lozanía
de vuestro corazón, antes me esfuerza;
mas temo que esta vuestra valentía,
por mal gobierno el buen camino tuerza:
que, vuelta entre nosotros la porfía,
degolláis vuestra patria con su fuerza;
cortad, pues, si ha de ser de esa manera,
esta vieja garganta la primera.

Que esta flaca persona, atormentada
de golpes de fortuna, no procura

sino el agudo filo de una espada,
pues no la acaba tanta desventura.
¡Aquella vida es bien afortunada
que la temprana muerte la asegura!
Pero, a nuestro bien público atendiendo,
quiero decir en esto lo que entiendo.

Pares sois en valor y fortaleza;
el cielo os igualó en el nacimiento;
de linaje, de estado y de riqueza
hizo a todos igual repartimiento;
y en singular por ánimo y grandeza
podéis tener del mundo el regimiento:
que este gracioso don, no agradecido,
nos ha al presente término traído.

En la virtud de vuestro brazo espero
que puede en breve tiempo remediarse,
mas ha de haber un capitán primero
que todos por él quieran gobernarse:
éste será quien más un gran madero
sustentare en el hombro sin pararse;
y pues que sois iguales en la suerte,
procure cada cual de ser más fuerte.

La araucana

Sor Juana Inés de la Cruz

1651–1695

Sor Juana es la primera poetisa americana y la figura más alta de todo el período colonial. En su juventud fué dama de honor del palacio virreinal mexicano. Para dedicarse por entero al cultivo de la poesía y de la ciencia entró en el convento de San Jerónimo. Su poesía es a veces sencilla y pura y otras, complicada con ligera influencia gongorista. Además de sus poesías líricas, entre las que sobresalen sus admirables sonetos, Sor Juana escribió autos sacramentales, cartas y dos comedias: *Amor es más laberinto* y *Los empeños de una casa.* Véanse: *Inundación castálida,* Madrid, 1689; *Segundo tomo de las obras de Sor Juana Inés de la Cruz,* Sevilla, 1692; *Fama y obras póstumas del Fénix de México,* etc., Madrid, 1700.

Redondillas

Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis;

si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia
y luego con gravedad
decís que fué liviandad
lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo
de vuestro parecer loco
al niño, que pone el coco,
y luego le tiene miedo.[1]

Queréis con presunción necia
hallar a la que buscáis,
para pretendida, Tais,
y en la posesión, Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro
que el que, falto de consejo,
él mismo empaña el espejo
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén
tenéis condición igual,
quejándoos, si os tratan mal,
burlándoos, si os quieren bien.

Opinión ninguna [2] gana,
pues, la que más se recata,
si no os admite, es ingrata,
y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andáis
que con desigual nivel
a una culpáis por crüel,
y a otra por fácil culpáis.

¿Pues cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende,

1. See Glosario, *parecer.*
2. *ninguna mujer*

si la que es ingrata ofende
y la que es fácil enfada?

Mas entre el enfado y pena
que vuestro gusto refiere,
bien haya la que no os quiere
y quejaos en hora buena.

Dan vuestras amantes penas
a sus libertades alas,
y después de hacerlas malas
las queréis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasión errada,
la que cae de rogada
o el que ruega de caído?

¿O cuál es más de culpar,
aunque cualquiera mal haga,
la que peca por la paga
o el que paga por pecar?

¿Pues para qué os espantáis
de la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis,
o hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar,
y después, con más razón,
acusaréis la afición
de la que os fuere a rogar.

Bien con muchas armas fundo
que lidia vuestra arrogancia,
pues en promesa e instancia
juntáis diablo, carne y mundo.

Obras escogidas

Sonetos

I

Que [1] no me quiera Fabio, al verse amado,
es dolor, sin igual, en mi sentido;
mas, que me quiera Sylvio aborrecido,
es menor mal, mas no menor enfado.

¿Qué sufrimiento no estará cansado,
si siempre le resuenan al oído,
tras la vana arrogancia de un querido,
el cansado gemir de un desdeñado?

Si de Sylvio me cansa el rendimiento,
a Fabio canso con estar rendida;
si de éste busco el agradecimiento,

a mí me busca el otro agradecida;
por activa y pasiva es mi tormento,
pues padezco en querer y en ser querida.

II

Al que ingrato me deja, busco amante;
al que amante me sigue, dejo ingrata;
constante adoro a quien mi amor maltrata;
maltrato a quien mi amor busca constante.

1. *The fact that*

Al que trato de amor, hallo diamante;
y soy diamante, al que de amor me trata;
triunfante quiero ver al que me mata
y mato a quien me quiere ver triunfante.

Si a éste pago, padece mi deseo;
si ruego a aquél, mi pundonor enojo:
de entrambos modos infeliz me veo.

Pero yo, por mejor partido escojo,
de quien no quiero, ser violento empleo,
que de quien no me quiere, vil despojo.

III

Detente, sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo.

Si al imán de tus gracias atractivo
sirve mi pecho de obediente acero,
¿para qué me enamoras lisonjero,
si has de burlarme luego fugitivo?

Mas blasonar no puedes satisfecho
de que triunfa de mí tu tiranía;
que aunque dejas burlado el lazo estrecho,

que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho
si te labra prisión mi fantasía.

IV

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
como en tu rostro y tus acciones vía
que con palabras no te persuadía,
que el corazón me vieses deseaba.

Y amor, que mis intentos ayudaba,
venció lo que imposible parecía;
pues entre el llanto que el dolor vertía
el corazón deshecho destilaba.

Baste ya de rigores, mi bien, baste,
no te atormenten más celos tiranos,
ni el vil recelo tu quietud contraste

con sombras necias, con indicios vanos;
pues ya en líquido humor viste y tocaste
mi corazón deshecho entre tus manos.

V

Rosa divina que en gentil cultura
eres con tu fragante sutileza
magisterio purpúreo en la belleza,
enseñanza nevada a la hermosura.

Amago de la humana arquitectura,
ejemplo de la vana gentileza,
en cuyo ser unió Naturaleza
la cuna alegre y triste sepultura.

¡Cuán altiva en tu pompa, presumida,
soberbia, el riesgo de morir desdeñas;
y luego, desmayada y encogida,

de tu caduco ser das mustias señas!
¡Conque con docta muerte y necia vida,
viviendo engañas, y muriendo enseñas!

VI

Éste que ves, engaño colorido,
que del arte ostentando los primores,
con falsos silogismos de colores,
es cauteloso engaño del sentido;

éste, en quien la lisonja ha pretendido
excusar de los años los horrores,
y, venciendo del tiempo los rigores,
triunfar de la vejez y del olvido:

es un vano artificio del cuidado;
es una flor al viento delicada;
es un resguardo inútil para el Hado;

es una necia diligencia errada;
es un afán caduco, y bien mirado,
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

Edición de 1689

Comentario sobre la poesía romántica

Apenas si existe el neoclasicismo en América. De los tres poetas que generalmente se incluyen en esta escuela, Andrés Bello y José Joaquín de Olmedo son poetas de transición y el tercero, José María Heredia, francamente romántico. En efecto, Heredia señala la entrada del romanticismo en tierras de América por 1820 y en sus ya famosos poemas *Al Niágara* y *En el Teocalli de Cholula,* escritos en 1824 y 1820, respectivamente, encontramos abundancia de lirismo, de fantasía, de sensibilidad y un profundo panteísmo, señales todas de un romanticismo ya en movimiento.

Heredia es entonces el introductor del romanticismo en América y no Esteban Echeverría, como han asegurado algunos críticos, pues el poeta argentino escribe su primer poema de importancia, *Elvira o la novia del Plata,* en 1832, y si a esto agregamos que *En el Teocalli de Cholula* aparece ocho años antes de la publicación de *El faro de Malta,* del Duque de Rivas, habrá que admitir que Heredia es el primer escritor romántico en lengua castellana.

El crítico chileno Eduardo Solar Correa observa que durante el romanticismo empiezan a diseñarse en varias repúblicas americanas rasgos literarios distintivos: «mesura en Chile, grandilocuencia en Argentina, en México melancolía, obsesión gramatical en Colombia y Venezuela, sensualismo y jocosidad en el Perú.» Esto es lo que más tarde, ya bien definido, se conoce con el nombre de americanismo literario. El romanticismo pasa por varias

etapas en su desarrollo: al culto de la Naturaleza sigue un exceso de subjetivismo manifestado en motivos sentimentales, probablemente bajo la influencia de Gustavo Adolfo Bécquer, y por fin, poco antes de la aparición del modernismo en 1888, un especial cuidado de la forma. Como nuestro continente es tierra propicia a la rebeldía, a la admiración de la naturaleza primitiva, a la exaltación lírica, a la libertad de expresión, puede decirse que la escuela romántica no ha terminado aún.

Lecturas complementarias—poemas de:

Andrade, Olegario
Barra, Eduardo de la
Calderón, Fernando
Caro, José Eusebio
Gómez de Avellaneda, Gertrudis
Llona, Numa Pompilio
Mármol, José
Milanés, José Jacinto
Pérez Bonalde, Juan Antonio
Zenea, Juan Clemente

José Joaquín de Olmedo

1780–1847

Ecuatoriano. Hizo sus estudios en Quito y en Lima; recibió el grado de Doctor en jurisprudencia de la Universidad de San Marcos y fué catedrático de la misma institución; vuelto a Guayaquil fué elegido diputado a cortes y en 1811 enviado a Cádiz; restablecido el absolutismo en España vuelve Olmedo a su patria en 1816; en los años siguientes ocupó altos puestos políticos en Ecuador y Perú. En 1825 el gobierno del Perú le envió en misión diplomática a Londres; allí cultivó la amistad de Bello. Vuelto a su patria y habiéndose separado el Ecuador de la Gran Colombia bajo el mando del general Juan José Flores, Olmedo dedicó su vida al servicio de su país natal hasta el día de su muerte acaecida en 1847. El 6 de Agosto de 1824 tuvo lugar la batalla de Junín y Olmedo decidió escribir su gran canto al Libertador; a causa de sus muchas ocupaciones abandonó temporalmente el proyecto hasta que estimulado por el triunfo obtenido por el general Sucre en la batalla de Ayacucho el 9 de Diciembre del mismo año, terminó su poema en abril de 1825. Es frecuente esta opinión sobre este poeta: «Andrés Bello y José María Heredia son los dos grandes poetas líricos que con José Joaquín de Olmedo comparten la más alta cumbre del Parnaso americano.» Olmedo es un poeta de fogosa fantasía, sonoro, grandilocuente; posee todos los méritos y los defectos del pseudo-clasicismo español pero por su entusiasmo lírico, por su temperamento, por sus descripciones personales de la naturaleza americana debe ser considerado como precursor del romanticismo. Ediciones: *La Victoria de Junín,* Guayaquil, 1825; Londres, 1826; París, 1826 y 1883; Caracas, 1842 y 1872,

etc.; *Oda al General Flores,* Guayaquil, 1835; *Obras poéticas,* Valparaíso, 1848; París, 1853; México, 1862; *Poesías,* París, 1896.

La Victoria de Junín

Canto a Bolívar

Empieza el canto proclamando a Bolívar vencedor en Junín. Las pirámides de Egipto yacen por tierra pero los Andes serán testigos eternos del triunfo de los ejércitos del Perú y Colombia. La musa del poeta desciende al campo de Junín cual la musa de Píndaro que se lanzaba al circo. Aparece Bolívar, exalta a las tropas con su palabra, y éstas empiezan el homérico combate:

Ya el formidable estruendo
del atambor en uno y otro bando;
y el son de las trompetas clamoroso,
y el relinchar del alazán fogoso,
que erguida la cerviz y el ojo ardiendo,
en bélico furor salta impaciente
do más se encrüelece la pelea;
y el silbo de las balas, que rasgando
el aire, llevan por doquier la muerte;
y el choque asaz horrendo
de selvas densas de ferradas picas;
y el brillo y estridor de los aceros
que al sol reflectan sanguinosos visos;
y espadas, lanzas, miembros esparcidos
o en torrentes de sangre arrebatados,
y el violento tropel de los guerreros
que más feroces mientras más heridos,
dando y volviendo el golpe redoblado,
mueren, mas no se rinden . . . Todo anuncia
que el momento ha llegado,

en el gran libro del destino escrito,
de la venganza al pueblo americano,
de mengua y de baldón al castellano.

Canta las acciones heroicas del general argentino Necochea, las hazañas del peruano Miller y de los otros capitanes; pero oscureciendo a todos éstos entra Bolívar al combate y empieza a hacer estragos entre los españoles. Sobreviene la noche e impide la destrucción del ejército real, que huye en la oscuridad.

En torno de las fogatas celebran su triunfo los patriotas con libaciones y cantares. Se anuncia para las nuevas naciones una era de «libertad, gloria, y reposo.» Entre las nubes aparece entonces Huaina Capac, último emperador de la raza incaica, saluda a los patriotas y denuesta a los españoles, a los usurpadores de tres siglos:

«¡Guerra al usurpador!—¿Qué le debemos?
¿luces, costumbres, religión o leyes? . . .
¡Si ellos fueron estúpidos, viciosos,
feroces, y por fin supersticiosos!
¿Qué religión? ¿la de Jesús? . . . ¡Blasfemos!
Sangre, plomo veloz, cadenas fueron
los sacramentos santos que trajeron.
¡Oh religión! ¡oh fuente pura y santa
de amor y de consuelo para el hombre!
¡Cuántos males se hicieron en tu nombre!
¿Y qué lazos de amor? . . . Por los oficios
de la hospitalidad más generosa
hierros nos dan: por gratitud, suplicios.
Todos, sí, todos: menos uno solo;
el mártir del amor americano:
de paz, de caridad apóstol santo;
divino Casas, de otra patria digno.
Nos amó hasta morir. —Por tanto ahora
en el empíreo entre los Incas mora.»

Pero ha llegado la hora de la venganza y la hora de la unión de los pueblos de América. Pone fin a su discurso el Inca anunciando la batalla de Ayacucho y el final triunfo del general Sucre. Obtenida así la libertad, el héroe máximo, Bolívar, velará por la felicidad de estos pueblos unidos:

«Será perpetua, oh pueblos, esta gloria
y vuestra libertad incontrastable
contra el poder y liga detestable
de todos los tiranos conjurados,
si en lazo federal de polo a polo
en la guerra y la paz vivís unidos.
Vuestra fuerza es la unión. ¡Unión, oh pueblos,
para ser libres y jamás vencidos!
Esta unión, este lazo poderoso
la gran cadena de los Andes sea,
que en fortísimo enlace se dilatan
del uno al otro mar. Las tempestades
del cielo ardiendo en fuego se arrebatan;
erupciones volcánicas arrasan
campos, pueblos, vastísimas regiones,
y amenazan horrendas convulsiones
el globo destrozar desde el profundo:
Ellos, empero, firmes y serenos
ven el estrago funeral del mundo.»

Termina de hablar el Inca; le rodean las vestales que cantan en alabanza del sol:

«¡Oh Padre, oh claro sol! no desampares
este suelo jamás, no estos altares.
Tu vivífico ardor todos los seres
anima y reproduce: por ti viven,
y acción, salud, placer, beldad reciben.

Tú al labrador despiertas,
y a las aves canoras
en tus primeras horas:
Y son tuyos sus cantos matinales.
Por ti siente el guerrero
en amor patrio enardecida el alma,
y al pie de tu ara rinde placentero
su laurel y su palma:
Y tuyos son sus cánticos marciales.

«Fecunda ¡oh sol! tu tierra;
y los males repara de la guerra.
Da a nuestros campos frutos abundosos
aunque niegues el brillo a los metales:
Da naves a los puertos;
pueblos a los desiertos;
a las armas victoria;
alas al genio y a las Musas gloria.»

Terminado el canto de las vírgenes del sol, éstas y Huaina Capac se esconden tras las nubes. El poeta, entonces, arrepentido del audaz vuelo de su imaginación, decide volver a cantar temas bucólicos:

«Dios del Perú, sostén, salva, conforta
el brazo que te venga:
No para nuevas lides sanguinosas,
que miran con horror madres y esposas;
sino para poner a olas civiles
límites ciertos, y que en paz florezcan
de la alma paz los dones soberanos:
Y arredre a sediciosos y a tiranos.
Brilla con nueva luz, rey de los Cielos,
brilla con nueva luz en aquel día
del triunfo que magnífica prepara

a su libertador la patria mía.
¡Pompa digna del Inca y del Imperio
que hoy de su ruina a nuevo ser revive!

«Abre tus puertas opulenta Lima,
abate tus murallas y recibe
al noble triunfador que rodeado
de pueblos numerosos, y aclamado
ángel de la esperanza,
y genio de la paz y de la gloria,
en inefable majestad se avanza.

«Mas ¿cuál audacia te elevó a los cielos,
humilde Musa mía? ¡Oh! no reveles
a los seres mortales
en débil canto arcanos celestiales.
Y ciñan otros la apolínea rama,
y siéntense a la mesa de los dioses,
y los arrulle la parlera fama,
que es la gloria y tormento de la vida.
Yo volveré a mi flauta conocida
libre vagando por el bosque umbrío
de naranjos y opacos tamarindos,
o entre el rosal pintado y oloroso
que matiza la margen de mi río,
o entre risueños campos do en pomposo
trono piramidal y alta corona
la Piña ostenta el cetro de Pomona.
Y me diré feliz si mereciere,
al colgar esta lira en que he cantado
en tono menos dino
la gloria y el destino
del venturoso pueblo americano:

Yo me diré feliz si mereciere
por premio a mi osadía,
una mirada tierna de las Gracias,
y el aprecio y amor de mis hermanos,
una sonrisa de la Patria mía,
y el odio y el furor de los tiranos.»

Poesías

Andrés Bello

1791–1865

Andrés Bello nació en Caracas en 1791. En 1810 fué enviado a Londres con Simón Bolívar para obtener la ayuda de Inglaterra en las luchas de la independencia americana. Permaneció en Inglaterra diez y nueve años dedicados casi exclusivamente a labores intelectuales. En 1829 fué invitado por el gobierno de Chile a colaborar en cuestiones educacionales. Fué el primer rector de la Universidad de Chile; formó una gran escuela de pensadores y de literatos y hoy es considerado como el fundador de la cultura chilena. Como poeta Bello es siempre correcto y medido; predomina en él el concepto clásico de poesía; ha sido fuertemente influenciado por algunos poetas latinos, en especial por Virgilio. En sus *Silvas americanas* nuestra poesía adquiere voz propia, sabor de cosa americana. Bello no es sin embargo un poeta clásico puro; conocedor de los poetas franceses en muchos de sus poemas hay ya un soplo de romanticismo. Ediciones: *Silvas americanas,* Londres, 1826; *Colección de poesías originales,* Caracas, 1870; *Obras completas,* 15 tomos, Santiago de Chile, 1881–1893.

La oración por todos

Imitación de Víctor Hugo

Ve a rezar hija mía. Ya es la hora
de la conciencia y del pensar profundo;
cesó el trabajo afanador, y al mundo
la sombra va a colgar su pabellón.
Sacude el polvo el árbol del camino
al soplo de la noche, y en el suelto

manto de la sutil neblina envuelto
se ve temblar el viejo torreón.

¡Mira! su ruedo de cambiante nácar
el occidente más y más angosta;
y enciende sobre el cerro de la costa
el astro de la tarde su fanal.
Para la pobre cena aderezado
brilla el albergue rústico; y la tarda
vuelta del labrador la esposa aguarda
con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera
uno tras otro fúlgido diamante;
y ya apenas de un carro vacilante
se oye a distancia el desigual rumor.
Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,
y la iglesia, y la choza, y la alquería;
y a los destellos últimos del día
se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda gime: el viento
en la arboleda, el pájaro en el nido,
y la oveja en su trémulo balido,
y el arroyuelo en su correr fugaz.
El día es para el mal y los afanes.
¡He aquí la noche plácida y serena!
El hombre, tras la cuita y la faena,
quiere descanso y oración y paz.

Sonó en la torre la señal; los niños
conversan con espíritus alados;
y los ojos al cielo levantados,
invocan de rodillas al Señor.

Las manos juntas y los pies desnudos,
fe en el pecho, alegría en el semblante,
con una misma voz, a un mismo instante,
al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán; y en leda tropa,
sobre su cuna volarán ensueños,
ensueños de oro, diáfanos, risueños,
visiones que imitar no osó el pincel.
Y ya sobre la tersa frente posan,[1]
ya beben el aliento a las bermejas
bocas, como lo chupan las abejas
a la fresca azucena y al clavel.

Como, para dormirse, bajo el ala
esconde su cabeza el avecilla,
tal la niñez en su oración sencilla
adormece su mente virginal.
¡Oh dulce devoción que reza y ríe!
¡De natural piedad primer aviso!
¡Fragancia de la flor del paraíso!
¡Preludio del concierto celestial!

II

Ve a rezar, hija mía. Y ante todo,
ruega a Dios por tu madre; por aquélla
que te dió el ser, y la mitad más bella
de su existencia ha vinculado en él;
que en su seno hospedó tu joven alma,
de una llama celeste desprendida;
y haciendo dos porciones de la vida,
tomó el acíbar y te dió la miel.

1. *los ensueños*

Ruega después por mí. Más que tu madre
lo necesito yo . . . Sencilla, buena,
modesta como tú, sufre la pena,
y devora en silencio su dolor.
A muchos compasión, a nadie envidia,
la ví tener, en mi fortuna escasa.
Como sobre el cristal la sombra, pasa
sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le [1] son conocidos . . . ¡ni lo sean
a ti jamás! . . . los frívolos azares
de la vana fortuna, los pesares
ceñudos que anticipa la vejez,
de oculto oprobio el torcedor, la espina
que punza a la conciencia delincuente,
la honda fiebre del alma, que la frente
tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mi mal conozco,
conozco el mundo, y sé su alevosía;
y tal vez de mi boca oirás un día
lo que valen las dichas que nos da.
Y sabrás lo que guarda a los que rifan
riquezas y poder: la urna aleatoria,
y que tal vez la senda que a la gloria
guiar parece, a la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma,
y cada instante alguna culpa nueva
arrastra en la corriente que la lleva
con rápido descenso al ataúd.
La tentación seduce; el juicio engaña;
en los zarzales del camino, deja

1. *to her*

alguna cosa cada cual: la oveja
su blanca lana, el hombre su virtud.

Ve hija mía a rezar por mí, y al cielo
pocas palabras dirigir te baste:
«Piedad, Señor, al hombre que criaste;
eres Grandeza; eres Bondad; ¡perdón!»
Y Dios te oirá; que cual del ara santa
sube el humo a la cúpula eminente,
sube del pecho cándido, inocente,
al trono del eterno la oración.

Todo tiende a su fin: a la luz pura
del sol, la planta; el cervatillo atado,
a la libre montaña; el desterrado,
al caro suelo que le vió nacer;
y la avecilla en el frondoso valle,
de los nuevos tomillos al aroma;
y la oración en alas de paloma
a la morada del Supremo Ser.

Cuando por mí se eleva a Dios tu ruego,
soy como el fatigado peregrino,
que su carga a la orilla del camino
deposita, y se sienta a respirar;
porque de tu plegaria el dulce acento
alivia el peso a mi existencia amarga,
y quita de mis hombros esta carga,
que me agobia, de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea,
en esta noche de pavor, el vuelo
de un ángel compasivo, que del cielo
traiga a mis ojos la perdida luz.

Y pura finalmente, como el mármol
que se lava en el templo cada día,
arda en sagrado fuego el alma mía,
como arde el incensario ante la cruz.

III

Ruega, hija, por tus hermanos,
los que contigo crecieron,
y un mismo seno exprimieron,
y un mismo techo abrigó.
Ni por los que te amen sólo
el favor del cielo implores:
por justos y pecadores
Cristo en la cruz expiró.

Ruega por el orgulloso
que ufano se pavonea,
y en su dorada librea,
funda insensata altivez;
y por el mendigo humilde
que sufre el ceño mezquino
de los que beben el vino
porque le dejen la hez.

Por el que de torpes vicios
sumido en profundo cieno,
hace aullar el canto obsceno
de nocturno bacanal;
y por la velada virgen
que en su solitario lecho,
con la mano hiriendo el pecho,
reza el himno sepulcral.

Por el hombre sin entrañas,
en cuyo pecho no vibra
una simpática fibra
al pesar y a la aflicción;
que no da sustento al hambre,
ni a la desnudez vestido,
ni da la mano al caído,
ni da a la injuria perdón.

Por el que en mirar se goza
su puñal de sangre rojo,
buscando el rico despojo,
o la venganza crüel;
y por el que en vil libelo
destroza una fama pura,
y en la aleve mordedura
escupe asquerosa hiel.

Por el que surca animoso
la mar, de peligros llena;
por el que arrastra cadena,
y por su duro señor;
por la razón que leyendo
en el gran libro, vigila;
por la razón que vacila;
por la que abraza el error.

Acuérdate en fin de todos
los que penan y trabajan,
y de todos los que viajan
por esta vida mortal.
Acuérdate aun del malvado
que a Dios blasfemando irrita.
La oración es infinita:
nada agota su caudal.

IV

¡Hija! reza también por los que cubre
la soporosa piedra de la tumba,
profunda sima adonde se derrumba
la turba de los hombres mil a mil:
abismo en que se mezcla polvo a polvo,
y pueblo a pueblo, cual se ve a la hoja
de que al añoso bosque abril despoja,
mezclar las suyas otro y otro abril.

Arrodilla, arrodíllate en la tierra
donde segada en flor yace mi Lola,[1]
coronada de angélica aureola;
do helado duerme cuanto fué mortal;
donde cautivas almas piden preces
que las restauren a su ser primero,
y purguen las reliquias del grosero
vaso, que las contuvo, terrenal.

¡Hija! cuando tú duermes, te sonríes,
y cien apariciones peregrinas
sacuden retozando tus cortinas:
travieso enjambre, alegre, volador.
Y otra vez a la luz abres los ojos,
al mismo tiempo que la aurora hermosa
abre también sus párpados de rosa,
y da a la tierra el deseado albor.

¡Pero esas pobres almas! [2] . . . ¡si supieras
qué sueño duermen! . . . su almohada es fría;
duro su lecho; angélica armonía

1. a daughter of the poet
2. the souls in Purgatory

no regocija nunca su prisión.
No es reposo el sopor que las abruma;
para su noche no hay albor temprano;
y la conciencia, velador gusano,
les roe inexorable el corazón.

Una plegaria, un sólo acento tuyo,
hará que gocen pasajero alivio,
y que de luz celeste un rayo tibio
logre a su oscura estancia penetrar;
que el atormentador remordimiento
una tregua a sus víctimas conceda,
y del aire y el agua y la arboleda
oigan el apacible susurrar.

Cuando en el campo con pavor secreto
la sombra ves, que de los cielos baja,
la nieve que a las cumbres amortaja,
y del ocaso el tinte carmesí:
en las quejas del aire y de la fuente
¿No te parece que una voz retiña?
Una doliente voz que dice: «Niña,
cuando tú reces, ¿rezarás por mí?»

Es la voz de las almas. A los muertos
que oraciones alcanzan, no escarnece
el rebelado arcángel, y florece
sobre su tumba perennal tapiz.
Mas ¡ay! a los que yacen olvidados
cubre perpetuo horror, hierbas extrañas
ciegan su sepultura; a sus entrañas
árbol funesto enreda la raíz.

Y yo también (no dista mucho el día)
huésped seré de la morada oscura,

y el ruego invocaré de un alma pura,
que a mi largo penar consuelo dé.
Y dulce entonces me será que vengas,
y para mí la eterna paz implores,
y en la desnuda losa esparzas flores,
simple tributo de amorosa fe.

¿Perdonarás a mi enemiga estrella
si disipadas fueron una a una
las que mecieron tu mullida cuna
esperanzas de alegre porvenir?
Sí, le perdonarás; y mi memoria
te arrancará una lágrima, un suspiro
que llegue hasta mi lóbrego retiro,
y haga mi helado polvo rebullir.

Obras completas

José María Heredia

1803–1839

Cubano. Fué revolucionario y tuvo que huir a los Estados Unidos. Ocupó más tarde altos puestos en México, y murió en ese país. Hallamos en la obra de Heredia el sentimiento profundo del paisaje americano, una íntima tristeza, una gran suavidad y elaboración subjetiva de las sensaciones, características que determinan la escuela romántica. Véanse las siguientes ediciones: *Poesías,* Nueva York, 1825; *Toluca,* México, 1832; *Poesías líricas,* París, 1892; *Poesías completas,* Habana, 1913.

Al Niágara

Templad mi lira, dádmela, que siento
en mi alma estremecida y agitada
arder la inspiración. ¡Oh! cuánto tiempo
en tinieblas pasó, sin que mi frente
brillase con su luz . . . ! Niágara undoso,
tu sublime terror sólo podría
tornarme el don divino, que ensañada
me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, calla
tu trueno aterrador: disipa un tanto
las tinieblas que en torno te circundan;
déjame contemplar tu faz serena,
y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre
lo común y mezquino desdeñando,

ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
al retumbar sobre mi frente el rayo,
palpitando gocé: vi al Oceano
azotado por austro proceloso
combatir mi bajel, y ante mis plantas
vórtice hirviendo abrir, y amé el peligro.
Mas del mar la fiereza
en mi alma no produjo
la profunda impresión que tu grandeza.
  Sereno corres, majestuoso; y luego
en ásperos peñascos quebrantado,
te abalanzas violento, arrebatado,
como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
de la sirte rugiente
la aterradora faz? El alma mía
en vago pensamiento se confunde
al mirar esa férvida corriente,
que en vano quiere la turbada vista
en su vuelo seguir al borde oscuro
del precipicio altísimo: mil olas,
cual pensamiento rápidas pasando,
chocan, y se enfurecen,
y otras mil y otras mil ya las alcanzan,
y entre espuma y fragor desaparecen.

  ¡Ved! ¡llegan, saltan! El abismo horrendo
devora los torrentes despeñados:
crúzanse en él mil iris, y asordados
vuelven los bosques el fragor tremendo.
En las rígidas peñas
rómpese el agua: vaporosa nube
con elástica fuerza

llena el abismo en torbellino, sube,
gira en torno, y al éter
luminosa pirámide levanta,
y por sobre los montes que le cercan
al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en ti busca mi anhelante vista
con inútil afán? ¿Por qué no miro
al rededor de tu caverna inmensa
las palmas ¡ay! las palmas deliciosas,
que en las llanuras de mi ardiente patria
nacen del sol a la sonrisa, y crecen,
y al soplo de las brisas del Océano,
bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo a mi pesar me viene . . .
Nada ¡oh Niágara! falta a tu destino,
ni otra corona que el agreste pino
a tu terrible majestad conviene.
La palma y mirto y delicada rosa,
muelle placer inspiren y ocio blando
en frívolo jardín: a ti la suerte
guardó más digno objeto, más sublime.
El alma libre, generosa, fuerte,
viene, te ve, se asombra,
el mezquino deleite menosprecia,
y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡Omnipotente Dios! En otros climas
vi monstruos execrables,
blasfemando tu nombre sacrosanto,
sembrar error y fanatismo impío,
los campos inundar con sangre y llanto,
de hermanos atizar la infanda guerra,

y desolar frenéticos la tierra.
Vilos, y el pecho se inflamó a su vista
en grave indignación. Por otra parte
vi mentidos filósofos, que osaban
escrutar tus misterios, ultrajarte,
y de impiedad al lamentable abismo
a los míseros hombres arrastraban.
Por eso te buscó mi débil mente
en la sublime soledad: ahora
entera se abre a ti; tu mano siente
en esta inmensidad que me circunda,
y tu profunda voz hiere mi seno
de este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrente!
¡Cómo tu vista el ánimo enajena
y de terror y admiración me llena!
¿Dó tu origen está? ¿Quién fertiliza
por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
hace que al recibirte
no rebose en la tierra el Oceano?

Abrió el Señor su mano omnipotente;
cubrió tu faz de nubes agitadas,
dió su voz a tus aguas despeñadas,
y ornó con su arco tu terrible frente.
¡Ciego, profundo, infatigable corres,
como el torrente oscuro de los siglos
en insondable eternidad . . . ! Al hombre
huyen así las ilusiones gratas,
los florecientes días,
y despierta al dolor . . . ! ¡Ay! agostada
yace mi juventud; mi faz, marchita;

y la profunda pena que me agita
ruga mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día
mi soledad y mísero abandono
y lamentable desamor . . . ¿Podría
en edad borrascosa
sin amor ser feliz? ¡Oh, si una hermosa
mi cariño fijase,
y de este abismo al borde turbulento
mi vago pensamiento
y ardiente admiración acompañase!
¡Cómo gozara, viéndola cubrirse
de leve palidez, y ser más bella
en su dulce terror, y sonreírse
al sostenerla mis amantes brazos . . .
¡Delirios de virtud! . . . ¡Ay! ¡Desterrado,
sin patria, sin amores,
sólo miro ante mí llanto y dolores!

¡Niágara poderoso!
¡Adiós! ¡adiós! Dentro de pocos años
ya devorado habrá la tumba fría
a tu débil cantor. ¡Duren mis versos
cual tu gloria inmortal! ¡Pueda piadoso
viéndote algún viajero,
dar un suspiro a la memoria mía!
Y al abismarse Febo en occidente,
feliz yo vuele do el Señor me llama,
y al escuchar los ecos de mi fama,
alce en las nubes la radiosa frente.

Poesías líricas

Esteban Echeverría

1805–1851

Este poeta argentino pasa por ser el introductor del romanticismo en América; se educó en Francia y allí formó su gusto artístico; es además el primero en cantar temas genuinamente americanos; no es un gran poeta pero su obra desde el punto de vista histórico-literario es de gran valor; en 1832 publicó su poema *Elvira o la novia del Plata,* de marcada tendencia romántica; en 1834 dió a luz su obra *Los consuelos,* de íntimo sabor; en 1837 publicó sus *Rimas,* colección que contiene su famoso poema *La cautiva.*

Las *Obras completas de Esteban Echeverría,* con notas y explicaciones, y una noticia acerca de la vida del autor, por don Juan María Gutiérrez, fueron publicadas en cinco volúmenes, en Buenos Aires, 1870–1874.

Crepúsculo en el mar

Allá en el horizonte el rey del día
su frente hunde radiosa,
y por el vasto espacio va flotando
su cabellera de oro luminosa.

De arreboles vistosos y cambiantes
se adorna el firmamento,
que entre negros celajes se confunden
en su brillante airoso movimiento.

Y poco a poco sus inmensas alas
la noche va extendiendo,
y con manto de duelo los adornos
y las galas del orbe va cubriendo.

Es la hora en que los tristes corazones
ven la imagen sombría
de la esperanza que los sustentaba,
desvanecerse con la luz del día.

Y la hora en que yo veo de mi vida
la trama deshacerse,
y el porvenir glorioso que la halaga
como el cielo entre sombras esconderse.

En que yo digo adiós a la esperanza
y a los gozos del mundo,
y con incierto paso y sin vigía
marcho por un desierto tremebundo.

En que contemplo mi fugaz aurora
sin lucir disiparse,
y las lozanas flores de mi vida
sin exhalar perfume deshojarse.

En que a la vez mis bellas ilusiones
toman cuerpo, se abultan,
tocan la realidad, y desmayadas
en crepúsculo negro se sepultan.

Obras completas

El pensamiento

Yo soy una flor oscura
de fragancia y hermosura
despojada;
flor sin ningún atractivo
que sólo un instante vivo
acongojada.

Nací bajo mala estrella;
pero me miró una bella
enamorada,
y me llamó: «pensamiento»
y fuí desde aquel momento
flor preciada.

No descuello en los jardines
como los albos jazmines
o las rosas;
pero me buscan y admiran,
me contemplan y suspiran
las hermosas.

Si me mira algún ausente
que de amor la pena siente,
cobra vida;
y es feliz imaginando
que en él estará pensando
su querida.

Yo soy grata mensajera,
que bajo forma hechicera
voy volando,
a llevar nuevas de dicha

al que vive en la desdicha
suspirando.

Símbolo del pensamiento,
del amor y el sentimiento,
mi destino
es deleitar al que adora,
y consolar al que llora
peregrino.

Obras completas

Manuel Acuña

1849–1873

Mexicano. Es el primer poeta romántico de su patria. Su vida breve, apasionada, enferma «del mal del siglo,» terminó en el suicidio. Su obra representa el subjetivismo más exaltado; algunos de sus poemas: *Entonces y hoy, Ante un cadáver, Hojas secas,* figuran en casi todas las antologías mexicanas. Su *Nocturno a Rosario* es el poema más leído por la juventud de Hispanoamérica. Ediciones: *Poesías,* México, 1874; México, 1884; París, 1886; *Nocturnos y otros poemas,* México, 1930.

Nocturno

A Rosario

I

¡Pues bien! yo necesito
decirte que te adoro,
decirte que te quiero
con todo el corazón;
que es mucho lo que sufro,
que es mucho lo que lloro,
que ya no puedo tanto,
y al grito en que te imploro,
te imploro y te hablo en nombre
de mi última ilusión.

II

Yo quiero que tú sepas
que ya hace muchos días
estoy enfermo y pálido
de tanto no dormir;
que ya se han muerto todas
las esperanzas mías;
que están mis noches negras,
tan negras y sombrías,
que ya no sé ni dónde
se alzaba el porvenir.

III

De noche, cuando pongo
mis sienes en la almohada
y hacia otro mundo quiero
mi espíritu volver,
camino mucho, mucho
y al fin de la jornada
las formas de mi madre
se pierden en la nada,
y tú de nuevo vuelves
en mi alma a aparecer.

IV

Comprendo que tus besos
jamás han de ser míos;
comprendo que en tus ojos
no me he de ver jamás;
y te amo, y en mis locos
y ardientes desvaríos

bendigo tus desdenes,
adoro tus desvíos,
y en vez de amarte menos,
te quiero mucho más.

V

A veces pienso en darte
mi eterna despedida,
borrarte en mis recuerdos
y hundirte en mi pasión;
mas si es en vano todo
y el alma no te olvida,
¿qué quieres tú que yo haga,
pedazo de mi vida;
qué quieres tú que yo haga
con este corazón?

VI

Y luego que ya estaba
concluído tu santuario,
tu lámpara encendida,
tu velo en el altar,
el sol de la mañana
detrás del campanario,
chispeando las antorchas,
humeando el incensario,
y abierta allá a lo lejos
la puerta del hogar . . .

VII

¡Qué hermoso hubiera sido
vivir bajo aquel techo,

los dos unidos siempre
y amándonos los dos;
tú siempre enamorada,
yo siempre satisfecho,
los dos una sola alma,
los dos un solo pecho,
y en medio de nosotros
mi madre como un Dios!

VIII

¡Figúrate qué hermosas
las horas de esa vida!
¡Qué dulce y bello el viaje
por una tierra así!
Y yo soñaba en eso,
mi santa prometida;
y al delirar en eso
con alma estremecida,
pensaba yo en ser bueno
por ti, no más por ti.

IX

Bien sabe Dios que ése era
mi más hermoso sueño,
mi afán y mi esperanza,
mi dicha y mi placer;
Bien sabe Dios que en nada
cifraba yo mi empeño,
sino en amarte mucho
bajo el hogar risueño
que me envolvió en sus besos
cuando me vió nacer.

X

Esa era mi esperanza . . .
mas ya que a sus fulgores
se opone el hondo abismo
que existe entre los dos:
¡Adiós por la vez última,
amor de mis amores;
la luz de mis tinieblas,
la esencia de mis flores;
mi lira de poeta,
mi juventud, adiós!

Poesías

Juan Zorrilla de San Martín

1857–1931

Juan Zorrilla de San Martín nació en el Uruguay e hizo sus estudios en Chile; fué el patriarca de los poetas de su tiempo. Es más conocido por su poema *Tabaré,* aunque ha escrito otros de no menos importancia tales como *La leyenda patria;* como poeta se asemeja bastante a Bécquer y algo a Zorrilla, el español; ha escrito varias obras en prosa.

Ediciones: *Notas de un himno,* Chile, 1877; *Tabaré,* París, 1888; *La leyenda patria,* 1879.

Tabaré

FRAGMENTOS

Tabaré es hijo de una española y de un cacique charrúa; queda huérfano de madre siendo niño; en la primavera de su vida encuentra Tabaré a una joven española de inaudita belleza, Blanca; a pesar de que odia a los españoles, se enamora perdidamente de Blanca, recuerdo precioso de la belleza y la dulzura de su propria madre; por ella Tabaré se convierte al cristianismo y acepta la cultura y las costumbres de los españoles. Yamandú, otro indio, desea a Blanca y la rapta. Tabaré la salva, dando muerte a Yamandú, pero el hermano de Blanca cree que Tabaré es el raptor y le da muerte, antes de averiguar los hechos.

Tabaré canta a Blanca por primera vez

«Era así como tú . . . blanca y hermosa;
era así . . . como tú.
Miraba con tus ojos, y en tu vida
puso su luz.

«Yo la ví sobre el cerro de las sombras
pálida y sin color;
el indio niño no besó a su madre . . .
¡No la lloró!

«Las avispas de fuego de las nubes,
ellas brillaron más;
pero el hogar del indio se apagaba,
su dulce hogar.

«Han pasado más fríos que dos veces
mis manos y mis pies . . .
Sólo en las horas lentas yo la veo
como cuerpo que fué.

«Hoy vive en tu mirada transparente
y en el espacio azul . . .
Era así como tú la madre mía,
blanca y hermosa . . . ¡pero no eres tú!»

Tabaré después de dar muerte a Yamandú habla a Blanca, presintiendo su próximo fin. En seguida la conduce al campamento de los españoles, donde es muerto.

«No se abrirá dos veces con la aurora
la flor del guabiyú;
no mojarán dos lunas en el río
su temblorosa luz.

«Y ya el charrúa el sueño que no acaba
comenzará a dormir,
pues siente ya en sus huesos mucho frío . . .
¡El frío de morir!

«¿Oyes el canto? Ya anda entre las ramas
con su canto el urú:
el pájaro que anuncia las auroras
y llora por la luz.

«¿No lo sientes? Es triste como el indio,
dulce como el sabiá . . .
¡No hieras, virgen, al salvaje enfermo
que la noche sin lunas va a cruzar!

«La noche sin auroras y sin cantos,
donde corren sin fin
las almas perseguidas, que aspiraron
la flor del curupí.

«Sólo una vida tiene, una tan sólo
el indio para ti;
Tú no dirás su nombre dulcemente.
El volverá a morir,

«Allá en el bosque donde el astro hermoso
nunca se ve asomar,
donde vuelan los pájaros obscuros
que no duermen jamás;

«Donde duerme la madre del charrúa
tan blanca como tú;
donde los fuegos de su hogar primero
brillaron con su luz.

«Nadie dirá con llanto de ternura:
¡Ha muerto Tabaré!
Nadie verá los huesos con tristeza,
de mi cuerpo que fué;

«Mas la ligera madre del venado
herido en el chircal,
sobre los huesos del cacique muerto
por el venado herido balará.

«Vamos con tus hermanos. A su selva
el indio volverá.
Su raza ha muerto; se apagaron todos
los fuegos de su hogar.

«Ya siento el sueño negro que no acaba
en mis huesos correr;
vamos hasta el hogar de tus hermanos:
allí te dejaré.»

Muerte de Tabaré

«Cuando al fondo del soto
el anciano llegó con los guerreros,
Tabaré, con el pecho atravesado,
yacía inmóvil, en su sangre envuelto.

«La espada del hidalgo
goteaba sangre que regaba el suelo;
Blanca lanzaba clamorosos gritos . . .
Tabaré no se oía . . . Del aliento

«De su vida quedaba
un estertor apenas, que sus miembros
extendidos en tierra recogía,
y que en breve cesó . . . Pálido, trémulo,

«Inmóvil don Gonzalo,
que aun oprimía el sanguinoso acero,

miraba a Blanca que, poblando el aire
de gritos de dolor, contra su seno

«Estrechaba al charrúa
que dulce la miró, pero de nuevo
tristemente cerró para no abrirlos,
los apagados ojos en silencio.

«El indio oyó su nombre,
al derrumbarse en el instante eterno.
Blanca desde la tierra lo llamaba,
lo llamaba por fin, pero de lejos.

«Ya Tabaré a los hombres
ese postrer ensueño
no contará jamás . . . Está callado,
callado para siempre, como el tiempo,
como su raza,
como el desierto,
como tumba que el muerto ha abandonado:
¡Boca sin lengua, eternidad sin cielo!»

Fin

Ahogada por las sombras,
la tarde va a morir, vagos lamentos
vienen de los lejanos horizontes
a estrecharse en el aire entre los ceibos.

Cuelgan entre los árboles del bosque
tules amarillentos,
cuelgan entre los árboles los últimos
lampos de luz como sudarios trémulos.

La luz y las tinieblas en los aires
batallan un momento;
extraña y negra forma cobra el bosque . . .
La noche sin aurora está en su seno.

Y cual se oyen gotear tras de la lluvia,
después que cesa el viento,
las empapadas ramas de los árboles
o los mojados techos,

Brotan del bosque en que el callado grupo
está en la densa oscuridad envuelto,
ya un metálico golpe en la armadura
del capitán o de un arcabucero;

Ya un sollozo de Blanca, aun abrazada
de Tabaré con el inmóvil cuerpo,
o una palabra trémula o solemne
de la oración del monje por los muertos.

Comentario sobre la poesía gauchesca

La poesía que comentamos en esta sección es sólo una parte de la literatura *gauchesca,* que posee también novela y teatro. El *gaucho* es el jinete errante de las pampas argentinas. El origen de la palabra *gaucho* es dudoso. Rodolfo Lenz dice que viene de las voces araucanas *cauchu,* vagabundo, y *cachú,* amigo, pero como un escritor argentino da treinta etimologías de la palabra, pudiera ser que Lenz se hubiera equivocado. Sobre este tipo de hombre mestizo cuya existencia conocemos desde fines del siglo XVIII se han escrito muchos poemas narrativos, unos en una jerga especial que se cree típica y otros en buen español. Estos poemas describen la vida del *gaucho,* sus amores, sus sufrimientos, sus hazañas de tosco caballero andante, sus luchas con la policía, su pericia en el arte de la guitarra, su muerte. El poema representativo de lo que nosotros hemos llamado «mester de gauchería» es *Martín Fierro,* visión de un momento de la historia rural argentina en que la civilización empieza a destruir lo que Sarmiento llamó la barbarie. *Martín Fierro* logra mantener a través de centenares de estrofas su interés narrativo; su estilo es animado y gracioso; su valor humano, de relativa importancia. Estamos muy lejos de creer, como lo hace Miguel de Unamuno, que *Martín Fierro* pueda figurar al lado de los grandes poemas épicos, por la sencilla razón de que no es ni grande ni épico, pero sí creemos que debe ocupar un lugar seguro en la poesía popular; que debe ser para nosotros en América algo así como el romancero para los españoles.

Lecturas complementarias:

Ascásubi, Hilario, *Santos Vega*
Del Campo, Estanislao, *Fausto*
Gutiérrez, Juan María, *Los amores del payador*
Gutiérrez, Ricardo, *Lázaro. La fibra salvaje*
Hernández, José, *La vuelta de Martín Fierro*
Hidalgo, Bartolomé, *Diálogos de Chano y Contreras*
Mitre, Bartolomé, *A Santos Vega*

José Hernández

1834–1886

Argentino. Fué periodista, soldado y político. Nació en la provincia de Buenos Aires y vivió varios años en el campo donde pudo conocer a fondo la psicología del gaucho. Su poema *Martín Fierro,* en que narra la vida y aventuras de un *gaucho* de este nombre, se ha hecho famosísimo en todo el mundo de habla hispana y podría considerarse como el arquetipo de esta literatura. Hay varias ediciones de *Martín Fierro.* La primera es la de 1872. *La vuelta de Martín Fierro,* 1879. Véase: Eleuterio F. Tiscornia: *Martín Fierro* y *La lengua de Martín Fierro.* Traducciones al inglés: *The Gaucho Martín Fierro,* por Walter Owen, Oxford, B. Blackwell, 1935.

Martín Fierro

I

Aquí me pongo a cantar
al compás de la *vigüela,*
que el hombre que lo desvela
una pena extraordinaria,
como la ave solitaria
con el cantar se consuela.

Pido a los santos del Cielo
que ayuden mi pensamiento,
les pido en este momento
que voy a cantar mi historia

me refresquen la memoria
y aclaren mi entendimiento.

Vengan Santos milagrosos,
vengan todos en mi ayuda,
que la lengua se me añuda,
y se me turba la vista;
pido a mi Dios que me asista
en esta ocasión tan ruda.

Yo he visto muchos cantores,
con famas bien obtenidas,
y que después de adquiridas,
no las quieren sustentar:
parece que sin largar
se cansaron en partidas.[1]

Mas *ande* otro criollo pasa
Martín Fierro ha de pasar,
nada lo hace recular
ni las fantasmas lo espantan,
y *dende* que todos cantan
yo también quiero cantar.

Cantando me he de morir,
cantando me han de enterrar,
y cantando he de llegar
al pie del Eterno Padre,
dende el vientre de mi madre
vine a este mundo a cantar.

Que no se trabe mi lengua
ni me falte la palabra,

1. *it seems that they grew tired before they started*

el cantar mi gloria labra
y poniéndome a cantar,
cantando me han de encontrar
aunque la tierra se abra.

Me siento en el plan de un bajo
a cantar un argumento,
como si soplara el viento
hago tiritar los pastos;
con oros, copas y bastos [1]
juega allí mi pensamiento.

Yo no soy cantor *letrao,*
mas si me pongo a cantar
no tengo cuando acabar
y me envejezco cantando;
las coplas me van brotando
como agua de manantial.

Con la guitarra en la mano
ni las moscas se me arriman,
naides me pone el pie encima,
y cuando el pecho se entona,
hago gemir a la prima
y llorar a la bordona.

Yo soy toro en mi rodeo
y torazo en rodeo ajeno,
siempre me tuve por *güeno*
y si me quieren probar,
salgan otros a cantar
y veremos quién es menos.

1. Reference to playing cards: *my thought is ever turning to pretty things*

No me hago al *lao* de la *güeya*
aunque vengan degollando,[1]
con los blandos yo soy blando
y soy duro con los duros,
y ninguno en un apuro
me ha visto andar titubeando.

En el peligro ¡qué Cristos!
el corazón se me ensancha,
pues toda la tierra es *cancha,*
y de esto *naides* se asombre,
el que se tiene por hombre
ande quiera hace pata ancha.

Soy gaucho, y entiendanló
como mi lengua lo explica,
para mí la tierra es chica
y pudiera ser mayor,
ni la víbora me pica
ni quema mi frente el sol.

Nací como nace el peje
en el fondo de la mar,
naides me puede quitar
aquello que Dios me dió,
lo que al mundo *truje* yo
del mundo lo he de llevar.

Mi gloria es vivir tan libre
como el pájaro del cielo,
no hago nido en este suelo
ande hay tanto que sufrir;

1. *Even if the enemy comes and kills everybody, I won't step aside*

y *naides* me ha de seguir
cuando yo remonte el vuelo.

Yo no tengo en el amor
quien me venga con querellas,
como esas aves tan bellas
que saltan de rama en rama,
yo hago en el trébol mi cama,
y me cubren las estrellas.

Y sepan cuantos escuchan
de mis penas el relato
que nunca peleo ni mato
sino por necesidá;
y que a tanta *alversidá*
sólo me arrojó el mal trato.

Y atiendan la relación
que hace un gaucho perseguido,
que fué buen padre y marido
empeñoso y diligente,
y sin embargo la gente
lo tiene por un bandido.

Martín Fierro

Rafael Obligado

1851–1920

Argentino. Poeta romántico y aficionado a los temas gauchescos; sigue las huellas de Echeverría, el introductor del romanticismo en Argentina. En los poemas de Obligado se encuentra la naturaleza fielmente descrita y sus motivos líricos son leyendas campestres e inocentes idilios. Es un poeta fácil, sencillo, dulce, de poca trascendencia. Sus poemas más conocidos son: *La pampa, La flor del seibo, El nido de boyeros, El hogar paterno, Santos Vega.* Ediciones: *Versos infantiles,* Buenos Aires, 1882; *Poesías,* Buenos Aires, 1885; *Santos Vega,* Buenos Aires, 1885; *Poesías,* Buenos Aires, 1906 y 1923.

La muerte del payador

Bajo el ombú corpulento,
de las tórtolas amado,
porque su nido han labrado
allí al amparo del viento;
en el amplísimo asiento
que la raíz desparrama,
donde en las siestas la llama
de nuestro sol no se allega,
dormido está Santos Vega,
aquél de la larga fama.

En los ramajes vecinos
ha colgado, silenciosa,
la guitarra melodiosa
de los cantos argentinos;
al pasar los campesinos
ante Vega se detienen;
en silencio se convienen
a guardarle allí dormido;
y hacen señas no hagan ruido
los que están a los que vienen.

El más viejo se adelanta
del grupo inmóvil, y llega
a palpar a Santos Vega,
moviendo apenas la planta.
Una morocha que encanta
por su aire suelto y travieso,
causa eléctrico embeleso
porque, gentil y bizarra,
se aproxima a la guitarra
y en las cuerdas pone un beso.

Turba entonces el sagrado
silencio que a Vega cerca,
un jinete que se acerca
a la carrera lanzado;
retumba el desierto hollado
por el casco volador;
y aunque el grupo, en su estupor,
contenerlo pretendía,
llega, salta, lo desvía,
y sacude al payador.

No bien el rostro sombrío
de aquel hombre mudos vieron,
horrorizados, sintieron
temblar las carnes de frío;
miró en torno con bravío
y desenvuelto ademán,
y dijo: «Entre los que están
no tengo ningún amigo,
pero, al fin, para testigo
lo mismo es Pedro que Juan.»

Alzó Vega la alta frente,
y lo contempló un instante,
enseñando en el semblante
cierto hastío indiferente.
«Por fin,—dijo fríamente
el recién llegado,—estamos
juntos los dos y encontramos
la ocasión, que éstos provocan,
de saber cómo se chocan
las canciones que cantamos.»

Así, diciendo, enseñó
una guitarra en sus manos,
y en los raigones cercanos,
preludiando se sentó.
Vega entonces sonrïó,
y al volverse al instrumento,
la morocha hasta su asiento
ya su guitarra traía,
con un gesto que decía:
«La he besado hace un momento.»

Juan Sin Ropa (se llamaba
Juan Sin Ropa el forastero)
comenzó por un ligero
dulce acorde que encantaba,
y con voz que modulaba
blandamente los sonidos,
cantó tristes nunca oídos,
cantó cielos no escuchados,
que llevaban, derramados,
la embriaguez a los sentidos.

Santos Vega oyó suspenso
al cantor; y toda inquieta,
sintió su alma de poeta
con un aleteo inmenso.
Luego en un preludio intenso,
hirió las cuerdas sonoras,
y cantó de las auroras
y las tardes pampeanas,
endechas americanas
más dulces que aquellas horas.

Al dar Vega fin al canto,
ya una triste noche oscura,
desplegaba en la llanura
las tinieblas de su manto.
Juan Sin Ropa se alzó en tanto,
bajo el árbol se empinó,
un verde gajo tocó,
y tembló la muchedumbre,
porque, echando roja lumbre,
aquel gajo se inflamó.

Chispearon sus miradas,
y torciendo el talle esbelto,

fué a sentarse, medio envuelto,
por las rojas llamaradas.
¡Oh, qué voces levantadas
las que entonces se escucharon!
¡Cuántos ecos despertaron
en la Pampa misteriosa,
a esa música grandiosa
que los vientos se llevaron!

Era aquélla esa canción
que en el alma sólo vibra,
modulada en cada fibra
secreta del corazón;
el orgullo, la ambición,
los más íntimos anhelos,
los desmayos y los vuelos
del espíritu genial
que va, en pos del ideal,
como el cóndor a los cielos.

Era el grito poderoso
del progreso, dado al viento;
el solemne llamamiento
al combate más glorioso.
Era en medio del reposo
de la Pampa, ayer dormida,
la visión ennoblecida
del trabajo, antes no honrado;
la promesa del arado
que abre cauces a la vida.

Como en mágico espejismo,
al compás de ese concierto,
mil ciudades el desierto
levantaba de sí mismo.

Y a la par que en el abismo
una edad se desmorona,
al conjuro, en la ancha zona
derramábase la Europa,
que sin duda Juan Sin Ropa
era la ciencia en persona.

Oyó Vega embebecido
aquel himno prodigioso,
e inclinando el rostro hermoso,
dijo: «Sé que me has vencido.»
El semblante humedecido
por nobles gotas de llanto,
volvió a la joven, su encanto,
y en los ojos de su amada
clavó una larga mirada,
y entonó su postrer canto:

«Adiós, luz del alma mía,
adiós, flor de mis llanuras,
manantial de las dulzuras
que mi espíritu bebía;
adiós, mi única alegría,
dulce afán de mi existir;
Santos Vega se va a hundir
en lo inmenso de esos llanos . . .
¡Lo han vencido! ¡Llegó, hermanos
el momento de morir!»

Aun sus lágrimas cayeron
en la guitarra copiosas,
y las cuerdas temblorosas
a cada gota gimieron;
pero súbito cundieron

del gajo ardiente las llamas,
y trocado entre las ramas
en serpiente, Juan Sin Ropa,
arrojó de la alta copa
brillante lluvia de escamas.

Ni aun cenizas en el suelo
de Santos Vega quedaron,
y los años dispersaron
los testigos de aquel duelo;
pero un viejo y noble abuelo,
así el cuento terminó:
«Y si cantando murió
aquél que vivió cantando,
fué, decía suspirando,
porque el diablo lo venció.»

Poesías

Comentario sobre la poesía modernista

En el último tercio del siglo pasado se opera una verdadera renovación literaria en América. Poetas como Zenea, Justo Sierra y Pérez Bonalde preparan una nueva modalidad poética que facilita el advenimiento del modernismo. José Martí, Julián del Casal, Manuel Gutiérrez Nájera y José Asunción Silva son los precursores de este movimiento que se caracteriza por la elegancia musical o pictórica de su forma y el exotismo de sus motivos. José Martí es el primer renovador de la prosa castellana en el siglo XIX; Gutiérrez Nájera es el de la fórmula: «pensamientos franceses en versos españoles»; Silva, el exquisito discípulo de Verlaine y de Poe; del Casal, el imitador de Baudelaire. Rubén Darío es el jefe de la escuela modernista y el gran poeta de América. Todo su verbo es música, armonía interna, como él dijo. Darío es, después de Góngora, el poeta de más trascendencia para las letras castellanas: es el gran renovador de la lírica, el absoluto dominador del idioma poético. Darío cultivó todas las formas líricas españolas e introdujo algunas nuevas, como también símbolos e imágenes desconocidos.

El modernismo es la primera escuela literaria que se funda en América. Formado por múltiples corrientes ideológicas y estéticas, el modernismo se resuelve en un sano americanismo, una renovación del clasicismo español y un inquieto cosmopolitismo. De América pasa a España y se establece desde ese momento una corriente de influencias recíprocas entre la madre patria y sus antiguas colonias. Y puede asegurarse que poetas de la

talla de Salvador Rueda, Juan Ramón Jiménez, Manuel Machado y Francisco Villaespesa son discípulos de Darío.

El modernismo es cultivado por una docena de excelentes poetas que aparecen en esta antología entre los nombres de José Martí y Enrique Banchs. Los demás representan variadas tendencias que bien pudieran agruparse bajo el título de post-modernismo.

Lecturas complementarias—poemas de:

Premodernismo
Othón, Manuel José

Modernismo
Amador, Fernán Félix de
Blanco Fombona, Rufino
Magallanes Moure, Manuel

Post-modernismo
Arenales, Ricardo
Borges, Jorge Luis
Eguren, José María
Fernández Moreno
Guillén, Nicolás
Huidobro, Vicente
López, Luis Carlos
Neruda, Pablo
Sabat Ercasty, Carlos
Torres-Ríoseco, Arturo
Vaz Ferreira, María Eugenia

Salvador Díaz Mirón

1853–1928

Mexicano. Ha sido considerado por la crítica como discípulo de Byron y de Víctor Hugo pero tiene más semejanza con Góngora y Quevedo que con los grandes románticos. Fué en su vida hombre rebelde y apasionado y su arte rechaza todo esfuerzo de clasificación. Al principio su poesía es la típica del romanticismo pero luego castiga su estilo, lima, pule, y se esconde detrás de una forma rígida y austera. Cronológicamente es modernista, como también por su deseo de hacer poesía siempre renovada. Díaz Mirón es, junto a Gutiérrez Nájera, Nervo y González Martínez, uno de los grandes poetas de México. Ediciones: *Poesías,* México, 1886; *Poesías,* Nueva York, 1895; *Lascas,* Xalapa, 1901; *Poemas,* México, 1918; *Lascas,* Madrid, 1920.

Música fúnebre

Mi corazón percibe, sueña y presume.
Y como envuelta en oro tejido en gasa,
la tristeza de Verdi suspira y pasa
en la cadencia fina como un perfume.

Y frío de alta zona hiela y entume;
y luz de sol poniente colora y rasa;
y fe de gloria empírea pugna y fracasa,
como en ensayos torpes un ala implume.

El sublime concierto llena la casa;
y en medio de la sorda y estulta masa,
mi corazón percibe, sueña y presume.

Y como envuelta en oro tejido en gasa,
la tristeza de Verdi suspira y pasa
en la cadencia fina como un perfume.

Lascas

A ella

Semejas esculpida en el más fino
hielo de cumbre sonrojado al beso
del Sol, y tienes ánimo travieso,
y eres embriagadora como el vino.

Y mientes: no imitaste al peregrino
que cruza un monte de penoso acceso,
y párase a escuchar con embeleso
un pájaro que canta en el camino.

Obrando tú como rapaz avieso,
correspondiste con la trampa el trino,
por ver mi pluma y torturarme preso.

No así el viandante que se vuelve a un pino
y párase a escuchar con embeleso
un pájaro que canta en el camino.

Lascas

Canción

Cautivo un gorrión estaba,
y de un astro se prendó;
y en su música decía:
«llegue a ti mi dulce voz.»

Por azar, o por astucia,
el pajarillo escapó;
y al cielo se fué trinando:
«alas tengo y libre soy.»

Y el ave a la rica estrella
pudo subir, y cantó:
«ni cadenas ni distancias
vedan triunfos al amor.»

Lascas

José Martí

1853–1895

Cubano. Es una de las figuras más grandes del continente; es el héroe máximo de la nación cubana. Su prosa rítmica, llena de imágenes nuevas y vigorosas, puso fin al estilo académico, rígido, de períodos largos. Su poesía, sencilla, pura y musical, anuncia el modernismo. Martí, como Bécquer en España, supo expresar las más íntimas emociones en la forma clara de su verso. Ediciones: *Ismaelillo,* Nueva York, 1882; *Versos sencillos,* Nueva York, 1891; *Obras,* Habana, 1910.

La niña de Guatemala

Quiero, a la sombra de un ala,
contar este cuento en flor:
La niña de Guatemala,
la que se murió de amor.
Eran de lirios los ramos,
y las orlas de reseda
y de jazmín: la enterramos
en una caja de seda.
. . . Ella dió al desmemoriado
una almohadilla de olor:
El volvió, volvió casado . . .
Ella se murió de amor.
Iban cargándola en andas
obispos y embajadores;
detrás iba el pueblo en tandas

todo cargado de flores.
. . . Ella por volverlo a ver,
salió a verlo al mirador:
Él volvió con su mujer;
ella se murió de amor.
Como de bronce candente
al beso de despedida
era su frente—la frente
que más he amado en mi vida.
. . . Se entró de tarde en el río,
la sacó muerta el doctor:
Dicen que murió de frío;
yo sé que murió de amor.
Allí, en la bóveda helada
la pusieron en dos bancos:
Besé su mano afilada,
besé sus zapatos blancos.
Callado, al obscurecer
me llamó el enterrador:
Nunca más he vuelto a ver
a la que murió de amor.

Versos sencillos

Manuel Gutiérrez Nájera

1859–1895

Mexicano. Ha sido llamado «poeta de la gracia,» y en verdad pocos poetas se han expresado de una manera tan íntima, tan suave, tan hondamente subjetiva. Su prosa es ágil, nerviosa, llena de color y movimiento. El fondo de sus poemas es de un claro idealismo, la forma cálidamente sensual. Fué un romántico perfecto, pero ensayó nuevas formas de expresión y por eso le clasificamos entre los precursores del movimiento modernista. Ediciones: *Poesías,* México, 1896; París, 1909.

Mariposas

Ora blancas cual copos de nieve,
ora negras, azules o rojas,
en miriadas esmaltan el aire
y en los pétalos frescos retozan.
Leves saltan del cáliz abierto,
como prófugas almas de rosas,
y con gracia gentil se columpian
en sus verdes hamacas de hojas.
Una chispa de luz les da vida,
y una gota al caer las ahoga;
aparecen al claro del día,
y ya muertas las halla la sombra.

¿Quién conoce sus nidos ocultos?
¿En qué sitio de noche reposan?
Las coquetas no tienen morada . . .

Las volubles no tienen alcoba . . .
Nacen, aman, y brillan y mueren,
en el aire al morir se transforman,
y se van, sin dejarnos su huella,
cual de tenue llovizna las gotas.
Tal vez unas en flores se truecan,
y llamadas al cielo las otras,
con millones de alitas compactas
el arco-iris espléndido forman.
Vagabundas, ¿en dónde está el nido?
Sultanita, ¿qué harem te aprisiona?
¿A qué amante prefieres, coqueta?
¿En qué tumba dormís, mariposas?

Así vuelan y pasan y expiran
las quimeras de amor y de gloria,
esas alas brillantes del alma,
ora blancas, azules o rojas . . .
¿Quién conoce en qué sitio os perdisteis,
ilusiones que sois mariposas?
¡Cuán ligero voló vuestro enjambre
al caer en el alma la sombra!
Tú, la blanca, ¿por qué ya no vienes?
¿No eras fresco azahar de mi novia?
Te formé con un grumo del cirio
que de niño llevé a la parroquia;
eras casta, creyente, sencilla,
y al posarte temblando en mi boca,
murmurabas, heraldo de goces:
«¡Ya está cerca tu noche de bodas!»

¡Ya no viene la blanca, la buena!
¡Ya no viene tampoco la roja,
la que en sangre teñí, beso vivo,

al morder unos labios de rosa!
Ni la azul que me dijo: ¡poeta!
¡Ni la de oro, promesa de gloria!
Ha caído la tarde en el alma:
es de noche . . . ya no hay mariposas.
Encended ese cirio amarillo . . .
Ya vendrán en tumulto las otras,
las que tienen las alas muy negras
y se acercan en fúnebre ronda . . .
Compañeras, la cera está ardiendo;
compañeras, la pieza está sola . . .
¡Si por mi alma os habéis enlutado,
venid pronto, venid mariposas!

Poesías

Mis enlutadas

Descienden taciturnas las tristezas
al fondo de mi alma,
y entumecidas, haraposas brujas,
con uñas negras
mi vida escarban.

De sangre es el color de sus pupilas,
de nieve son sus lágrimas;
hondo pavor infunden . . . yo las amo
por ser las solas
que me acompañan.

Aguárdolas ansioso si el trabajo
de ellas me separa,
y búscolas en medio del bullicio,
y son constantes,
y nunca tardan.

En las fiestas, a ratos se me pierden
o se ponen la máscara,
pero luego las hallo, y así dicen:
—¡Ven con nosotras!
—¡Vamos a casa!

Suelen dejarme cuando sonrïendo
mis pobres esperanzas,
como enfermitas ya convalecientes,
salen alegres
a la ventana.

Corridas huyen, pero vuelven luego
y por la puerta falsa
entran trayendo como nuevo huésped
alguna triste,
lívida hermana.

Ábrese a recibirlas la infinita
tiniebla de mi alma,
y van prendiendo en ella mis recuerdos
cual tristes cirios
de cera pálida.

Entre esas luces, rígido, tendido,
mi espíritu descansa;
y las tristezas, revolando en torno,
lentas salmodias
rezan y cantan.

Escudriñan del húmedo aposento
rincones y covachas,
el escondrijo do guardé cuitado
todas mis culpas,
todas mis faltas.

Y urgando mudas, como hambrientas lobas,
las encuentran, las sacan,
y volviendo a mi lecho mortüorio
me las enseñan
y dicen: habla.

En lo profundo de mi ser bucean,
pescadoras de lágrimas,
y vuelven mudas con las negras conchas
en donde brillan
gotas heladas.

A veces me revuelvo contra ellas
y las muerdo con rabia,
como la niña desvalida y mártir
muerde a la harpía
que la maltrata.

Pero en seguida, viéndose impotente,
mi cólera se aplaca,
¿Qué culpa tienen, pobres hijas mías,
si yo las hice
con sangre y alma?

Venid, tristezas de pupila turbia,
venid, mis enlutadas,
las que viajáis por la infinita sombra,
donde está todo
lo que se ama.

Vosotras no engañáis: venid, tristezas,
¡Oh mis criaturas blancas
abandonadas por la madre impía,
tan embustera,
por la esperanza!

Venid y habladme de las cosas idas,
de las tumbas que callan,
de muertos buenos y de ingratos vivos . . .
voy con vosotras,
vamos a casa.

Poesías

Julián del Casal

1863–1893

Cubano. Se condensan en este poeta las características de las tres escuelas líricas del siglo diez y nueve: el romanticismo, con sus deseos insatisfechos y su gran inquietud; la tendencia parnasiana, con su perfección en la forma, y el simbolismo, con su vaguedad metafísica y su música. La forma de los poemas de Julián del Casal ha sido seriamente trabajada; algunas veces la emoción pierde su intensidad pero el poeta se salva por su imaginación y buen gusto. Para olvidar la realidad circundante del Casal se formó un mundo artificial poblado de visiones orientales y de refinamientos exquisitos. Tiene este poeta curiosas semejanzas con Carlos Baudelaire y con Oscar Wilde. A los tres les cae bien la definición de «decadentes.» Ediciones: *Hojas al viento,* Habana, 1890; *Nieve,* Habana, 1892; *Bustos y Rimas,* Habana, 1893; *Poesías escogidas,* Madrid, 1917.

Nostalgias

I

Suspiro por las regiones
donde vuelan los alciones
sobre el mar,
y el soplo helado del viento
parece en su movimiento
sollozar;

donde la nieve que baja
del firmamento, amortaja
el verdor
de los campos olorosos
y de ríos caudalosos
el rumor;
donde ostenta siempre el cielo,
a través de aéreo velo,
color gris,
es más hermosa la luna
y cada estrella más que una
flor de lis.

II

Otras veces sólo ansío
bogar en firme navío
a existir
en algún país remoto,
sin pensar en el ignoto
porvenir.
Ver otro cielo, otro monte,
otra playa, otro horizonte,
otro mar,
otros pueblos, otras gentes
de maneras diferentes
de pensar.
¡Ah! si yo un día pudiera,
con qué júbilo partiera
para Argel,
donde tiene la hermosura
el color y la frescura
de un clavel.
Después fuera en caravana
por la llanura africana

bajo el sol
que, con sus vivos destellos,
pone un tinte a los camellos
tornasol.
Y cuando el día expirara
mi árabe tienda plantara
en mitad
de la llanura ardorosa,
inundada de radiosa
claridad.
Cambiando de rumbo luego,
dejar el país del fuego
para ir
hasta el imperio florido
en que el opio da el olvido
del vivir.
Vegetar allí contento
de alto bambú corpulento
junto al pie,
o aspirando en rica estancia
la embriagadora fragancia
que da el té.
De la luna al claro brillo
iría al río Amarillo
a esperar
la hora en que, el botón roto,
comienza la flor del loto
a brillar.
A mi vista deslumbrara
tanta maravilla rara
que el buril
de artista, ignorado y pobre,
graba en sándalo o en cobre
o en marfil.

Cuando tornara el hastío
en el espíritu mío
a reinar,
cruzando el inmenso piélago
fuera al taitiano archipiélago
a encallar.
A aquél en que vieja historia
asegura mi memoria
que se ve
el lago en que un hada peina
los cabellos de la reina
Pomaré.
Así errabundo viviera
sintiendo toda quimera
rauda huír,
y hasta olvidando la hora
incierta y aterradora
de morir.

III

Mas no parto. Si partiera,
al instante yo quisiera
regresar.
¡Ay! ¿Cuándo querrá el Destino
que yo pueda en mi camino
reposar?

Nieve

Rondeles

I

De mi vida misteriosa,
tétrica y desencantada,
oirás contar una cosa
que te deje el alma helada.
Tu faz de color de rosa
se quedará demacrada,
al oír la extraña cosa
que te deje el alma helada.
Mas sé para mí piadosa,
si de mi vida ignorada,
cuando yo duerma en la fosa,
oyes contar una cosa
que te deje el alma helada.

II

Quizás sepas algún día
el secreto de mis males,
de mi honda melancolía
y de mis tedios mortales.
Las lágrimas a raudales
marchitarán tu alegría,
si a saber llegas un día
el secreto de mis males.

III

Quisiera de mí alejarte,
porque me causa la muerte
con la tristeza de amarte

el dolor de comprenderte.
Mientras pueda contemplarte
me ha de deparar la suerte,
con la tristeza de amarte
el dolor de comprenderte.
Y sólo ansío olvidarte,
nunca oírte y nunca verte,
porque me causa la muerte
con la tristeza de amarte
el dolor de comprenderte.

Bustos y Rimas

Nihilismo

FRAGMENTOS

Voz inefable que a mi estancia llega
en medio de las sombras de la noche,
por arrastrarme hacia la vida, brega
con las dulces cadencias del reproche.

¿A qué llamarme al campo del combate
con la promesa de terrenos bienes,
si ya mi corazón por nada late
ni oigo la idea martillar mis sienes?

Nadie extrañe mis ásperas querellas:
mi vida, atormentada de rigores,
es un cielo que nunca tuvo estrellas,
es un árbol que nunca tuvo flores.

De todo lo que he amado en este mundo
guardo, como perenne recompensa,
dentro del corazón, tedio profundo;
dentro del pensamiento, sombra densa.

Nada del porvenir a mi alma asombra
y nada del presente juzgo bueno;
si miro al horizonte, todo es sombra,
si me inclino a la tierra, todo es cieno.

Ansias de aniquilarme sólo siento,
o de vivir en mi eternal pobreza,
con mi fiel compañero, el descontento,
y mi pálida novia, la tristeza.

Bustos y Rimas

José Asunción Silva

1865–1896

Colombiano. Se suicidó a los treinta y un años de edad. Su poesía de fondo profundamente idealista está expresada en forma plástica, sensual. Del conflicto entre el ensueño y la realidad surgen su actitud pesimista, su cinismo aparente, su negación rotunda, su ironía. Hay en su obra reminiscencias de Baudelaire, Verlaine, Poe y Bécquer. Dejó una obra todavía incompleta aunque entre sus poemas hay algunos verdaderamente magistrales. Sus *Nocturnos* figuran al lado de los poemas más bellos del idioma. Silva es el precursor más definido del modernismo y de haber vivido más años habría llegado a ser el primer poeta de América. Ediciones: *Poesías,* Bogotá, 1886; Barcelona, 1908; Buenos Aires, 1923; Santiago, Chile, 1923. *El libro de versos,* Bogotá, 1928. *Los poemas inéditos,* Bogotá, 1928.

Nocturno

Una noche,
una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de
[músicas de alas;
una noche
en que ardían en la sombra nupcial y húmeda las luciér—
[nagas fantásticas,
a mi lado lentamente, contra mí ceñida toda, muda y
[pálida,
como si un presentimiento de amarguras infinitas
hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,

por la senda florecida que atraviesa la llanura
caminabas;
y la luna llena
por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía su
[luz blanca;
y tu sombra
fina y lánguida,
y mi sombra,
por los rayos de la luna proyectadas,
sobre las arenas tristes
de la senda se juntaban;
y eran una,
y eran una,
y eran una sola sombra larga,
y eran una sola sombra larga,
y eran una sola sombra larga.

Esta noche
solo; el alma
llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,
separado de ti misma por el tiempo, por la tumba y la
[distancia,
por el infinito negro
donde nuestra voz no alcanza,
mudo y solo
por la senda caminaba . . .
Y se oían los ladridos de los perros a la luna,
a la luna pálida,
y el chirrido
de las ranas . . .
Sentí frío. Era el frío que tenían en tu alcoba
tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,
entre las blancuras níveas
de las mortuorias sábanas.

Era el frío del sepulcro, era el hielo de la muerte,
era el frío de la nada.
Y mi sombra,
por los rayos de la luna proyectada,
iba sola,
iba sola,
iba sola por la estepa solitaria;
y tu sombra esbelta y ágil,
fina y lánguida,
como en esa noche tibia de la muerta primavera,
como en esa noche llena de murmullos, de perfumes y de
[músicas de alas,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella . . . ¡Oh las sombras enlazadas!
¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las
[sombras de las almas!
¡Oh las sombras que se buscan en las noches de tristezas y
[de lágrimas!

Poesías, 1908

Rubén Darío

1867–1916

Nicaragüense. Rubén Darío es el poeta de más trascendencia en la poesía de lengua española en los tiempos modernos; su obra, de exquisito refinamiento, señala una verdadera revolución estética. Por su dominio perfecto del idioma, por la pureza de su estilo, y por su don musical, Darío es un poeta clásico; sin embargo, por haber ensayado nuevas formas poéticas y por haber enriquecido nuestro vocabulario, fué considerado en su tiempo como un segundo Góngora. Darío es el jefe de la escuela modernista; el maestro de toda una generación de escritores. Ediciones: *Azul, Valparaíso,* 1888; *Prosas profanas,* Buenos Aires, 1896; *Cantos de vida y esperanza,* Madrid, 1905; *Oda a Mitre,* París, 1906; *El canto errante,* Madrid, 1907; *Canto a la Argentina,* Buenos Aires, 1910; *Poema del otoño,* Madrid, 1910.

A Margarita Debayle

Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar;
yo siento
en el alma una alondra cantar:
tu acento.
Margarita, te voy a contar
un cuento.

Este era un rey que tenía
un palacio de diamantes,

una tienda hecha del día
y un rebaño de elefantes,

un kiosco de malaquita,
un gran manto de tisú,
y una gentil princesita,
tan bonita,
Margarita,
tan bonita como tú.

Una tarde la princesa
vió una estrella aparecer;
la princesa era traviesa
y la quiso ir a coger.

La quería para hacerla
decorar un prendedor,
con un verso y una perla,
y una pluma y una flor.

Las princesas primorosas
se parecen mucho a ti:
cortan lirios, cortan rosas,
cortan astros. Son así.

Pues se fué la niña bella,
bajo el cielo y sobre el mar,
a cortar la blanca estrella
que la hacía suspirar.

Y siguió camino arriba,
por la luna y más allá;
mas lo malo es que ella iba
sin permiso del papá.

Cuando estuvo ya de vuelta
de los parques del Señor,
se miraba toda envuelta
en un dulce resplandor.

Y el rey dijo: ¿Qué te has hecho?
Te he buscado y no te hallé;
¿y qué tienes en el pecho,
que encendido se te ve?

La princesa no mentía.
Y así, dijo la verdad:
«Fuí a cortar la estrella mía
a la azul inmensidad.»

Y el rey clama: «¿No te he dicho
que el azul no hay que tocar?
¡Qué locura! ¡Qué capricho!
El Señor se va a enojar.»

Y dice ella: «No hubo intento;
yo me fuí no sé por qué;
por las olas y en el viento
fuí a la estrella y la corté.»

Y el papá dice enojado:
«Un castigo has de tener:
vuelve al cielo y lo robado
vas ahora a devolver.»

La princesa se entristece
por su dulce flor de luz,
cuando entonces aparece
sonrïendo el buen Jesús.

Y así dice: «En mis campiñas
esa rosa le ofrecí:
son mis flores de las niñas
que al soñar piensan en mí.»

Viste el rey ropas brillantes,
y luego hace desfilar
cuatrocientos elefantes
a la orilla de la mar.

La princesita está bella,
pues ya tiene el prendedor
en que lucen con la estrella,
verso, perla, pluma y flor.

Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar:
tu aliento.

Ya que lejos de mí vas a estar,
guarda, niña, un gentil pensamiento
al que un día te quiso contar
un cuento.

Poema del otoño

Sonatina

La princesa está triste . . . ¿qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
La princesa está palida en su silla de oro,
está mudo el teclado de su clave sonoro;
y en un vaso olvidada se desmaya una flor.

El jardín puebla el triunfo de los pavos reales.
Parlanchina, la dueña dice cosas banales,
y vestido de rojo piruetea el bufón.
La princesa no ríe, la princesa no siente;
la princesa persigue por el cielo de Oriente
la libélula vaga de una vaga ilusión.

¿Piensa acaso en el príncipe de Golconda o de China,
o en el que ha detenido su carroza argentina
para ver de sus ojos la dulzura de luz,
o en el rey de las islas de las rosas fragantes,
o en el que es soberano de los claros diamantes,
o en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?

¡Ay! la pobre princesa de la boca de rosa
quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,
tener alas ligeras, bajo el cielo volar;
ir al sol por la escala luminosa de un rayo,
saludar a los lirios con los versos de Mayo,
o perderse en el viento sobre el trueno del mar.

Ya no quiere el palacio, ni la rueca de plata,
ni el halcón encantado, ni el bufón escarlata,
ni los cisnes unánimes en el lago de azur.
Y están tristes las flores por la flor de la corte;
los jazmines de Oriente, los nelumbos del Norte,
de Occidente las dalias y las rosas del Sur.

¡Pobrecita princesa de los ojos azules!
Está presa en sus oros, está presa en sus tules,
en la jaula de mármol del palacio real;
el palacio soberbio que vigilan los guardas,
que custodian cien negros con sus cien alabardas,
un lebrel que no duerme y un dragón colosal.

¡Oh, quién fuera hipsipila que dejó la crisálida!
(La princesa está triste. La princesa está pálida.)
¡Oh visión adorada de oro, rosa y marfil!
¡Quién volara a la tierra donde un príncipe existe
(La princesa está pálida. La princesa está triste.)
más brillante que el alba, más hermoso que Abril!

¡Calla, calla, princesa—dice el hada madrina—
en caballo con alas hacia acá se encamina,
en el cinto la espada y en la mano el azor,
el feliz caballero que te adora sin verte,
y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,
a encenderte los labios con su beso de amor!

Prosas profanas

El reino interior

A Eugenio de Castro

Una selva suntuosa
en el azul celeste su rudo perfil calca.
Un camino. La tierra es de color de rosa,
cual la que pinta fra Doménico Cavalca [1]
en sus Vidas de santos. Se ven extrañas flores
de la flora gloriosa de los cuentos azules,
y entre las ramas encantadas, papemores
cuyo canto extasiara de amor a los bulbules.
(Papemor: ave rara, Bulbules: ruiseñores)

Mi alma frágil se asoma a la ventana oscura
de la torre terrible en que ha treinta años sueña.
La gentil Primavera primavera le augura.
La vida le sonríe rosada y halagüeña.
Y ella exclama: «¡Oh, fragante día! ¡Oh, sublime día!

1. Italian prose writer (1270–1342), author of *Vidas de Santos*

Se diría que el mundo está en flor; se diría
que el corazón sagrado de la tierra se mueve
con un ritmo de dicha; luz brota, gracia llueve.
¡Yo soy la prisionera que sonríe y que canta!»
Y las manos liliales agita, como infanta
real en los balcones del palacio paterno.

¿Qué son se escucha, son lejano, vago y tierno?
Por el lado derecho del camino, adelanta
el paso leve una adorable teoría
virginal. Siete blancas doncellas, semejantes
a siete blancas rosas de gracia y de harmonía
que el alba constelara de perlas y diamantes.
¡Alabastros celestes habitados por astros:
Dios se refleja en esos dulces alabastros!
Sus vestes son tejidas del lino de la luna.
Van descalzas. Se mira que posan el pie breve
sobre el rosado suelo como una flor de nieve.
Y los cuellos se inclinan, imperiales, en una
manera que lo excelso pregona de su origen.
Como al compás de un verso su suave paso rigen.
Tal el divino Sandro [1] dejara en sus figuras,
esos graciosos gestos en esas líneas puras.
Como a un velado son de liras y laúdes,
divinamente blancas y castas pasan esas
siete bellas princesas. Y esas bellas princesas
son las siete Virtudes.

Al lado izquierdo del camino y paralela-
mente, siete mancebos—oro, seda, escarlata,
armas ricas de Oriente—hermosos, parecidos
a los satanes verlenianos de Ecbatana,

1. Sandro Botticelli (1444–1510), Italian painter of mystical tendency

vienen también. Sus labios sensuales y encendidos,
de efebos criminales, son cual rosas sangrientas;
sus puñales de piedras preciosas revestidos
—Ojos de víboras de luces fascinantes—
al cinto penden; arden las púrpuras violentas
en los jubones; ciñen las cabezas triunfantes
oro y rosas; sus ojos, ya lánguidos, ya ardientes,
son dos carbunclos mágicos de fulgor sibilino,
y en sus manos de ambiguos príncipes decadentes,
relucen como gemas las uñas de oro fino.
Bellamente infernales,
llenan el aire de hechiceros beneficios
esos siete mancebos. Y son los siete Vicios,
los siete poderosos pecados capitales.

Y los siete mancebos a las siete doncellas
lanzan vivas miradas de amor: las Tentaciones.
De sus liras melifluas arrancan vagos sones.
Las princesas prosiguen, adorables visiones
en su blancura de palomas y de estrellas.

Unos y otras se pierden por la vía de rosa,
y el alma mía queda pensativa a su paso.
—¡Oh! ¿qué hay en ti, alma mía?
«¡Oh! ¿qué hay en ti, mi pobre infanta misteriosa?
¿Acaso piensas en la blanca teoría?
¿Acaso
los brillantes mancebos te atraen, mariposa?»

Ella no me responde.
Pensativa se aleja de la oscura ventana,
—pensativa y risueña,
de la Bella-durmiente-del-bosque tierna hermana—
y se adormece en donde
hace treinta años sueña.

Y en sueño dice: «¡Oh dulces delicias de los cielos!
¡Oh tierra sonrosada que acarició mis ojos!
—¡Princesas, envolvedme con vuestros blancos velos!
—¡Príncipes, estrechadme con vuestros brazos rojos!»

Prosas profanas

Canción de otoño en primavera

A Martínez Sierra

Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro,
y a veces lloro sin querer . . .

Plural ha sido la celeste
historia de mi corazón.
Era una dulce niña, en este
mundo de duelo y aflicción.

Miraba como el alba pura;
sonreía como una flor.
Era su cabellera obscura
hecha de noche y de dolor.

Yo era tímido como un niño.
Ella, naturalmente, fué,
para mi amor hecho de armiño,
Herodías y Salomé . . .

Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver . . . !

Cuando quiero llorar no lloro,
y a veces lloro sin querer . . .

La otra fué más sensitiva
y más consoladora y más
halagadora y expresiva,
cual no pensé encontrar jamás.

Pues a su continua ternura
una pasión violenta unía.
En un peplo de gasa pura
una bacante se envolvía . . .

En sus brazos tomó mi ensueño
y lo arrulló como a un bebé . . .
Y le mató, triste y pequeño,
falto de luz, falto de fe . . .

Juventud, divino tesoro,
¡te fuiste para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro,
y a veces lloro sin querer . . .

Otra juzgó que era mi boca
el estuche de su pasión;
y que me roería, loca,
con sus dientes el corazón

poniendo en un amor de exceso
la mira de su voluntad,
mientras eran abrazo y beso
síntesis de la eternidad;

y de nuestra carne ligera
imaginar siempre un Edén,

sin pensar que la Primavera
y la carne acaban también . . .

Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro,
y a veces lloro sin querer.

¡Y las demás! en tantos climas,
en tantas tierras siempre son,
si no pretextos de mis rimas,
fantasmas de mi corazón.

En vano busqué a la princesa
que estaba triste de esperar.
La vida es dura. Amarga y pesa.
¡Ya no hay princesa que cantar!

Mas a pesar del tiempo terco,
mi sed de amor no tiene fin;
con el cabello gris, me acerco
a los rosales del jardín . . .

Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver! . . .
Cuando quiero llorar, no lloro,
y a veces lloro sin querer . . .

¡Mas es mía el Alba de oro!

Cantos de vida y esperanza

Marcha triunfal

¡Ya viene el cortejo!
¡Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.
La espada se anuncia con vivo reflejo;
ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines.

Ya pasa debajo los arcos ornados de blancas Minervas y Martes,
los arcos triunfales en donde las Famas erigen sus largas trompetas,
la gloria solemne de los estandartes,
llevados por manos robustas de heroicos atletas.
Se escucha el rüido que forman las armas de los caballeros,
los frenos que mascan los fuertes caballos de guerra,
los cascos que hieren la tierra
y los timbaleros,
que el paso acompasan con ritmos marciales.
¡Tal pasan los fieros guerreros
debajo los arcos triunfales!

Los claros clarines de pronto levantan sus sones,
su canto sonoro,
su cálido coro,
que envuelve en un trueno de oro
la augusta soberbia de los pabellones.
Él dice la lucha, la herida venganza,
las ásperas crines,
los rudos penachos, la pica, la lanza,
la sangre que riega de heroicos carmines
la tierra;
los negros mastines
que azuza la muerte, que rige la guerra.

Los áureos sonidos
anuncian el advenimiento
triunfal de la Gloria;
dejando el picacho que guarda sus nidos,
tendiendo sus alas enormes al viento,
los cóndores llegan. ¡Llegó la victoria!

Ya pasa el cortejo.
Señala el abuelo los héroes al niño:
Ved cómo la barba del viejo
los bucles de oro circunda de armiño.
Las bellas mujeres aprestan coronas de flores,
y bajo los pórticos vense sus rostros de rosa,
y la más hermosa
sonríe al más fiero de los vencedores.
¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera;
honor al herido y honor a los fieles
soldados que muerte encontraron por mano extranjera!
¡Clarines! ¡Laureles!

Las nobles espadas de tiempos gloriosos,
desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lauros:—
Las viejas espadas de los granaderos, más fuertes que osos,
hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros:—
Las trompas guerreras resuenan;
de voces los aires se llenan . . .
—A aquellas antiguas espadas,
a aquellos ilustres aceros,
que encarnan las glorias pasadas . . .

Y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias ganadas,
y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros,
al que ama la insignia del suelo materno,
al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la mano,

los soles del rojo verano,
las nieves y vientos del gélido invierno,
la noche, la escarcha
y el odio y la muerte, por ser por la patria inmortal,
saludan con voces de bronce las trompas de guerra que tocan la marcha triunfal . . .

Cantos de vida y esperanza

Luis G. Urbina

1868–1934

Mexicano. Fué discípulo de Gutiérrez Nájera y por lo tanto, de inspiración romántica, pero como vivió durante el período modernista, pertenece a esta escuela. Es poeta de tono menor, fino, puramente emotivo. No es un gran poeta pero representa una modalidad típicamente mexicana de melancolía y dulzura. Ediciones: *Versos,* México, 1890; *Ingenuas,* París, 1903; *Puestas de sol,* París, 1910, *Lámparas en agonía,* México, 1914; *El glosario de la vida vulgar,* Madrid, 1918; *Antología romántica,* Barcelona, 1917; *El corazón juglar,* Madrid, 1920.

Metamorfosis

Madrigal romántico

Era un cautivo beso enamorado
de una mano de nieve que tenía
la apariencia de un lirio desmayado
y el palpitar de un ave en agonía.
Y sucedió que un día,
aquella mano suave
de palidez de cirio,
de languidez de lirio,
de palpitar de ave,
se acercó tanto a la prisión del beso,
que ya no pudo más el pobre preso
y se escapó; mas, con voluble giro,
huyó la mano hasta el confín lejano,
y el beso, que volaba tras la mano,
rompiendo el aire, se volvió suspiro.

Puestas de sol

Ricardo Jaimes Freyre

1870–1933

Boliviano. Vivió muchos años en la República Argentina donde fué profesor del Colegio Nacional de Tucumán. A fines del siglo diez y nueve fundó, en colaboración con Darío y Lugones, *La Revista de América,* órgano del movimiento modernista en Buenos Aires. Después volvió a su patria y fué Canciller de Bolivia en 1923; Ministro en Washington y en Río de Janeiro; parlamentario y hombre de gran influjo en los círculos educacionales de su país. Jaimes Freyre fué, según Rubén Darío, el iniciador del verso libre en América. Aunque su poesía carece de sentimiento hay que considerar a Jaimes Freyre, por su espíritu renovador, como uno de los poetas más importantes del movimiento modernista. Obras: *Castalia bárbara,* Buenos Aires, 1899; La Paz, 1918; *Castalia bárbara* y *Los sueños son vida,* Madrid, 1919; *Leyes de la versificación castellana,* La Paz, 1919; *Los más bellos poemas de Ricardo Jaimes Freyre,* México, 1920.

Peregrina paloma imaginaria

Peregrina paloma imaginaria
que enardeces los últimos amores;
alma de luz, de música y de flores,
peregrina paloma imaginaria.

Vuela sobre la roca solitaria
que baña el mar glacial de los dolores;

haya, a tu paso, un haz de resplandores
sobre la adusta roca solitaria.

Vuela sobre la roca solitaria,
peregrina paloma, ala de nieve
como divina hostia, ala tan leve

como un copo de nieve; ala divina
copo de nieve, lirio, hostia, neblina,
peregrina paloma imaginaria.

Castalia bárbara

Las voces tristes

Por las blancas estepas
se desliza el trineo;
los lejanos aullidos de los lobos
se unen al jadëante resoplar de los perros.

Nieva.
Parece que el espacio se envolviera en un velo,
tachonado de lirios
por las alas del cierzo.

El infinito blanco . . .
sobre el vasto desierto
flota una vaga sensación de angustia,
de supremo abandono, de profundo y sombrío desaliento.

Un pino solitario
dibújase a lo lejos,
en un fondo de brumas y de nieve,
como un largo esqueleto.

Entre los dos sudarios
de la tierra y el cielo,
avanza en el Naciente
el helado crepúsculo de invierno . . .

Castalia bárbara

Lustral

Llamé una vez a la visión
y vino.

Y era pálida y triste, y sus pupilas
ardían como hogueras de martirios.
Y era su boca como un ave negra
de negras alas.
En sus largos rizos
había espinas. En su frente arrugas.
Tiritaba.
Y me dijo:
—¿Me amas aún?

Sobre sus negros labios
posé los labios míos;
en sus ojos de fuego hundí mis ojos
y acaricié la zarza de sus rizos.
Y uní mi pecho al suyo, y en su frente
apoyé mi cabeza.
Y sentí el frío
que me llegaba al corazón. Y el fuego
en los ojos.
Entonces
se emblanqueció mi vida como un lirio.

Castalia bárbara

Lo fugaz

La rosa temblorosa
se desprendió del tallo,
y la arrastró la brisa
sobre las aguas turbias del pantano.

Una onda fugitiva
le abrió su seno amargo,
y estrechando a la rosa temblorosa
la deshizo en sus brazos.

Flotaron sobre el agua
las hojas como miembros mutilados,
y confundidas con el lodo negro,
negras, aun más que el lodo, se tornaron.

Pero en las noches puras y serenas
se sentía vagar en el espacio
un leve olor de rosa
sobre las aguas turbias del pantano.

Los sueños son vida

Amado Nervo

1870–1919

Mexicano. Vivió gran parte de su vida fuera de México, especialmente en Francia y en España y murió en el Uruguay donde era ministro de su patria. Es uno de los tres grandes poetas mexicanos; su poesía es una rara mezcla de sensualidad y misticismo, de emoción e ironía. Tuvo grandes inquietudes sentimentales y metafísicas en los últimos años de su vida, inquietudes que se transparentan en sus poemas. Sintió como pocos la atracción del misterio, la tortura del análisis, el terror de la muerte. Se interesó bastante en las ciencias y ha sido llamado «el poeta astrónomo.» Ediciones: *Perlas negras,* México, 1898; *Poemas,* París, 1901; *Lira heroica,* México, 1902; *El éxodo* y *Las flores del camino,* México, 1902; *Perlas negras, místicas, las voces,* París, 1904; *Los jardines interiores,* México, 1905; *En voz baja,* París, 1909; *Serenidad,* Madrid, 1914; *Elevación,* Madrid, 1917; *Plenitud,* Madrid, 1918; *El estanque de los lotos,* Buenos Aires, 1919; *La amada inmóvil,* Madrid, 1920; *El arquero divino,* Buenos Aires, 1919. *Obras completas,* edición de Alfonso Reyes, Madrid, 1920–1928, 29 vols. Traducciones al inglés: *Plenitude,* por William F. Rice, Los Angeles, Calif., 1928; *Confessions of a Modern Poet,* por Dorothy Kress, Boston, 1935.

En paz

Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, Vida,
porque nunca me diste ni esperanza fallida
ni trabajos injustos, ni pena inmerecida;

porque veo al final de mi rudo camino
que yo fuí el arquitecto de mi propio destino;
que si extraje las mieles o la hiel de las cosas,
fué porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas:
cuando planté rosales, coseché siempre rosas.

. . . Cierto, a mis lozanías va a seguir el invierno:
¡mas tú no me dijiste que Mayo fuese eterno!
Hallé sin duda largas las noches de mis penas;
mas no me prometiste tú sólo noches buenas;
y en cambio tuve algunas santamente serenas . . .

Amé, fuí amado, el sol acarició mi faz.
¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!

Elevación

Tan rubia es la niña . . .

¡Tan rubia es la niña, que
cuando hay sol no se la ve!

Parece que se difunde
en el rayo matinal,
que con la luz se confunde
su silueta de cristal
tinta en rosas y parece
que en la claridad del día
se desvanece
la niña mía.

Si se asoma mi Damiana
a la ventana y colora
la aurora su tez lozana

de albérchigo y terciopelo,
no se sabe si la aurora
ha salido a la ventana
antes que salir al cielo.

Damiana en el arrebol
de la mañanita se
diluye, y si sale el sol
por rubia . . . no se la ve.

Los jardines interiores

¡Está bien!

Porque contemplo aún albas radiosas
en que tiembla el lucero de Belén,
y hay rosas, muchas rosas, muchas rosas,
gracias, ¡está bien!

Porque en las tardes, con sutil desmayo,
piadosamente besa el sol mi sien
y aún la transfigura con su rayo,
gracias, ¡está bien!

Porque en las noches, una voz me nombra,
(¡voz de quien yo me sé!) y hay un edén
escondido en los pliegues de mi sombra,
gracias, ¡está bien!

Porque hasta el mal en mí don es del cielo,
pues que al minarme va, con rudo celo,
desmoronando mi pasión también;

porque se acerca ya mi primer vuelo,
gracias, ¡está bien!

En voz baja

El día que me quieras

El día que me quieras tendrá más luz que junio;
la noche que me quieras será de plenilunio,
con notas de Beethoven vibrando en cada rayo
sus inefables cosas,
y habrá juntas más rosas
que en todo el mes de mayo.

Las fuentes cristalinas
irán por las laderas
saltando cantarinas,
el día que me quieras.

El día que me quieras, los sotos escondidos
resonarán arpegios nunca jamás oídos.
Extasis de tus ojos, todas las primaveras
que hubo y habrá en el mundo, serán cuando me quieras.

Cogidas de la mano, cual rubias hermanitas,
luciendo golas cándidas, irán las margaritas
por montes y praderas
delante de tus pasos, el día que me quieras . . .
Y si deshojas una, te dirá su inocente
postrer pétalo blanco: ¡Apasionadamente!

Al reventar el alba del día que me quieras,
tendrán todos los tréboles cuatro hojas agoreras,
y en el estanque, nido de gérmenes ignotos,
florecerán las místicas corolas de los lotos.

El día que me quieras será cada celaje
ala maravillosa, cada arrebol, miraje
de las *Mil y Una Noches,* cada brisa un cantar,
cada árbol una lira, cada monte un altar.

El día que me quieras, para nosotros dos
cabrá en un solo beso la beatitud de Dios.

El arquero divino

Enrique González Martínez

1871

Mexicano. Con su famoso soneto *Tuércele el cuello al cisne* González Martínez da un recio golpe al modernismo de forma suntuosa y pide a los poetas que adoren la vida y que huyan de forma y lenguaje artificiales. González Martínez es, después de la muerte de Nervo, el mejor poeta mexicano de nuestros días. Su poesía es de tendencia filosófica. Ediciones: *Preludios,* Mazatlán, 1903; *Lirismos,* Mocorito, 1907; *Silenter,* Mocorito, 1909; *Los senderos ocultos,* Mocorito, 1911; *La muerte del cisne,* México, 1915; *El libro de la fuerza, de la bondad y del ensueño,* México, 1917; *Parábolas y otros poemas,* México, 1918; *La palabra del viento,* México, 1921; *El romero alucinado,* Buenos Aires, 1923; *Las señales furtivas,* Madrid, 1925; *Poemas de ayer y de hoy,* México, 1926; *Poesía,* Madrid, 1930.

Mañana, los poetas . . .

Mañana, los poetas cantarán en divino
verso que no logramos entonar los de hoy;
nuevas constelaciones darán otro destino
a sus almas inquietas con un nuevo temblor.

Mañana, los poetas seguirán su camino
absortos en ignota y extraña floración,
y al oír nuestro canto, con desdén repentino
echarán a los vientos nuestra vieja ilusión.

Y todo será inútil, y todo será en vano;
será el afán de siempre y el idéntico arcano
y la misma tiniebla dentro del corazón.

Y ante la eterna sombra que surge y se retira,
recogerán del polvo la abandonada lira
y cantarán con ella nuestra misma canción.

La muerte del cisne

Como hermana y hermano . . .

Como hermana y hermano
vamos los dos cogidos de la mano . . .

En la quietud de la pradera hay una
blanca y radiosa claridad de luna,
y el paisaje nocturno es tan risueño
que con ser realidad parece sueño.
De pronto, en un recodo del camino,
oímos un cantar . . . . . . Parece el trino
de un ave nunca oída,
un canto de otro mundo y de otra vida . . .
¿Oyes?—me dices— Y a mi rostro juntas
tus pupilas preñadas de preguntas.
La dulce calma de la noche es tanta
que se escuchan latir los corazones.
Yo te digo: no temas, hay canciones
que no sabremos nunca quién las canta . . .

Como hermana y hermano
vamos los dos cogidos de la mano . . .

Besado por el soplo de la brisa,
el estanque cercano se divisa . . .
bañándose en las ondas hay un astro;

un cisne alarga el cuello lentamente
como blanca serpiente
que saliera de un huevo de alabastro.
Mientras miras el agua silenciosa,
como un vuelo fugaz de mariposa
sientes sobre la nuca el cosquilleo,
la pasajera onda de un deseo,
el espasmo sutil, el calosfrío
de un beso ardiente cual si fuera mío.
Alzas a mí tu rostro amedrentado
y trémula murmuras: ¿me has besado?
Tu breve mano oprime
mi mano; y yo a tu oído: ¿sabes? Esos
besos nunca sabrás quien los imprime.
Acaso ni siquiera si son besos.

Como hermana y hermano
vamos los dos cogidos de la mano . . . .

En un desfalleciente desvarío
tu rostro apoyas en el pecho mío,
y sientes resbalar sobre tu frente
una lágrima ardiente . . .
Me clavas tus pupilas soñadoras
y tiernamente me preguntas: ¿lloras? . . .
Secos están mis ojos . . . Hasta el fondo
puedes mirar en ellos . . . Pero advierte
que hay lágrimas nocturnas—te respondo—
que no sabemos nunca quién las vierte . . .

Como hermana y hermano
vamos los dos cogidos de la mano . . . . . .

Los senderos ocultos

Balada de la loca fortuna . . .

Con el sol, el mar, el viento y la luna
voy a amasar una loca fortuna.

Con el sol haré monedas de oro
(al reverso, manchas; al anverso, luz)
para jugarlas a cara o a cruz.

Cerraré en botellas las aguas del mar,
con lindos marbetes y expresivas notas,
y he de venderlas con un cuentagotas
a todo el que quiera llorar.

Robador del viento, domaré sus giros,
y en las noches calladas y quietas,
para los amantes venderé suspiros,
y bellas canciones para los poetas . . .

En cuanto a la luna,
la guardo, por una
sabia precaución,
en la caja fuerte de mi corazón . . .

Con el sol, la luna, el viento y el mar
¡Qué loca fortuna voy a improvisar!

Las señales furtivas

Guillermo Valencia

1872

Colombiano. Escritor de sólida cultura clásica; ha hecho excelentes traducciones de poetas franceses, italianos, portugueses, chinos. Discípulo de José Asunción Silva, posee el mismo refinamiento y la misma sensibilidad del autor del *Nocturno.* Por el culto de la forma, la perfección de sus rimas, la sonoridad metálica de sus estrofas, se le pudiera llamar el parnasiano de los modernistas. Algunos de sus poemas—*Leyendo a Silva, Los camellos*—son ampliamente conocidos en todos nuestros países. Ediciones: *Ritos,* Bogotá, 1899; Londres, 1914; *Poemas selectos,* México, 1917; *Sus mejores poemas,* Madrid, 1919.

Judith y Holofernes

I

Blancos senos, redondos y desnudos, que al paso
de la hebrea se mueven bajo el ritmo sonoro
de las ajorcas rubias y los cintillos de oro
vivaces como estrellas sobre la tez de raso.

Su boca, dos jacintos en indecible vaso,
de la sutil esencia de la voz. Un tesoro
de miel hincha la pulpa de sus carnes. El lloro
no dió nunca a esa faz languideces de ocaso.

Yacente sobre un lecho de sándalo, el Asirio
reposa fatigado; melancólico cirio
los objetos alarga y proyecta en la alfombra . . .

Y ella, mientras reposa la bélica falange,
muda, impasible, sola, escondido el alfanje,
para el trágico golpe se recata en la sombra.

II

Y ágil tigre que salta de tupida maleza,
se lanzó la israelita sobre el héroe dormido,
y de doble mandoble, sin robarle un gemido,
del atlético tronco desgajó la cabeza.

Cual de ánforas rotas, con urgida presteza,
desbordó en oleadas el carmín encendido,
y de un lago de púrpura y de sueño y de olvido,
recogió la homicida la pujante cabeza.

En el ojo apagado, las mejillas y el cuello,
de la barba, en sortijas, al ungido cabello,
se apiñaban las sombras en siniestro derroche

sobre el lívido tajo de color de granada . . .
y fingía la negra cabeza destroncada
una lúbrica rosa del jardín de la noche.

Sus mejores poemas

Salomé y Joakanann

Con un aire maligno de mujer y serpiente,
cruza en rápidos giros Salomé la gitana
al compás de los crótalos. De su carne lozana
vuela equívoco aroma que satura el ambiente.

Danza todas las danzas que ha tejido el Oriente:
las que prenden hogueras en la sangre liviana
y a las plantas deshojan de la déspota humana
o la flor de la vida, o la flor de la mente.

Inyectados los ojos, con la faz amarilla,
el caduco Tetrarca se lanzó de su silla
tras la hermosa, gimiendo con febril arrebato:

«Por la miel de tus besos te daré Tiberiades.»
Y ella dícele: «en cambio de tus muertas ciudades,
dame a ver la cabeza del Esenio en un plato.»

Ritos

José Santos Chocano

1874–1934

Peruano. Fué un hombre de vida aventurera y errante que medró al amparo de las tiranías y murió trágicamente en Santiago de Chile. Tuvo un enorme prestigio de poeta debido a sus frases de relumbrón (O encuentro camino o me lo abro; Walt Whitman tiene el Norte, pero yo tengo el Sur) y a la raigambre americana de su inspiración. Cantó al indio, al conquistador español; celebró la fauna y la flora del continente en un estilo parnasiano, lleno de repeticiones, de imágenes brillantes, de ritmos convencionales. Es un poeta eminentemente tropical en cuanto este concepto significa luz, calor, sonoridad, exuberancia. Ediciones: *En la aldea,* Lima, 1895; *Iras santas,* Lima, 1895; *Azahares,* Lima, 1896; *La selva virgen,* París, 1901; *Poesías completas,* Barcelona, 1902; *Los cantos del Pacífico,* París, 1904; *Alma América,* Madrid, 1906; *Fiat Lux,* París, 1908; *Primicias de Oro de Indias,* Santiago, Chile, 1934.

La canción del camino

Era un camino negro.
La noche estaba loca de relámpagos. Yo iba
en mi potro salvaje
por la montaña andina.
Los chasquidos alegres de los cascos,
como masticaciones de monstruosas mandíbulas,
destrozaban los vidrios invisibles
de las charcas dormidas.
Tres millones de insectos

formaban una como rabiosa inarmonía.
  Súbito, allá, a lo lejos,
por entre aquella mole doliente y pensativa
de la selva,
vi un puñado de luces, como tropel de avispas.
¡La posada! El nervioso
látigo persignó la carne viva
de mi caballo, que rasgó los aires
con un largo relincho de alegría.

  Y como si la selva
lo comprendiese todo, se quedó muda y fría.

  Y hasta mí llegó, entonces,
una voz clara y fina
de mujer que cantaba. Cantaba. Era su canto
una lenta . . . muy lenta . . . melodía:
algo como un suspiro que se alarga
y se alarga y se alarga . . . y no termina.
  Entre el hondo silencio de la noche,
y a través del reposo de la montaña, oía
los acordes
de aquel canto sencillo de una música íntima,
como si fuesen voces que llegaran
desde la otra vida . . .
  Sofrené mi caballo;
y me puse a escuchar lo que decía:
  —Todos llegan de noche,
todos se van de día . . .
  Y, formándole dúo,
otra voz femenina
completó así la endecha
con ternura infinita:
  —El amor es tan sólo una posada

en mitad del camino de la vida . . .
  Y, después, las dos voces
a la vez repitieron con amargura rítmica:
—Todos llegan de noche,
todos se van de día . . .
  Entonces, yo bajé de mi caballo
y me acosté en la orilla
de una charca.
  Y fijo en ese canto que venía
a través del misterio de la selva,
fuí cerrando los ojos al sueño y la fatiga.
  Y me dormí, arrullado; y, desde entonces,
cuando cruzo las selvas por rutas no sabidas,
jamás busco reposo en las posadas,
y duermo al aire libre mi sueño y mi fatiga,
porque recuerdo siempre
aquel canto sencillo de una música íntima:
  —¡Todos llegan de noche,
todos se van de día!
El amor es tan sólo una posada
en mitad del camino de la Vida . . .

Fiat Lux

Nostalgia

Hace ya diez años
que recorro el mundo.
¡He vivido poco!
¡Me he cansado mucho!
Quien vive de prisa no vive de veras:
quien no echa raíces no puede dar frutos.
  Ser río que corre, ser nube que pasa,
sin dejar recuerdo ni rastro ninguno,

es triste; y más triste para quien se siente
nube en lo elevado, río en lo profundo.
Quisiera ser árbol mejor que ser ave,
quisiera ser leño mejor que ser humo;
y al viaje que cansa,
prefiero el terruño:
la ciudad nativa con sus companarios,
arcaicos balcones, portales vetustos
y calles estrechas, como si las casas
tampoco quisieran separarse mucho . . .
Estoy en la orilla
de un sendero abrupto.
Miro la serpiente de la carretera
que en cada montaña da vueltas a un nudo;
y, entonces, comprendo que el camino es largo,
que el terreno es brusco,
que la cuesta es ardua,
que el paisaje es mustio . . .
¡Señor! ya me canso de viajar, ya siento
nostalgia, ya ansío descansar muy junto
de los míos . . . Todos rodearán mi asiento
para que les diga mis penas y triunfos;
y yo, a la manera del que recorriera
un álbum de cromos, contaré con gusto
las mil y una noches de mis aventuras
y acabaré en esta frase de infortunio:
—¡He vivido poco!
¡Me he cansado mucho!

Poemas escogidos

Leopoldo Lugones

1874–1938

Argentino. Amigo íntimo de Rubén Darío y uno de los primeros modernistas de su patria. Su poesía se señala por una renovación constante; unas veces es poeta clásico perfecto y otras, gongorista desenfrenado. Ha usado ampliamente el verso libre en sus obras. Ediciones: *Las montañas del oro,* Buenos Aires, 1897; *Los crepúsculos del jardín,* Buenos Aires, 1905; *Lunario sentimental,* Buenos Aires, 1909; *Odas seculares,* Buenos Aires, 1910; *El libro fiel,* París, 1912; *El libro de los paisajes,* Buenos Aires, 1917; *Las horas doradas,* Buenos Aires, 1922; *Romancero,* Buenos Aires, 1924; *Poemas solariegos,* Buenos Aires, 1928.

La vejez de Anacreonte

La tarde coronábalo de rosas.
sus dulces versos, en divino coro,
se iban flotando como polen de oro
sobre alas de invisibles mariposas.

Componían los mimos suaves glosas.
Mugía blandamente el mar sonoro,
como si fuera un descornado toro
uncido a la cuadriga de las diosas.

Y más rosas llovieron; y la frente
del poeta, inclinóse dulcemente,
y un calor juvenil flotó en sus venas.

Sintió llenos de flores los cabellos.
Las temblorosas manos hundió en ellos . . .
Y en vez de rosas encontró azucenas.

Los crepúsculos del jardín

Camelia

Cómo se llama el corazón lo augura:
—Clelia, Eulalia, Clotilde—algún pristino
nombre con muchas eles, como un fino
cristal, todo vibrante de agua pura.

Se enciende en el claror de su blancura
con diminuta llama, un asesino
carmín. Su alma lilial cuenta al destino
románticas novelas de amargura.

En el vago perfil donde destella,
su ojo negro y fatal desola aquella
palidez. Sus maneras son prolijas

como las de esas moribundas raras
que se cubren los dedos de sortijas
y se desviven por las sedas claras.

Los crepúsculos del jardín

El Pierrotillo

Hecho un primor
de harina y miel,
ríe a la infiel
luna, su amor.

Para burlar
a la infeliz,
fija el pulgar
en la nariz.

Alto un talón,
se da el tahur
un pescozón
que dice: abur.

Un puntapié
le manda allá . . .
Y se
va . . . . . .

Lunario sentimental

Lied de la boca florida

Al ofrecerte una rosa
el jardinero prolijo,
orgulloso de ella, dijo:
no existe otra más hermosa.

A pesar de su color,
su belleza y su fragancia,

respondí con arrogancia:
yo conozco una mejor.

Sonreíste tú a mi fiero
remoque de paladín . . .
Y regresó a su jardín
cabizbajo el jardinero.

Romancero

Tonada

Las tres hermanas de mi alma
novio salen a buscar.
La mayor dice: yo quiero,
quiero un rey para reinar.
Esa fué la favorita,
favorita del sultán.

La segunda dice: yo
quiero un sabio de verdad,
que en juventud y hermosura
me sepa inmortalizar.
Esa casó con el mago
de la ínsula de cristal.

La pequeña nada dice,
sólo acierta a suspirar.
Ella es de las tres hermanas
la única que sabe amar.
No busca más que el amor,
y no lo puede encontrar.

Romancero

Chisme

El canario ya no trina,
y en vano la niña triste
le ofrece un grano de alpiste
en su boca purpurina.

Pero él, con pío más blando,
la mima, y parece así
que le estuviera insinuando
tierno y afable: ¿si? ¿si?

Romancero

Los burritos

FRAGMENTOS

Mézclase a lo zurdo de su malicia aldeana,
una mimosa simpatía de niño,
y poseen este cariño
de la vida animal: la lana.
Junto a la burra laboriosa y prudente
como una buena mujer, sus comitivas
toman un trotecillo de nene obediente,
acompañado por orejas alternativas.
En todos los países
los más apreciados son los asnillos grises.
Hay algunos rojizos como el orín;
otros negros y crespos como el hollín;
otros blancos, y a éstos
los prefieren para las vacaciones;
del trato con los niños adquieren locos gestos,

y vuélvense sumamente bribones.
Espantan retozando a las bobas
de las ovejas;
aborrecen a las viejas
y roen sus escobas.
Escuchan divertidos la copla del gaucho,
que en ronca guitarra llora su desvelo,
mientras su hociquillo de caucho
tantea minuciosamente el suelo . . .

Contemplan la luna en extático estrabismo:
quizá esto es un vago paganismo.

Poemas solariegos

Julio Herrera y Reissig

1875–1910

Uruguayo. Escribió sus mejores poemas entre 1900 y 1910. Su poesía se caracteriza por un exotismo desmedido y por la forma caprichosa y rica. Como los parnasianos franceses, Herrera y Reissig cultivó la palabra con verdadero amor, el verbo «clave victoriosa de la literatura,» según él. Además de la exuberancia de vocabulario posee un sistema de imágenes deslumbrantes y raras. Imitó a Darío en un tiempo, pero luego le sobrepasó en rebeldía. Herrera es un precursor de las escuelas de vanguardia en América. Ediciones: *Obras completas* (*Los peregrinos de piedra, El teatro de los humildes, Las lunas de oro, Las pascuas del tiempo, La vida y otros poemas*), Montevideo, 1913; *Los parques abandonados,* 1919.

Despertar

Alisia y Cloris abren de par en par la puerta,
y torpes, con el dorso de la mano haragana
restréganse los húmedos ojos de lumbre incierta,
por donde huyen los últimos sueños de la mañana . . .

La inocencia del día se lava en la fontana,
el arado en el surco vagaroso despierta,
y en torno de la casa rectoral, la sotana
del cura se pasea gravemente en la huerta . . .

Todo suspira y ríe. La placidez remota
de la montaña sueña celestiales rutinas.
El esquilón repite siempre su misma nota

de grillo de las cándidas églogas matutinas.
Y hacia la aurora sesgan agudas golondrinas,
como flechas perdidas de la noche en derrota.

Los éxtasis de la montaña

El regreso

La tierra ofrece el ósculo de un saludo paterno . . .
Pasta un mulo la hierba mísera del camino,
y la montaña luce, al tardo sol de invierno,
como una vieja aldeana, su delantal de lino.

Un cielo bondadoso y un céfiro tierno . . .
La zagala descansa de codos bajo el pino,
y densos los ganados, con paso paulatino,
acuden a la música sacerdotal del cuerno.

Trayendo sobre el hombro leña para la cena,
el pastor, cuya ausencia no dura más de un día,
camina lentamente rumbo de la alquería.

Al verlo la familia le da la enhorabuena . . .
Mientras el perro, en ímpetus de lealtad amena,
describe coleando círculos de alegría.

Peregrinos de piedra

Ojos negros

La noche del odio eterno
cristalizó en el diamante
de tus pupilas, que el Dante
tomara por el Infierno.

Desoladas en su interno
maleficio obsesionante,
hay en su noche enervante:
vacío, caos e invierno.

Aunque a traición me han herido
con sus filosos destellos,
dame, por Dios, esos bellos

ojos que tanto he querido,
Ay, para enlutar con ellos
el féretro de tu olvido.

Teatro de los humildes

La dulce herida

Rosa: ¿ignoráis qué es Amor?
—Es una rosa divina;
el que la besa se espina
y siente un grato dolor.
Benemérito traidor,
es dulce al par que crüel,

recuerda al insecto aquel
del alevoso aguijón:
¡Cómo duele el corazón!
¡Y qué sabrosa es su miel!

Las lunas de oro

Carlos Pezoa Velis

1879–1908

Chileno. La poesía de Carlos Pezoa Velis es de tendencia popular, criolla. Hijo de una familia muy pobre, Pezoa vivió una vida breve y desgraciada y murió en un hospital de caridad. La sinceridad es la nota predominante de su poesía. Figura entre los poetas más destacados de Chile, al lado de Manuel Magallanes y Gabriela Mistral. Obras en verso: *Alma chilena,* Santiago, Chile, 1912; *Campanas de oro,* París, 1921; *Poesías y prosas completas,* Santiago, Chile, 1927.

Tarde en el hospital

Sobre el campo, el agua mustia
cae fina, grácil, leve;
con el agua cae angustia;
llueve . . .

Y pues solo en amplia pieza
yazgo en cama, yazgo enfermo,
para espantar la tristeza,
duermo . . .

Pero el agua ha lloriqueado
junto a mí, cansada, leve;
despierto sobresaltado:
llueve . . .

Entonces, muerto de angustia,
ante el panorama inmenso,
mientras cae el agua mustia,
pienso . . .

Poesías

Enrique Banchs

1888

Argentino. Es un poeta de tendencia clásica que aparece en Buenos Aires entre el modernismo y las tendencias de vanguardia. Trabaja mucho la forma de sus poemas pero no tiene la rigidez de algunos parnasianos. La fórmula de su estilo se halla en una exquisita combinación de formas francesas modernas y viejos modos de cancioneros y romanceros españoles. Ediciones: *Las barcas,* Buenos Aires, 1907; *El libro de los elogios,* Buenos Aires, 1908; *El cascabel del halcón,* Buenos Aires, 1909; *La urna,* Buenos Aires, 1911; *Ayer,* Buenos Aires, 1930.

Elogio de una lluvia

Tres doncellas eran, tres
doncellas de bel mirar;
las tres en labor de aguja
en la cámara real.
La menor de todas tres
Delgadina era nombrada.
La del mirar de gacela
Delgadina se llamaba.
¡Ay!, diga por qué está triste,
¡Ay!, diga por qué suspira.
Y el rey entraba en gran saña
y lloraba Delgadina.
—Señor, sobre el oro fino
estoy tejiendo este mote:
«Doña Venus, Doña Venus,

me tiene preso en sus torres.»
En más saña el rey entraba,
más lloraba la infantina.
—En la torre de las hiedras
encierren la mala hija.
En la torre de las hiedras
tienen a la niña blanca.
¡Ay! llegaba una paloma
y el arquero la mataba.
—Arquero, arquero del rey
que vales más que un castillo,
dame una poca de agua
que tengo el cuerpo rendido.

—Doncella, si agua te diera,
si agua te diera, infantina,
la cabeza del arquero
la darán a la jauría.

—Hermanitas, madre mía,
que estáis junto al lago, dadme
agua . . . pero, no la oyeron
las hermanas ni la madre.

Y entonces vino una lluvia,
vino una lluvia del cielo,
lluvia que se parte en ruido
de copla de romancero.

La niña que está en la torre
tendía la mano al cielo . . .
De agua se llenó su mano
y la aljaba del arquero.

El libro de los elogios

Ramón López Velarde

1888–1921

Mexicano. En su libro *Sangre devota* puso todo el romanticismo de su vida provinciana y cierto afán de originalidad que iba a revelarse gloriosamente en sus últimos poemas. López Velarde inicia en las letras mexicanas una tendencia intensamente nacionalista qu culmina en su poema *Suave Patria.* Fué el maestro de los que son hoy los mejores poetas de México y su influencia seguirá orientando por mucho tiempo la obra de los escritores de su patria. Ediciones: *La sangre devota,* México, 1916; *Zozobra,* México, 1919; *El minutero,* México, 1924; *El son del corazón,* México, 1932; *Poemas,* México, 1935.

Cuaresmal

Tu paz—¡oh paz de cada día!
y mi dolor que es inmortal,
se han de casar, Amada mía,
en una noche cuaresmal.

Quizá en un Viernes de Dolores,
cuando se anuncian ya las flores
y en el altar que huele a lirios
el casto pecho de María
sufre por nos siete martirios;
mientras la luna, Amada mía,
deja caer sus tenues franjas
de luz de ensueño sideral
sobre las místicas naranjas

que por el arte virginal
de las doncellas de la aldea,
lucen banderas de papel
e irisaciones de oropel
sobre la piel que amarillea.

Fuesanta: al amor aventurero
de cálidas mujeres, azafatas
súbditas de la carne, te prefiero
por la frescura de tus manos gratas.

Yo te convido, dulce Amada,
a que te cases con mi pena
entre los vasos de cebada
la última noche de novena.

Te ha de cubrir la luna llena
con luz de túnica nupcial
y nos dará la Dolorosa
la bendición sacramental.

Y así podré llamarte esposa,
y haremos juntos la dichosa
ruta evangélica del bien
hasta la eterna gloria.
Amén.

La sangre devota

Rafael Alberto Arrieta

1889

Argentino. Como Banchs, se orienta hacia una concepción clásica de poesía. Es modernista por la elegancia de su estilo pero por su alada sencillez se aleja de esta escuela. Ediciones: *Alma y momento,* Buenos Aires, 1910; *El espejo de la fuente,* Buenos Aires, 1912; *Las noches de oro,* Buenos Aires, 1917; *Canciones y poemas,* Buenos Aires, 1917; *Fugacidad,* Buenos Aires, 1921; *Estío serrano,* Buenos Aires, 1926.

El sueño

Tres cabezas de oro y una
donde ha nevado la luna.

—Otro cuento más, abuela,
que mañana no hay escuela.

—Pues señor, éste era el caso . . .

(Las tres cabezas hermanas
cayeron como manzanas
maduras, en el regazo.)

Las noches de oro

Arturo Capdevila

1889

Argentino. Poeta, dramaturgo, novelista, historiador, abogado, periodista, y por lo tanto, uno de los escritores más fecundos de la Argentina. Como poeta es eminentemente lírico, romántico siempre, pero su expresión es moderna. Se dió a conocer con *Melpómene,* libro intensamente trágico. Después de la generación de Lugones los poetas más representativos de Buenos Aires son Capdevila, Banchs, Arrieta y Fernández Moreno. Obras en verso: *Jardines solos,* Córdoba, Argentina, 1911; *Melpómene,* Córdoba, 1912; *El poema de Nenúfar,* Buenos Aires, 1915; *El libro de la noche,* Buenos Aires, 1917; *La fiesta del mundo,* Buenos Aires, 1922; *El tiempo que se fué,* Buenos Aires, 1926; *Simbad,* Buenos Aires, 1929.

En vano

¡Cuánto verso de amor, cantado en vano!
¡Oh, cómo el alma se me torna vieja
cuando me doy a recordar la añeja
historia absurda del ayer lejano!

¡Cuánto verso de amor, gemido en vano!
Primero, fué el nectario, y yo la abeja . . .
Después mi corazón halló en tu reja
la amarga nieve que lo ha vuelto anciano.

¡Cuánto verso de amor perdido en vano!
—Hoy están mis ventanas bien abiertas;
hay sol . . . hay muchas flores . . . y es verano . . .

Pero da pena ver, junto a mis puertas,
en un montón de mariposas muertas,
¡tanto verso de amor, llorado en vano!

El Poema de Nenúfar

Delmira Agustini

1890–1914

Uruguaya. Es la poetisa más grande de América; su lirismo violento y sensual está expresado en forma irregular y novísima. El amor y la muerte fueron sus temas predilectos: vivió para el amor y murió trágicamente en la primavera de su vida. Ediciones: *El libro blanco,* Montevideo, 1907; *Cantos de la mañana,* Montevideo, 1910; *Los cálices vacíos,* Montevideo, 1913; *Obras completas,* Montevideo, 1924; *Los astros del abismo,* Buenos Aires, 1929.

La barca milagrosa

Preparadme una barca como un gran pensamiento . . .
La llamarán «La Sombra» unos; otros, «La Estrella.»
¡No ha de estar al capricho de una mano o de un viento,
yo la quiero consciente, indominable y bella!

¡La moverá el gran ritmo de un corazón sangriento
de vida sobrehumana; he de sentirme en ella
fuerte como en los brazos de Dios! ¡En todo viento,
en todo mar, templadme su prora de centella!

La cargaré de toda mi tristeza, y, sin rumbo,
iré como la rota corola de un nelumbo,
por sobre el horizonte líquido de la mar . . .

Barca, alma hermana: ¿hacia qué tierras nunca vistas,
de hondas revelaciones, de cosas imprevistas
iremos? . . . Yo ya muero de vivir y soñar . . .

Obras completas

Lo inefable

Yo muero extrañamente . . . No me mata la vida,
no me mata la Muerte, no me mata el Amor;
muero de un pensamiento mudo como una herida . . .
¿No habéis sentido nunca el extraño dolor

de un pensamiento inmenso que se arraiga en la vida,
devorando alma y carne, y no alcanza a dar flor?
¿Nunca llevasteis dentro una estrella dormida
que os abrasaba enteros y no daba un fulgor? . . .

¡Cumbre de los Martirios! . . . ¡Llevar eternamente,
desgarradora y árida, la trágica simiente
clavada en las entrañas como un diente feroz! . . .

¡Pero arrancarla un día en una flor que abriera
milagrosa, inviolable! . . . ¡Ah, más grande no fuera
tener entre las manos la cabeza de Dios!

Los cálices vacíos

La sed

¡Tengo sed, sed ardiente!—dije a la maga, y ella
me ofreció de sus néctares. —¡Eso no, me empalaga!—
Luego, una rara fruta, con sus dedos de maga
exprimió en una copa clara como una estrella;

y un brillo de rubíes hubo en la copa bella.
Yo probé.—¡Es dulce, dulce. Hay días que me halaga
tanta miel, pero hoy me repugna, me estraga!—
Vi pasar por los ojos del hada una centella.

Y por un verde valle perfumado y brillante,
llevóme hasta una clara corriente de diamante.
—¡Bebe!—dijo.—Yo ardía, mi pecho era una fragua.

Bebí, bebí, bebí la linfa cristalina . . .
¡Oh frescura! ¡oh pureza! ¡oh sensación divina!
—¡Gracias, maga, y bendita la limpidez del agua!

Los cálices vacíos

Gabriela Mistral

1889

Chilena. Se hizo famosa en 1915 con unos sonetos premiados en un concurso literario: *Los sonetos de la muerte*. Desde entonces se ha labrado una reputación continental. Su poesía es vigorosa, varonil, apasionada, pero carece de refinamiento. No ha logrado fundir en su expresión los elegíacos tonos de su dulzura con los rugidos de su pasión, y así el conjunto resulta inarmónico aunque intenso. Ediciones: *Desolación,* Nueva York, 1922; Santiago, Chile, 1923 (Ed. aumentada); *Sus mejores poemas,* Barcelona, s.a.; *Ternura,* Montevideo, 1925; *Tala,* Buenos Aires, 1938.

La maestra rural

La Maestra era pura. «Los suaves hortelanos
—decía—de este predio, que es predio de Jesús,
han de conservar puros los ojos y las manos,
guardar claros sus óleos, para dar clara luz.»

La Maestra era pobre. Su reino no es humano.
(Así en el doloroso sembrador de Israel.)
Vestía sayas pardas, no enjoyaba su mano
¡y era todo su espíritu un inmenso joyel!

La Maestra era alegre. ¡Pobre mujer herida!
Su sonrisa fué un modo de llorar con bondad.
Por sobre la sandalia rota y enrojecida,
tal sonrisa, la insigne flor de su santidad.

¡Dulce ser! ¡En su río de mieles, caudaloso,
largamente abrevaba sus tigres el dolor!
¡Los hierros que le abrieron el pecho generoso
más anchas le dejaron las cuencas del amor!

¡Oh, labriego, cuyo hijo de su labio aprendía
el himno y la plegaria, nunca viste el fulgor
del lucero cautivo que en sus carnes ardía:
pasaste sin besar su corazón en flor!

Campesina, ¿recuerdas que alguna vez prendiste
su nombre a un comentario brutal o baladí?
Cien veces la miraste, ninguna vez la viste
¡y en el solar de tu hijo, de ella hay más que de ti!

Pasó por él su fina, su delicada esteva,
abriendo surcos donde alojar perfección.
La albada de virtudes de que lento se nieva
es suya. Campesina, ¿no le pides perdón?

Daba sombra por una selva su encina hendida
el día en que la muerte la convidó a partir.
Pensando en que su madre la esperaba dormida,
a La de Ojos Profundos se dió sin resistir.

Y en su Dios se ha dormido, como en cojín de luna;
almohada de sus sienes, una constelación;
canta el Padre para ella sus canciones de cuna,
¡y la paz llueve largo sobre su corazón!

Como un henchido vaso, traía el alma hecha
para volcar aljófares sobre la humanidad;
y era su vida humana la dilatada brecha
que suele abrirse el Padre para echar claridad.

Por eso aún el polvo de sus huesos sustenta
púrpura de rosales de violento llamear.
¡Y el cuidador de tumbas, como aroma, me cuenta,
las plantas del que huella sus huesos, al pasar!

Desolación

Alfonsina Storni

1892–1938

Argentina. Mujer de una gran atracción espiritual; culta y fina, llevaba en su alma una sed eterna de justicia, de comprensión, de amor, nunca satisfecha. Su poesía es dulce y triste, llena de anhelos infinitos y de odio hacia todo lo vulgar, hacia lo que ella llamó «un siglo empobrecido.» Su poesía señala una segura evolución del romanticismo al simbolismo y termina, en su último libro, en perfecta síntesis. Vivió, amó, luchó, y sufrió en Buenos Aires, y un día del mes de octubre de 1938 se arrojó al mar. Ediciones: *La inquietud del rosal,* Buenos Aires, 1916; *El dulce daño,* Buenos Aires, 1918, 1920; *Irremediablemente,* Buenos Aires, 1919; *Languidez,* Buenos Aires, 1920; *Las mejores poesías,* Barcelona, 1925; *Ocre,* Buenos Aires, 1925; *Mundo de siete pozos,* Buenos Aires, 1934; *Mascarilla y trébol,* Buenos Aires, 1938; *Antología poética,* Buenos Aires, 1938.

El engaño

Soy tuya, Dios lo sabe por qué, ya que comprendo
que habrás de abandonarme, fríamente, mañana,
y que, bajo el encanto de mis ojos, te gana
otro encanto el deseo, pero no me defiendo.

Espero que esto un día cualquiera se concluya,
pues intuyo, al instante, lo que piensas o quieres.
Con voz indiferente te hablo de otras mujeres
y hasta ensayo el elogio de alguna que fué tuya.

Pero tú sabes menos que yo, y algo orgulloso
de que te pertenezca, en tu juego engañoso
persistes, con un aire de actor del papel dueño.

Yo te miro callada con mi dulce sonrisa,
y cuando te entusiasmas, pienso: no te des prisa,
no eres tú el que me engaña; quien me engaña es mi sueño.

Ocre

Carta lírica a otra mujer

Vuestro nombre no sé, ni vuestro rostro
conozco yo, y os imagino blanca,
débil como los brotes iniciales,
pequeña, dulce . . . Ya ni sé . . . Divina.
En vuestros ojos placidez de lago
que se abandona al sol y dulcemente
le absorbe su oro mientras todo calla.
Y vuestras manos finas, como aqueste
dolor, el mío, que se alarga, alarga,
y luego se me muere y se concluye
así, como lo veis, en algún verso,
Ah ¿sois así? Decidme si en la boca
tenéis un rumoroso colmenero,
si las orejas vuestras son a modo
de pétalos de rosas ahuecados . . .
Decidme si lloráis, humildemente,
mirando las estrellas tan lejanas,
y si en las manos tibias se os aduermen
palomas blancas y canarios de oro.
Porque todo eso y más, vos sois, sin duda;
vos, que tenéis el hombre que adoraba

entre las manos dulces, vos la bella
que habéis matado, sin saberlo acaso,
toda esperanza en mí . . . Vos, su criatura.
Porque él es todo vuestro: cuerpo y alma
estáis gustando del amor secreto
que guardé silencioso . . . Dios lo sabe
por qué, que yo no alcanzo a penetrarlo.
Os lo confieso que una vez estuvo
tan cerca de mi brazo, que a extenderlo
acaso mía aquella dicha vuestra
me fuera ahora . . . ¡sí! acaso mía . . .
Mas ved, estaba el alma tan gastada
que el brazo mío no alcanzó a extenderse:
la sed divina, contenida entonces,
me pulió el alma . . . ¡Y él ha sido vuestro!
¿Comprendéis bien? Ahora, en vuestros brazos
él se adormece y le decís palabras
pequeñas y menudas que semejan
pétalos volanderos y muy blancos.
Acaso un niño rubio vendrá luego
a copiar en los ojos inocentes
los ojos vuestros y los de él unidos
en un espejo azul y cristalino.
¡Oh, ceñidle la frente! ¡Era tan amplia!
¡Arrancaban tan firmes los cabellos
a grandes ondas, que a tenerla cerca
no hiciera yo otra cosa que ceñirla!
Luego dejad que en vuestras manos vaguen
los labios suyos; él me dijo un día
que nada era tan dulce al alma suya
como besar las femeninas manos . . .
Y acaso, alguna vez, yo, la que anduve
vagando por afuera de la vida,
—como aquellos filósofos mendigos

que van a las ventanas señoriales
a mirar sin envidia toda fiesta—
me allegue humildemente a vuestro lado
y con palabras quedas, susurrantes,
os pida vuestras manos un momento,
para besarlas yo, como él las besa . . .
Y al recubrirlas lenta, lentamente,
vaya pensando: aquí se aposentaron
¿Cuánto tiempo sus labios, cuánto tiempo
en las divinas manos que son suyas?
¡Oh, qué amargo deleite, este deleite
de buscar huellas suyas y seguirlas
sobre las manos vuestras tan sedosas,
tan finas, con sus venas tan azules!
Oh, que nada podría, ni ser suya,
ni dominarle el alma, ni tenerlo
este horrible deleite de hacer mío
rendido aquí a mis pies, recompensarme
un inefable, apasionado rastro.
Y allí en vos misma, sí, pues sois barrera,
barrera ardiente, viva, que al tocarla
ya me remueve este cansancio amargo,
este silencio de alma en que me escudo,
este dolor mortal en que me abismo,
esta inmovilidad del sentimiento
que sólo salta, bruscamente, cuando
nada es posible!

Languidez

Juana de Ibarbourou

1895

Uruguaya. Juana de Ibarbourou canta paganamente la alegría de vivir y de amar; siente profundamente el paisaje de su tierra natal y lo expresa en versos llenos de color y de fragancia. La crítica la ha consagrado como la poetisa más grande de la lengua en nuestros días y le ha dado el pomposo nombre de «Juana de América.» Ediciones: *Las lenguas de diamante,* Montevideo, 1918; *Raíz salvaje,* Montevideo, 1922; *Las mejores poesías,* Barcelona, 1924; *Sus mejores poemas,* Madrid, 1930; *Sus mejores poemas,* Santiago, Chile, 1930; *La rosa de los vientos,* Montevideo, 1930; *Estampas de la Biblia* (poemas en prosa), Montevideo, 1936.

Las canciones de Natacha

I

Se enojó la luna,
se enojó el lucero,
porque esta niñita
riñó con el sueño.

Duérmete, Natacha,
para que la luna
se ponga contenta
y te dé aceitunas.

Duérmete, Natacha,
para que el lucero

te haga una almohadita
de albahaca y romero.

II

La loba, la loba
le compró al lobito
un calzón de seda
y un gorro bonito.

La loba, la loba
se fué de paseo
con su traje rico
y su hijito feo.

La loba, la loba
vendrá por aquí,
si esta niña mía
no quiere dormir.

III

El sueño hoy no quiere
venir por acá,
anda ratoncito
a ver dónde está.

—Señora, mi ama,
yo lo vi bailar
con dos damas rubias
en la casa real.

—Díle que Natacha
se quiere dormir,
que mi niña es buena
como un serafín.

—Que venga en seguida
y le daré yo
un collar de plata
y un limón de olor.

IV

Por los caminitos
de Jerusalén
va un niñito rubio
camino a Belén.

Le dan los pastores
tortas de maíz,
leche de sus cabras
y pan con anís.

El niñito tiene
los rizos de luz,
duérmete, Natacha,
sueña con Jesús.

V

Señor jardinero
déme usted a mí
un capullo pálido
y otro carmesí.

Los pondré en la almohada
donde mi Natacha
hunde su mejilla
rosadita y blanca.

Y al día siguiente
tendrá usted así

dos rositas blancas
y dos carmesí.

VI

La Señora Luna
le pidió al naranjo
un vestido verde
y un velillo blanco.

La Señora Luna
se quiere casar
con un pajecito
de la casa real.

Duérmete, Natacha,
e irás a la boda
peinada de moño
y en traje de cola.

Sus mejores poemas

GLOSARIO

Glosario

Only difficult words, words used with new connotations, and Americanisms are included in this glossary. All common words are omitted, unless used idiomatically.

Abbreviations

Amer. Americanism
Arg. Argentine word or usage
Bol. Bolivian word or usage
Chil. Chilean word or usage
Col. Colombian word or usage
coll. colloquial expression
Fr. French word
Gall. Gallicism
Gau. Gaucho word
Mex. Mexican word or usage
obs. obsolete, no longer in use
Per. Peruvian word or usage
pop. popular
Uru. Uruguayan word or usage
Ven. Venezuelan word or usage

abajo under; **los de —** the underdogs
abarca rope-soled shoe (*of coarse leather*)
abismarse to sink, disappear
abogado Patron Saint
abrevar to water (*cattle*)
acaballe *obs.* (= **acabarle**)
acantilado jagged
acicate spur, goad
acosar to pursue, harass
acuciar to urge
acusar to acknowledge
achicharrar to burn
adelantado trained
aferrar to grapple; **se aferró a una picada** clawed persistently
agacharse to stoop, squat
agazapado hidden
agazaparse *Arg.* to stoop
agregado hired hand, tenant
agrio rough, sharp
agujeta lace
ahitado *pop.* (= **ahito**) satiated, full
ahogar to smother, drown; **—se** to disappear
ajeno ignorant
alabarda halberd
alazán sorrel (horse)
albahaca sweet basil
albérchigo apricot
alegar to give one's opinion
alegría *pop.* dance tune *and* movement

alelí gilliflower
algarrobo carob tree
aljaba quiver (*for arrows*)
aljibe cistern
aljófar rough pearl
alma venerable, holy
almohadilla sachet
alpiste canary seed
altamireña from the region of Altamira
alversidá *Gau.* (= adversidad)
alzada size; — regular average size
amodorrarse to grow lethargic, sleepy
amorcillado covered (*with*)
ancho *coll.* Córdoba hat
andas bier
ande *Gau.* (= donde)
anfitrión (generous) host
añil deep blue
añoranza nostalgia
aparecido found; recovered
apero trappings
apodar to give nicknames
apostolado religious zeal
apretar el paso to hasten
Apure, *a river of Venezuela*
Aranzazú *a city of Colombia*
Arauca *a river of Colombia and Venezuela*
arma blanca cold steel (*swords, bayonets, etc.*)
arqueo interrogante arched like a question mark
arrayán myrtle
artero treacherous
asaz sufficient
asentar to sharpen (*a razor*)
asesino very intense
asestar to thrust
Asirio (El) Holofernes
asistente *Amer.* customer
asujetar *Gau.* (= sujetar) to subdue
atajo short cut; bypath
aterido stiff with cold
atizar to stir up
atramojar *Col.* to leash
austro south wind
avieso mischievous
avispa wasp
azafata queen's maid
azor hawk

baba *Ven.* alligator
bacía barber's basin
¡badajo! the deuce!
bajo dale
baladí mean; worthless
baquiano country guide; person familiar with country places
barragán *obs.* courageous
barranco ravine; gorge
bataraz *Amer.* reddish rooster
bayadera Oriental dancer
bejuco reed, cane, climbing vine
Benguela *Portuguese colony in South Africa*
Bernal Díaz (del Castillo) *sixteenth-century Spanish conqueror and historian*
bicho animal, vermin; urchin
bichoco *Gau.* small
bieldo pitchfork
bien beloved; — esquivo shy treasure; — haya la que no

os quiere God bless her who does not love you
bisoño greenhorn
bocadito *Mex:* la casa y el — board and lodging
bochorno sultry weather
bombachón wide
boral borax formation
bordona *Gau.* bass string; lowest string
bordoneo buzzing sound
botar to cast; bota la costra the scab comes off
bote thrust
boyero *Arg.* a bird
bozal halter
bracear *Amer.* to trot
brin canvas; cloth
bruces: de — face downward
bruto *Amer.* wild
bucear to dive
bufeo dolphin
burdo coarse; más — en alardes clumsier

caballo de paso a pacer
caballón mound
cabe *obs.* close to
cabecear to nod; cabecean los ríos the rivers find their course
cabestro halter
cabizbajo crestfallen; downcast
cabresto *Amer.* (= cabestro) halter; bell-ox
cachetada *Amer.* (= bofetada) slap
cadillo prickly burweed
cadmio intense white
caduco decrepit; worn out
caimán cayman, American alligator
caja (de un río) bed (of a river)
calado pulled down
calosfrío chill
calzar (los gallos) to fit (the spur guards) on
campaña plain; district
can *obs.* dog
cancha *Amer.* rink, court, ring
candado *see* solicitar
cansancio fatigue; hasta el — to the utmost
cansino weary, tired
cante song
cantero *Arg.* flower bed; small cultivated field
cantueso lavender
caño *Col., Ven.* rivulet
capataz overseer
capulí *Arg., Per., Chil.* cherry blossom
carancho *Gau.* hawk
carate skin disease; whitish
cardo thistle
cargador magazine clip (*of a gun*)
caribe *Ven.* bream (*river fish*)
carmínea: cabeza — y como verrugosa bloody, riddled head
carnadura: a media — thin; poorly fed
carne viva open sore
carona leather; padding (*of a saddle*)
carraza, alcarraza jug (*of porous clay*)

carta: a — cabal through and through
cascoteada *see* **cloquear**
casticismo purity of style, traditionalism
Castro *town in the south of Chile*
catrín *Mex.* dandy; beau
Cauca *a river of Colombia*
cauce current
cauchero *Amer.* rubber worker
cazoleta powder pan; flintlock musket
ceba priming (*of a gun*); **se quemó la —** the gun flashed in the pan
cebada barley water
cebo bait
ceibo *Arg.* a tree
celador caretaker
cerda bristle
cerrojo bolt of a door; **se echaban todos los —s** all the doors were closed
cielo *Arg.* a popular song
ciénaga marsh
cigarra cicada; locust
cina-cina *Arg.* thorny bush
cincha cinch; girth
cinta film; **quedar en —** to be with child
cinto belt; girdle
cirio wax candle
clavar to nail, fasten; **clavó el pico roto** dug his maimed beak in the dust
clave clavichord
cloquear to cackle; **cloqueó como una gallina cascoteada** cackled like a hen hit by a clod
cobres brasses (*of orchestra*)
coca coca leaves
coco bugbear
cogote neck
cohete firecracker; **es al —** *Gau.* it is useless
cola train (*of a gown*)
comadre godmother (*actually, the relationship which exists between the godmother, the godfather and the parents of a child*)
combate: fuera de — out of commission; badly wounded
comer: bien — well fed; **mal —** poorly fed
comisario *Chil.* officer in charge (*of a police station*)
compadre godfather (*see* **comadre**); **— logrero** usurer
comprar to bribe
Concepción *city in the south of Chile*
condenado rascal
congregante: monarca — host
contrastar to contradict, disturb
copla couplet; song
cordobés hat
corneta hood
corocora Venezuelan red heron
corola corolla (*botanical*)
corrido ballad; ashamed
corromper to infect
cosa about; **poquita —** a little

bit; insignificant, unimportant; un caballo poquita — a poor horse
Costa del oro Gold Coast (*the Spanish colony is not the Gold Coast* (*British*) *but Río del Oro, a part of the Atlantic Sahara*)
costear to go around (the sides of), skirt
costra surface; scab; *see* **cualquier**
cotúa *Ven.* (= **mergo**) merganser (*a fish-eating duck*)
crepitar to crackle
criba sieve
cruz (de un caballo) withers
cuadra stable
cuadrar to fit; to suit
cuajo: de — from the roots
cualquier: de — nada se reviene y bota la costra with little rubbing the wound breaks and runs
cuaresma Lent
cuartel *Chil.* police station
cuatro four-stringed guitar
cuenca bowl, vessel
cuitado wretched
curiara *Ven., Col.* small boat
curupí *Uru.* (= **lecherón**) a tree
cuzco *Arg., Bol.* (= **gozque**) small dog

chagra *Col.* small farm
chamba *Amer.* (= **zanja**) ditch, trench
chambergo (de matón) (bully's) wide-brimmed felt hat
chambón stupid; fool
chamuscar to singe; to scorch
chancho *Amer.* (= **cerdo**) pig
chaparro thicket of thorny shrubs
charca pool of water
charrúa *Indian tribe of Northeastern Argentina*
chasco disappointment
che *Arg.* man; say, friend; listen!
chicuaco *Ven.* wading bird
chicuelo small boy, "kid"
chifladura *Amer.* weakness; fixed idea; obsession; craziness
chifle *Arg.* horn (*for carrying water*)
chilca *Amer.* boneset (*composite plant of the thistle family*)
Chiloé southern territory of Chile
chilote inhabitant of Chiloé
Chillán *city in central Chile*
chinchorro *Ven., Col.* (= **hamaca**) hammock
chiquilín *Arg. see* **chicuelo**
chircal *Arg.* field of boneset
chiripá *Arg.* chaps (*loose garment worn over the pants of a type used by the gauchos*)
choquezuela kneecap
chorrerón waterfall
chupalla *Chil.* peasant's hat (*straw*)
Chupave *a river of Colombia*
Chuquisaca *ancient capital of Bolivia*

chusmita *Ven.* small blue heron
chuspa leather bag
chuzo short pike

dar: darse a to engage oneself in
d'Artagnanesco in the manner of d'Artagnan (*one of the gallant "Three Musketeers"*)
dende *Gau.* (= desde) from; — que since
denuedo eagerness, boldness
desbarrancarse to fall off a cliff
descarnador scalpel (*used by dentists to separate the gum from the tooth*)
descarnar to strip off the flesh
descolgado heavy; low
desencajado distorted
desenrollar to unwind; to uncoil
deseo liking
desgranar: seguia desgranando su copla he kept on singing
desnudar to reveal; desnudan al combatiente reveal the quality of the fighter
desparramo scattered remains
despicado: se había — it had lost its bill
destripar to disembowel; to mangle
desvío blind alley, bypath
diebus illis *Latin* in those days
diligencia entreaty
dino (= digno) worthy
Dolorosa (La) the Virgin Mary, Our Lady of Sorrows
domador horsebreaker
domeñar to tame
dormitorio rookery
duelo contest

echar: se lo echó al campo he let it loose on the pampas
embargar to restrain
embravecer to intensify
empacado dogged; inflexible
emparrado vine-arbor
empeine groin; instep
empeñar to pawn
empíreo divine
emplazar to summon
emplear to employ; no habiéndose empleado a fondo without having tried his best
empleo use; property
enajenar to transport; to enrapture
enastar to attach a handle to; to fit with a handle
encañonar to hedge in; to enclose
encarrilar to guide
encauzar to direct; to channel
encomienda postal parcel post
endecha sad song; dirge
endriago fabulous monster
enjambre *Amer.* cattle
enramada arbor
enristrar to couch (*the lance*)
enseñanza example
ensillar to saddle
entumecer to benumb
envainar to sheathe
era threshing floor

escarbar to scratch the earth
escobillas sweeps (*in dancing*)
escobillón brush
escorzo sudden stop
escueto meager
Esenio *a member of a Jewish sect;* Saint John
espadaña cattail
esponjado spongy; puffed up
espuela spur; —s nazarenas *Amer.* big spurs
esquilón church bell
estacionarse to settle down; to stop
estepa bush; prairie
estero inlet
esteva plough handle
estilete long pin
estoraque storax
estribadero landing
estribar to prop; to be supported
exhalar to utter
expediente (official) decision

factura work
fachenda vanity; ostentation
fagina, fajina task
falsetas (y fililíes) delicate harmonies (*in guitar playing*)
falto: — de consejo lacking in advice
fallido frustrated
fanfarria small town orchestra
faralaes ruffles; folds
favor ribbon
Fígaro *literary type of Spanish valet, created by Beaumarchais*
fincar to reside; be based
finta: se trabaron en juego de —s they flashed in rapid feints
flamenco flamingo
flor: — y canela the very best
floración full beauty
fosca (= hosca) fierce
fuego: dar — to fire; — de Bengala fireworks
fundar to base one's opinion upon, maintain
fuste importance; solid foundation

gachón enticing; graceful
gala: estar de — to be beautiful
gallito azul *Amer.* small bird
gamine *Fr.* "kid," little girl
gañán rustic laborer
garabato hook
garcero herons' nests
garrón leg; paw, hoof
garúa *Amer.* drizzle
gatico "pussy," young tiger
gaucho *Arg., native of the pampas, of mixed Spanish and Indian descent;* cowboy
gaván *Ven.* stork
gente people; — decente *Chil.* upper-class people
gira gyration; race
giro flight; gray (rooster)
Golconda *ancient city of India famous for its wealth*
golpe de efecto dramatic effect
gotera leak; dripping
Goya *Spanish painter*

grumo clot (*of melted wax*)
grupa crupper; volver —s to turn back
guabiyú Uruguayan fruit tree
guampa *Arg.* (= asta) horn
guardián *Chil.* policeman; — de turno policeman on duty
guascazo *Amer.* whipcrack
Guaviare *a river of Colombia, tributary of the Orinoco*
guayaca *Chil., Arg.* tobacco pouch
guedejas y borlones forelock and belly-tuft
guerrillero guerrilla leader
güeso *pop.* (= hueso) bone
güeya *Gau.* (= huella) track; road; fighting place
guisa wise; manner; de mala — unwillingly
gusanillo worm; scoundrel
gusto: que vuestro — refiere that your taste runs to

hada fairy; — madrina fairy godmother
helecho fern
Herodías *the wife of Herod Antipas. She caused the death of John the Baptist.*
hiedra ivy
hipsípila butterfly
hociquera del bozal mouthpiece
hoja blade (*of a sword*); spear
holgura width, breadth
hollar to tread
hornalla forge
horquilla forked stick
hostigar to harass
hoya glen; dale; hole
hoz sickle
¡hubi! halloo! (*hunting cry*)
huesa grave; sepulchre
humanidad corpulence
humor disposition, temperament; fluid, juice
hurón ferret

idoneidad aptitude; fitness
ijar flanks
imán magnet
implume featherless
inconsútil very delicate; seamless
infando unspeakable
Inrida *a river of Colombia, tributary of the Orinoco*
instancia entreaty
interesado claimant
Isana *a river of Colombia, tributary of the Amazon*

jaleo fuss; noise; merrymaking
jarra jug; en —s with arms akimbo
jauría pack (*of hunting dogs*)
jazmín del Cabo gardenia
jerga jargon
jigote minced meat
jigua *Amer.* forest tree (*Geoffrea superba*)
jipijapa Panama hat
jira picnic
joyel jewel
jubón jacket, doublet

lábaro standard, banner
lágrima: —s de metal trinkets imitating tears

lagrimal tear-bag
lebrel greyhound
lechuguinesco foppish, affected
lengua tongue; language; mala — gossip
letrao *Gau.* (= letrado) learned, educated man
levadura yeast
libélula dragonfly
lienzo canvas
limo slime; mud
loco de potrillo colt-crazy
logrero usurer
losange *Fr.* diamond-shaped flower bed
lucífuga owl
Lucrecia *virtuous Roman matron who committed suicide rather than live dishonored*
ludimiento grating (*noise caused by the rubbing together of bulls' horns*)

llevar: llevándose las cosas por delante like a whirlwind

Macul *hill near Santiago, Chile*
magisterio teaching, example
Maipú *valley near Santiago, Chile*
Maipures *a river of Colombia*
maja *a woman of the lower classes who dresses in a flashy manner*
mal: por mi — to my sorrow
malaquita malachite (*a green stone*)
maleza underbrush
manta: a —s in great numbers
mañero tricky; wilful
Mapocho *river running through the city of Santiago, Chile*
maraca *Amer., musical instrument made out of a gourd filled with sand or pebbles*
marbete label
marca (a fuego) brand
Marinetti *modern Italian poetaster, enemy of tradition*
más more; no — *a redundant Spanish-American phrase that changes its meaning with the word it modifies*
mascada *Ven.* chewing tobacco
matadura saddle gall
matón bully
matriculado entered, registered; *see* muela
maulino *inhabitant of the province of Maule in Central Chile*
mecénico very generous
mellizo twin
miembro limb
millarada infinite number
mimo comic actor
monada foolishness; grimace
montura saddle
moño chignon, topknot
morocha *Arg.* country girl
mote nickname
mueca grimace
muela matriculada impacted molar
mulato tawny
mulita *Gau.* lazy; stupid
murria boredom

naciente new moon
naides *Gau.* nobody
nanita *Amer.* grandmother; nurse
nava valley
neivano *from the city of Neiva, Colombia*
nelumbo, nelumbio lotus
niño, niña *form of address used by the Indians to their masters*
nivel standard, rule
¡noramala vaya Ud! go to the devil!
Nueva España *colonial name for Mexico*
nuez craneana skull

obsesante hypnotizing
ocasión cause
O'Higgins, Bernardo (*1776–1842*), *Chilean liberator and first president of the republic*
ojo eye; **la de ojos profundos** Death
olé shout of applause
óleo (santo) extreme unction
ombú *Arg.* a tree of the Argentinean pampas
oración prayer, Angelus; dusk
Orinoco *one of the great rivers of South America* (*running through Venezuela*)
Ormuz *ancient city of Persia, famous for its wealth*
oya *Gau.* say! (*exclamation*)

pa = **para**
Páez, José Antonio (*1790–1873*), *famous Venezuelan general of the Wars of Independence*
pagar to please
paja straw; — **picada** trifle; — **brava** *Amer.* wild straw (*a prairie plant*)
Palermo *famous park in Buenos Aires*
palmas encontrás rhythmic clapping of hands
palmito palm stem; fruit of the palm tree
palote line
pampa desert
pámpano young vine branch
panera granary
panzona big-bellied
paño cloth; *Amer.* towel
pañolón small Spanish shawl
Papirio Cúrsor *Roman dictator*
Paraná *South American river running through Brazil, Paraguay, Argentina*
parasol de cañas reed bush; trellis
parecer opinion; to resemble; — **quiere el denuedo de vuestro parecer loco al niño** the rashness of your mad conduct is like the child
parejero *Arg.* race horse
parihuelas stretchers
partido choice; convenience
pasaje *Col.* (*a form of*) popular music

pasar por alto to forget; to neglect
paso: mal — slip; blunder
pastizal pasture
pasto *Amer.* grass
pata foot or leg (*of an animal*); hacer — ancha to stand up like a man; — rajada barefooted; miserable
patán simpleton
patitieso cold dead
patrona patron saint *or* deity
payador gaucho singer
paz: estar en — to be quits
pejerrey *very tasty small, white fish, abundant in Chile*
peladura sore; cut
pelos y señales minute description
pellón saddle blanket
penas: amantes — complaints of love
Peñalolén *a hill near Santiago, Chile*
peñascal rocky hill
peñón large rock
perilustre very distinguished; very learned
persignar to lash
pesquisa inquiry
petiso *Arg., Chil.* small horse
piara herd, flock
picacho sharp point; mountain top
picar en to verge on
pícaro rascal
pico beak, bill; juego de — beak work
piedra de cantería building stone
pieza game; room
pimpollo bud; flower
pinta mark
piquito little mouth
piropo compliment
pisada match
pistón percussion cap
pita agave fiber (*obtained from the century plant*); sombrero de — Panama hat
pitillo cigarette
plan ground, floor
planchada landing platform
planicie plateau
plata *Amer.* money; la — estaba al giro odds favored the gray
Plata (río de la) *one of the great rivers of South America (running through Argentina, Uruguay)*
plenilunio full moon
plumaje feathery form
plural varied, rich
poda dead branch; pruning of trees
pollera *Chil., Arg.* skirt; dress
Pomaré *a queen of Tahiti*
porcelana basin
porteño (*relating to*) Buenos Aires
postura bet; position
predio garden; farm
prendas pieces; parts; precious parts
prendedor brooch
presencia beauty

pretendida sweetheart
prima treble; the highest string
prometida sweetheart; fiancée
pronto movement, impulse
púa spur guard
puchuela *Per.* trifle
Pura (la) *heroine of «El embrujo de Sevilla»*

quena y zampoña pipe and flute (*of a kind used by the Bolivian Indians*)
querellas love laments
querellante complainant
querer to wish; **querés** *Arg.* (= **quieres**); **como quien no quiere la cosa** in a casual manner, slyly
quinta country house
quiróptero bat

rabia rabies
raigón root (*tooth*)
rajar to split
ramonear to prune (*trees*); to nibble off small branches and twigs
Rancagua *a city of Chile, where, in 1814, the Chilean forces were defeated by the Spaniards*
rasar to level, touch
rasgueao, rasgueo arpeggio
raspador scraper
rastro track
raudal torrent
raya roach (*fish*)
real army
rebalse back water
recogimiento contemplative mood
reconocimiento identification
recortar to shear
referir to run to
refitolero caretaker (*of a refectory*)
rehacerse to revive
Reina de Rapa Nui *a queen of Easter Island*
rejo spike; *Col.* rope
remanso backwater
remolcador tug
remolinar to spin round
remoque mockery
remos legs (*of an animal*)
rendimiento surrender
renuente reluctant; late
reñidero *Arg.* cockpit
repique heelwork (*in Spanish dancing*)
repiquetear to ring a merry peal; singing of birds; **te están repiqueteando las choquezuelas** your knees are shaking
represa dam; dike
reseco very dry
reseda mignonette
resentirse to break out in sores
respectivo *Mex.* proper
respiración breathing; — **atrancada en un ronquido de coágulos** breath choked and rattling with blood
resquebrajadura crack; crevice
resultar to result, turn out; **les fuera resultando** turned

out to be; **resultábale intolerable** he could not stand him
retahila long discourse
retama *Amer.* broomweed (*tropical plant*)
reteñir to sound
retostado warm and penetrating
retrepar to lean back
revenirse to exude pus
revuelo whirl
revuelto mussy
rinconada row; file
riñón center; heart
Río Amarillo *a river in China*
rodado fallen
romero rosemary
roto *Chil.* man of the lower classes, plebeian
rueca spinning wheel
ruedo border (*of a dress*)

sabana prairie
saber to know; **— a** to taste of; **no supo más de sí** lost his senses
sabiá a bird
sacar to pull out; **— de apuros** to help
sahumar to perfume
salame *Gau.* stupid; fool; **cha que había sido —** what a fool you are
salida outlet; way out; opening number
saliente protuberant
Salomé *daughter of Herodias. Instructed by her mother she asked Herod for the head of John the Baptist.*
salto waterfall
San Cristóbal *hill in the center of Santiago, Chile*
San Francisco Solano *Franciscan friar (1549–1610); lived and died in Lima*
San Lázaro *a church in Lima*
sanguaza filthy blood
Santa Lucía *hill and park in the center of Santiago, Chile*
Santiago Matamoros Saint James the Greater
santiamén jiffy
santo y seña password, combination, key; *see* **solicitar**
Santos Vega *name of a famous Argentinean gaucho*
sarniento mangy
Satán: satanes verlenianos de Ecbatana. *The French poet Paul Verlaine mentions these beautiful Satans in his poem «Crimen amoris.»*
saya loose dress; skirt
selvoso woody
semejar to resemble; **semejas esculpida** you are like a sculptured thing
sendos one apiece
sentido understanding
serpentear to swish
seseo whisper
sesgar to slope; to cut slantwise
sesgo calm; smooth
si the fact is (*that*)
siempre still

sirte moving sandbank
sochantre chorister
sofrenar to check (*a horse*)
solariego ancestral (*belonging to the ancestral mansion of a noble family*)
solicitar: era menester — con mil ardides y un santo y seña escrito en un candado it was necessary to manipulate with great skill and a combination written on a padlock
son sound; **en — de** in the guise of
sonso *Amer.* (= **zonzo**) stupid; fool
soponcio fainting spell
sudoroso sweaty
sujetar to subdue; **sujetaba sus botes** muffled their sallies
suyo: de — by nature

tábano horsefly
tablao, tablado stage
taconeo heelwork, clicking (*in dancing*)
Tais *Athenian courtesan*
taita *Amer.* father
Taitiano archipiélago *a group of islands in Polynesia*
tal some
talabarte sword belt
tamizar to sift
tanagra terra-cotta statuette
tapada *Ven.* sleeping
tapara *Ven.* calabash (gourd)
tara shortcoming, defect
tarda late
tarima platform; stage
tasajear *Amer.* to cut to pieces
tatú *Amer.* armadillo
tembladera *Ven., Cuban* electric ray (*fish*)
temblador *Ven.* (= **pez eléctrico**) electric fish
Teocalli de Cholula *Indian temple in the city of Cholula* (*Mexico*)
terciar to sling across
tercio regiment of infantry
terecay *Amer.* a tropical bird
Tiberiades Galilee
tiento *Amer.* leather strap
tigre cebado a "bad" tiger, man-eating tiger
timbalero kettle drummer
tintura appearance
tirador *Arg.* gaucho's belt; sharpshooter
tirar to shoot; **— hacia abajo** to duck
tonante thundering
topo *Amer.* long pin
torcedor: de oculto oprobio el — the thorn of hidden infamy
Torquemada *famous Spanish Inquisitor of the fifteenth century*
totora cattail
trabar to join, quarrel; **— con** to attack; **—se (la lengua)** to stammer
traje de cola evening dress
tranco step; **al —** at a horse's pace
tranquera *Amer.* gate
trapisondista playful; tricky

travesía long stretch of desert
tren: en — de in the spirit of
trenzador braider
trepadora climbing plant
trianera *girl from Triana (Seville)*
trilla threshing
triste *Arg.* popular song
trocha bypath
tromba mass
trucidar to tear; to kill, destroy
trueque: a — de in exchange for
truje *obs.* (= traje)
tul fine silk veil
tusa *Chil.* mane (*of a horse*)
tusar *Chil.* (= atusar) to crop a horse's mane

unánime harmonious; placid
uncir to yoke
urna aleatoria gambler's fate
Usía Your Honor
usura odds

vadear to ford
Valdivia *city in the south of Chile*
vaqueta leather strap
varadero boat dock
vaso hoof (*of a horse*)
Vaupés *a river of Colombia, tributary of the Amazon*
velludo velvet
Vendée (guerra de la) *a royalist revolt in France after the fall of the old monarchy (1793–1796)*
ventosa windy
vera effigies *Latin* true image
vereda *Amer.* (= acera) sidewalk
verificar el temple to tune
verruga wart
verrugones de las crestas ridges of the (*cocks'*) combs
vestiglo horrid monster
viborear to twist
vidrio de aumento magnifying glass
vieja pelleja *words repeated at the end of a story*
Viernes de Dolores Good Friday
vigüela, vihuela guitar
violento forced
virgen: velada virgen nun
voluta spiral

yacaré *Amer.* crocodile
yarará *Arg.* poisonous viper
yarumo *Col.* (= yagruma) a tropical tree
yeguar mare
yesca tinder
yuyo *Amer.* weed

zafar to remove
zalemosamente with great reverence; courteously
zanahoria *Arg.* fool
zanjón ditch
Zululandia Zululand (*a region in South Africa*)
¡zumba! *Col.* out!
zurra de raspadas y tajos a mass of scratches and cuts

Date Due

Ja 10 '48			
[illegible]			
[illegible]			
[illegible]			

